

Con un' *in*
Corazón *del*
Cielo

- DIEGO RIVERA -

A Un
Corazón
Del Cielo

Diego Alejandro Rivera

Sinopsis

Si hay algo que aprendí, es que la vida puede cambiar de rumbo de un día para el otro sin aviso, y que el destino, tal y como lo teníamos planeado, de pronto puede desaparecer. Fue al comienzo del verano que lo conocí a él, a Gerard, el chico que se convirtió en el hombre de mi vida sin esperarlo. Fuimos amigos al comienzo, pero con el pasar del tiempo nos fuimos enamorando profundamente y gracias a él, pude vivir la mejor época de mi vida luego de que los médicos me diagnosticaran una MCD (Miocardiopatía Dilatada) en el corazón, enfermedad que iría acabando conmigo en pocos meses a no ser que apareciera un donante compatible conmigo a tiempo.

Angustia, miedo, risas, amigos, llanto, amor e incertidumbre, son algunas de las palabras que más resaltaron aquel caluroso verano que marcó mi vida para siempre.

Mi nombre es Domiana Rey, y esta es mi historia.

Me llamo Diego Rivera y esta es la primera novela de ficción que escribo y que disido publicar a nivel profesional. Elegí la plataforma de Amazon KDP para compartirla porque de ese modo no hay que esperar por las editoriales a que decidan publicar mi libro debido a que pueden pasar meses o hasta años para que eso ocurra, a diferencia de que a través de Amazon, uno mismo puede auto gestionar su carrera como escritor sin esperar por terceros.

Me gustaría que dejes tu comentario en mi página de autor en Amazon sobre qué te pareció mi libro, de ese modo tu opinión me ayuda a poder llegar a más personas y así poder seguir cumpliendo este sueño que tanto me motiva. Cualquier crítica es aceptada siempre y cuando sea constructiva.

Muchas gracias y espero que disfrutes de mi novela.

Índice

Capítulo Uno

Capítulo Dos

Capítulo Tres

Capítulo Cuatro

Capítulo Cinco

Capítulo Seis

Capítulo Siete

Capítulo Ocho

Capítulo Uno

Todo comenzó hace mucho, cuando apenas yo era una joven de 17 años. Siempre fui una chica normal durante mi juventud, estudiaba lo justo para no sacar las peores notas, pero lo suficiente para no llevarme ninguna materia a los exámenes del verano.

Nunca fui de las que sobresalían, en ningún sentido, siempre muy neutral con mi apariencia, mi forma de vestir no siempre fue de estar "a la moda", posiblemente nunca, por lo general me sentía cómoda con mi propio estilo, simple y natural, tal vez algo imperfecto para muchos pero bueno, así era yo.

Nunca tuve el mejor cuerpo tampoco ni el mejor peinado, ni la vida social más interesante como esa a la que muchos aspiran llegar una vez que están en la secundaria. Jamás logré ser popular aunque no era algo que me preocupara, creo que siempre me limité a lo normal, salir con mi pequeño grupo de amigas antisociales como yo al centro comercial solo para ver qué había de nuevo en la librerías, tal vez ver alguna película de amor o de terror que hubiera en cartelera, algún cumpleaños de vez en cuando o reuniones en la casa de algún compañero o compañera de la clase los viernes por la noche o los fines de semana mientras los padres no estaban.

Jamás fui una hija complicada, solo algo depresiva de vez en cuando pero la vida es así a fin de cuentas, se es feliz de a ratos y de a ratos no, aunque en mi caso las cosas dejaron de tener sentido el día que perdí a mi madre en un accidente de tránsito, yo apenas tenía 13 años recién cumplidos cuando la vi por última vez, y desde entonces hemos sido prácticamente mi padre y yo solos, aunque él de algún modo dio un paso adelante comenzando una relación con otra mujer a la cual llevó a vivir a nuestra casa. Pero bueno, basta de hablar de lo deprimente que se me hacía la vida y déjenme contarles mi historia.

El verano ya había comenzado hacía pocos días y el primer semestre de clases acabó. Recuerdo que era sábado por la mañana y con unas cuantas de mis compañeras del instituto nos encontrábamos en la pista de atletismo participando de una competencia con jóvenes de otros pueblos, no lo había mencionado pero desde los 14 años era aficionada a los deportes y solía participar de eventos de ese estilo todo el tiempo. Mi padre creyó que sería buena idea comenzar a practicar alguna disciplina deportiva para conseguir superar la falta de mamá con más facilidad, no fue algo cien por ciento eficaz, pero sí fue de mucha ayuda para mí anímicamente.

Mi especialidad eran los cien metros y de mi equipo era la más veloz. Aquel día mi padre junto con su novia, Sarah, habían ido a verme, al llegar me saludaron desde las gradas donde se encontraban más familiares y conocidos de las demás competidoras.

Estábamos calentando y estirando músculos con las demás chicas y mi mejor amiga, Hannah, se me acercó para hablarme antes de comenzar la competencia.

—¡Ey! Domiana, adivina quién me invitó a salir hoy por la noche.

—¿Es la tercera o cuarta vez que me dices eso esta semana? —pregunté.

—Mmm... Creo que fueron tres.

—Con esta cuatro entonces, ¿y quién es el afortunado? O el "desafortunado" debería decir, a todos los chicos que te invitan a salir acabas rompiéndoles el corazón.

—Domi, solo quiero divertirme, y más aún desde que terminé con Scott, tú viste cómo sufrí por ese idiota.

—Hannah, yo te advertí mil veces que él no era para ti, se veía desde el espacio que solo te quería usar para luego marcharse, además que hasta donde pudimos descubrir eras... si no mal recuerdo, la novena o décima en su lista de víctimas.

—Ok, Ok, ya sé, fui una estúpida, pero, ¿qué esperabas? Tenía 16 y no conocía a los hombres tanto como ahora.

—Dices que "tenías 16" como si hubiera sido hace 10 años, apenas fue el año pasado.

—Ya lo sé, pero en este último año he podido conocer muchas cosas, tú me entiendes, experiencia, y así me voy a quedar hasta que aparezca alguien que de verdad valga la pena. El día que encuentre a un chico honesto que se interese por mí de verdad y me demuestre que se quiere quedar conmigo, abandonaré la diversión.

Hice un gesto de indiferencia, suspiré y contesté mientras estirábamos juntas:

—Estás loca, no puedo creer que seamos mejores amigas, somos demasiado diferentes.

—Un puzzle no se completa con piezas iguales cariño —respondió con ironía.

Voy a ser sincera, los chicos no eran mi fuerte, me sentía algo invisible para el sexo masculino. No se fijaban en mí aquellos que llamaban mi atención, ni me miraban siquiera, pero los raros sí, para ellos parecía tener un imán muy potente, ya saben... de esos que están algo desesperados por tocar a una mujer.

No los aguantaba, pero tampoco quería herir sus sentimientos rechazándolos bruscamente, aunque ganas no me faltaban a veces, así que de vez en cuando trataba de no estar conectada en mis redes sociales precisamente para evitar que me escribieran, era odioso.

Pero ese no parecía ser el caso de Hannah, ella salía casi siempre con chicos apuestos, aunque solía fijarse más que nada en que fueran más altos que ella y con cuerpos trabajados, yo no digo que mis gustos fueran muy diferentes, pero esos chicos parecían ser de los que para conquistarlos, una no debía ser muy exigente o hacerlos esperar mucho porque de ese modo se irían con otras con el "sí" más fácil, ustedes entienden, y tal vez por eso era que yo no tenía tanta suerte.

—Al final no me dijiste con quién te verás esta noche —retomé la conversación.

—Bobbie Patterson —respondió.

—Es un chiste, ¿verdad? Hannah... es el ex de Emma, ¿no era tu amiga?

—Lo dijiste bien, "era" mi amiga, así que me da igual si le molesta o no, además ella fue quien lo dejó, no tiene nada para reclamar.

—Dios, yo jamás podría estar con el ex de alguna amiga, por más que nos hayamos peleado.

Hannah observó hacia las gradas y habló entonces:

—La novia de tu padre está aquí. ¿Qué tal vas con ella? ¿Siguen sin llevarse bien?

—Más o menos, jamás discutimos ni nada parecido con Sarah, pero no me gusta pasar tiempo con ella, y a ella conmigo tampoco. Tratamos de disimularlo por papá, pero hasta él nota la tensión que hay entre nosotras.

—Tú tampoco le das una oportunidad, Domi, tu papá tiene derecho a comenzar de nuevo.

—Lo sé, solo que siento que es demasiado pronto, no hace ni cinco años que murió mamá y ya vive otra mujer en nuestra casa. A veces siento que yo soy la única que la recuerda.

—Tu papá seguro lo hace también. ¿A caso él tiró las fotos o las pertenencias de tu madre?

—Bueno, no, no lo hizo, pero es que las fotos de ella las tengo yo en mi cuarto. A lo que me refiero es que ya no habla de mamá ni nada. El día que ella cumplía años, él lo olvidó por completo, no te imaginas lo mal que me sentí.

—Sí, me habías contado eso. Pero, Domi, yo no creo que la haya olvidado de ningún modo, tan solo mírate, eres igual a ella, como dos gotas de agua. ¿A caso crees que él, viéndote todos los

días y el asombroso parecido que tienen, es capaz de no tenerla en mente? La debe extrañar más que a nada en este mundo.

Me quedé unos segundos sin decir nada y mirándolos a papá y a Sarah conversando para luego decir:

—Tal vez tengas razón, pero no lo sé, es muy pronto para que ya haya otra intentando tomar su lugar.

Fue entonces cuando el entrenador me llamó desde lejos señalándome que la carrera ya comenzaría, así que debía ir a la línea de partida.

—¡Ey! ¡Domiana! ¡Ya es hora!

—Te dejo, Hannah —le dije -, tengo que correr.

—Acábalas amiga, yo sé que puedes —me animó mientras la dejaba atrás, así que solo giré la cabeza, la miré y le sonreí.

Me coloqué en mi lugar correspondiente en el punto de partida sobre la pista al igual que todas las otras chicas, y el juez al vernos dijo en voz alta alzando una pequeña bandera:

—¿Preparadas? ¿Listas?

Todas nos pusimos en posición con las dos manos apoyadas en el suelo, con una de las piernas flexionadas y la otra estirada.

—¡Tú puedes mi amor! —escuché la voz inconfundible de mi padre alentándome.

—¡¡Fuera!! —gritó el juez agitando la bandera de un lado al otro con fuerza y entonces comenzamos a correr a toda velocidad.

Los familiares y amigos que habían ido a ver no dejaban de gritar para animarnos a correr más rápido, pero para todas las demás fue inútil, como ya les dije, de mi equipo era la más rápida y en aquella carrera también. Las logré pasar a todas casi sin problemas.

—¡Eso es! ¡Eso es! —se oía la voz de mi padre entusiasmado por verme llevar la delantera — ¡Mantente así! ¡Vas a ganar!

Pero la verdad era que no tenía nada más en la mente en ese momento que la línea de meta, mis ojos apuntaban hacia ahí y mis piernas, dando pasos largos y rápidos, me acercaban más y más a la victoria, pero estando a tan solo unos pocos metros del final, ocurrió algo que me cambiaría la vida para siempre.

Repentinamente sentí un fuerte dolor en mi pecho, un dolor que me hizo disminuir la velocidad al instante, era horrible y no lo podía explicar. Era algo muy agudo dentro de mí, como si un cuchillo me estuviera perforando el corazón. No lo pude resistir e inevitablemente tuve que parar, recuerdo que en aquel momento todo pareció ir en cámara lenta, el dolor ya no me permitió mantenerme de pie, no pude hacer más que tocar mi pecho con ambas manos como intentando que eso calmara la horrible sensación, mientras un gesto de clara molestia en mi rostro se dejó ver.

Caí en el suelo viendo todo borroso, con mucha dificultad para respirar y escuchando los gritos de las personas con profundidad, como si de a poco me estuviera quedando sorda, no entendía lo que pasaba y no parecía que pudiera hacer nada para cambiar aquella fuerte sensación. Todo entonces comenzó a quedar oscuro y un extraño alivio se sintió, era como si mi cuerpo se hubiera apagado por completo pero yo, dentro del mismo, parecí estar consciente por unos segundos, como si estuviera atrapada dentro de una habitación fría y oscura sin puertas ni ventanas. Lo único que se me cruzaba por la cabeza era que estaba muriendo.

Pronto abrí los ojos y ya no me encontraba en la pista, habían un par de luces sobre mí y voces de personas hablando a mi alrededor.

—Está despertando —decía una voz muy familiar.

Mi cuerpo se iba recuperando, sentía que de a poco comenzaba a mover los dedos, mi visión se fue aclarando y mi audición también.

—¡Ey! Princesa, ¿cómo estás? —dijo la voz esta vez con un rostro algo borroso cerca de mí.

—¿Papá? —pregunté intentando moverme.

Estaba acostada pero no sabía dónde, pronto, cuando todo fue claro lo supe, estaba en una cama de hospital, con una intravenosa en mi brazo izquierdo, con tubos dentro de mi nariz y con una vestimenta que no era la que recordaba haberme puesto por última vez. Me encontraba muy confundida y de inmediato me puse bastante nerviosa, la verdad quería salir de ahí lo antes posible.

—¡Ey! ¡Ey! Domi, hija, no te agites, estamos en el hospital —dijo papá poniendo su mano sobre mi cabeza para que me calmara.

—¿Qué estoy haciendo aquí? —le pregunté asustada.

—Calma, ¿sí? Todo está bien, no te asustes. Tuviste un ataque al corazón y te quedaste inconsciente por unos días.

—¿Qué?! —pronuncié sin poder creerlo —¿Cómo que un ataque al corazón? ¿Y por unos días? Papá, ¿qué día es hoy?

—Es martes hija, estuviste dormida casi cuatro días.

—¿Cuatro días? No puede ser. ¿Qué fue lo que pasó?

—No lo sabemos aún, los doctores te hicieron una resonancia ayer por la mañana, pronto nos van a entregar los resultados para ver qué fue lo que te pasó. Creímos que despertarías el mismo día que te desmayaste o más tardar al siguiente, pero al ver que no abrías los ojos decidimos hacerte ese estudio. Pero calma, llamaré a un médico para que te revise.

Me tomé unos pocos segundos para relajarme y entender un poco lo que estaba sucediendo. Papá se dirigió hacia la puerta de la habitación para salir al pasillo y así llamar a alguien que viniera a verme.

—¡Doctor! —dijo —¿Puede venir? Mi hija despertó.

De inmediato fue atendido y un médico me vino a revisar, tomó mi pulso, me abrió los párpados para revisar mi iris y pupila con la luz de una pequeña linterna de bolsillo, y hasta chasqueó los dedos junto a mis oídos para saber si escuchaba bien.

—Puedes oírme, ¿verdad? —me consultó el doctor.

—Sí, puedo.

—Tus pupilas reaccionan bien y tu pulso es normal —informó -, por ahora todo parece estar bien. ¿Sientes algo en tu cuerpo? ¿Algún dolor o molestia? Lo que sea.

—No doctor, nada.

Me continuó haciendo un par de revisiones más en el cuerpo para estar seguro de que sentía todas mis articulaciones y si respiraba sin dificultad.

Todo pareció estar normal así que me retiraron la intravenosa, también los tubos de la nariz y pude sentarme en la cama entonces. Me tocó mencionarle también al médico todos los síntomas que tuve en la competencia antes de desvanecerme, pudo sacar algunas conclusiones y hacer un diagnóstico, pero dejó en claro que los resultados definitivos se verían en la resonancia, entonces ahí sabríamos concretamente qué era lo que había pasado conmigo, solo teníamos que esperar.

Papá le avisó a Sarah por teléfono que había despertado, ella parecía estar en casa así que ni bien papá le pasó la noticia, vino a verme sin tardar mucho en llegar. Una vez que pudimos estar los tres juntos, nos quedamos hablando un buen rato sobre lo que me había pasado y del susto que se llevaron.

Me contaron que todos mis amigos preguntaron por mí, hasta me enviaron regalos como globos, algunas flores y peluches con dedicatorias para que me mejorara y que me esperaban ver pronto, jamás me había sentido tan querida y para ser sincera disfrutaba un poco de toda esa atención y cariño, pero aun así algo me inquietaba, tenía algo de nerviosismo por los resultados del examen, deseaba que todo estuviera lo mejor posible.

Recuerdo que esa tarde apareció un doctor distinto al que me revisó cuando me desperté, este parecía ser el que estaría a cargo de mi caso y fue quien nos anunció a mi padre, a Sarah y a mí lo que había arrojado la resonancia finalmente. "Dr. Red Tomblinson" tenía escrito en un gafete que traía prendido en su túnica.

Fue en privado, los cuatro solos en mi habitación, había aparecido el doctor con un sobre naranja en cuyo interior traía los papeles y radiografías de lo que pasaba conmigo. Para ser sincera me encontraba bastante asustada, papá me había tomado una de las manos con fuerza esperando que todo saliera bien, pero desgraciadamente no fue así.

—Este es un corazón normal, Domiana —me enseñó entonces la imagen de un corazón dentro de un cuerpo humano, para luego hacerme ver otra y así hacer una comparación -, y este es tu corazón, como ves, el tuyo es notoriamente más grande.

No pude evitar alarmarme un poco al ver la diferencia entre un órgano y otro.

—¿Qué significa esto, doctor? ¿Qué hay de malo conmigo?

El doctor entonces continuó:

—Te detectamos una miocardiopatía dilatada, es un trastorno caracterizado por una hipertrofia y dilatación progresiva del corazón, esto le causa al órgano debilidad a tal punto de disminuir la capacidad de bombear sangre eficazmente. En otras palabras, tu corazón es más grande de lo normal, eso te provocará cansancio, dificultades en la circulación, problemas para respirar y te sentirás cansada la mayor parte del tiempo. No podrás volver a correr de ahora en más o siquiera agitarte demasiado, al comienzo puede que no suceda nada si el ritmo cardíaco se acelera un poco, pero cuando haya pasado un tiempo considerable, puede que hasta subir una escalera o salir a caminar te provoque algún problema.

—Dios —pronuncié con miedo en mi voz -. ¿Y hay algo que se pueda hacer? Algún tratamiento tal vez.

—Sí, puede ser tratado tu problema, pero eso no garantiza resultados definitivos. La única solución definitiva es un trasplante. Tú eres B-, si conseguimos un donante con tu mismo tipo de sangre podríamos someterte a una cirugía y listo, todo estaría bien. Vamos a tratar de buscar otras alternativas para darte una mejor calidad de vida, pero de momento esa parece ser nuestra única opción para solucionar tu problema permanentemente.

—Pero... ¿Por qué no me detectaron esto antes? ¿Por qué jamás sentí ninguna molestia?

—No lo sabemos con certeza, puede que hace tiempo que tu corazón esté padeciendo de algún problema cardiovascular que hasta tal punto no lo notaste, pero conforme pasó el tiempo, el órgano no pudo resistir más las exigencias por la que lo hacías pasar. Hay algo más.

—¿Qué cosa, doctor? —preguntó papá muy preocupado.

—Bueno... —continuó -, por el tamaño actual que tiene el corazón, es necesario conseguir el donante dentro de los próximos seis meses, es posible aplazar ese tiempo con los tratamientos pero eso va a depender de tu evolución.

—¿Y si no? —hablé —¿Qué va a pasar si no aparece un donante antes de eso?

El doctor me miró con preocupación, como sin querer decirlo.

—No quiero sonar duro, pero tú, Domiana... Si no encontramos un donante a tiempo... no

sobrevivirás. El hospital no cuenta con un corazón de tipo B-, y si así fuera, el procedimiento es demasiado costoso, aunque hay muchos planes de pago con financiamiento, pero no es importante eso ahora. Vamos a hacer todo lo posible para ayudarte y conseguir un corazón a tiempo para ti, lo prometo.

Entonces sentí que todo mi mundo se desmoronó, no lo podía entender, no sabía qué decir, qué sentir o qué pensar, estaba en shock, sin mencionar que mi padre comenzó a llorar y Sarah se tapaba el rostro con las manos sin poder creer lo que estaba ocurriendo.

Para terminar, el doctor dijo:

—Los dejaré solos un rato, lo siento mucho.

Y se retiró del cuarto.

Papá se sentó en la cama junto a mí y me abrazó con todas sus fuerzas, Sarah por su lado atinó a tomarme una de las manos con las dos suyas, pero yo estaba intacta, no movía un solo músculo, creo que ni pestañeaba de lo impactada que quedé. No tenía idea de cómo iba a continuar con mi vida después de semejante noticia.

Esa noche la pasamos en el hospital, sería la última ya que al día siguiente iríamos a casa porque me darían el alta. No voy a mentir, no pude pegar un ojo en toda la noche, no lo conseguía, por mi cabeza pasaban mil cosas al mismo tiempo intentando buscarle algún sentido a lo que estaba viviendo, algunas respuestas, alguna solución o lo que fuese que cambiara la realidad que me había tocado, pero nada. Por extraño que sonase, no lloré en ningún momento, solo me quedé ahí, con mi rostro sin demostrar ningún tipo de emoción, ignorando la angustia porque de ese modo, creía que tal vez me convencería de que todo lo que me estaba pasando no era real.

Pasaron unos días y no había ido para nada a ningún lado, ni respondido mensajes de nadie en lo absoluto, tampoco quise recibir visitas en casa, solo me limité a encerrarme en mi habitación día y noche hasta que sintiera que fuera el momento adecuado para dar la cara al mundo y enfrentarlo.

Buscaba lo que fuera que me hiciera subir el ánimo y distraerme lo más posible, miraba series, películas, escuchaba música y leía todos los libros que tuviera, pero era inútil, nada me animaba, siempre acababa furiosa con la vida, con el destino, con todo y solo se me venía una pregunta a la mente que todos alguna vez en la vida nos la habremos hecho por algún motivo no muy bueno, "¿Por qué a mí?" Y lo siguiente era no poder encontrar una respuesta con sentido que me calmara la impotencia.

Como sea, esos días que permanecí encerrada fueron los más duros de mi vida luego de la muerte de mamá. Había pensado en tantas cosas que ya no podía recordar, logré llegar a tantas conclusiones inútiles que la verdad de nada ayudaban, solo me hacían ver cuán dura e impredecible es la vida que de la noche a la mañana lo que no es, puede llegar a ser, sea bueno o malo.

Llegó el siguiente sábado y de una vez por todas decidí salir de mi pozo depresivo para poder ver a mis amigos y abrazarlos con todas mis fuerzas. De nuevo era día de competencia en la pista de atletismo, solo que esta vez yo no participaría, nada más iría de sorpresa a ver a mis compañeros.

Una vez allí me senté un buen rato en las gradas a esperar a ver quién aparecía mientras observaba a otras personas que no conocía correr y hacer sus actividades correspondientes, lo único que podía pensar en ese momento era que existía la posibilidad de no volver a competir junto a ellos nunca más, y eso me deprimía bastante.

—¿Domiana? —escuché de pronto.

Volteé a ver y se trataba de Hannah. No pronuncié ni una palabra, solo me levanté del lugar en el que estaba y fui sin pensarlo hacia ella, lo mismo hizo, dejó el bolso donde traía su ropa a un lado y se acercó a mí para darnos uno de los abrazos más importantes de nuestras vidas.

—Oh, amiga —habló con dolor y evidentemente sabiendo la noticia.

Nos decidimos sentar las dos juntas para poder hablar tranquilas.

—No sabes las ganas que tenía de hablar contigo y de verte —me dijo.

—Lo sé, Hannah, sé que has ido a mi casa para verme y que no atendí, y lo siento, pero la verdad es que no quería ver a nadie, casi ni a mi padre veía. No salía de mi habitación para nada, deseaba con todas mis fuerzas estar sola.

—No hay problema, Domi, lo entiendo. Hablé con tu papá cuando fui a verte a tu casa

—¿Y qué te dijo?

—Bueno..., no me dio muchos detalles, me contó que tenías un problema grave en el corazón, y que ya no podrías volver a correr, o al menos por ahora.

—¿Es todo?

—Sí, hasta ahí.

Quedé en silencio por unos momentos pensando cómo le contaría el resto del problema sin darle muchas vueltas.

—Los doctores dicen que me quedan seis meses —pronuncié.

—¿Qué? ¿De qué hablas?

—Es el tiempo que me queda de vida a no ser que encuentren un donante.

—¿¿Qué?? Es un chiste, ¿verdad? Dime que es un chiste. ¿Cómo que seis meses? ¿Por qué? —hablé sin quererlo aceptar y sin comprender nada.

—Me detectaron una miocardiopatía dilatada. Significa que mi corazón es más grande de lo normal, está estirado, y de momento parece que la única salida es encontrar un corazón nuevo que sea compatible conmigo, de lo contrario moriré.

Me quedé mirando atónita.

—No puede ser verdad —expresó.

—Quisiera que fuera mentira, pero no.

—No puede ser. No lo puedo creer —habló con angustia para luego abrazarme nuevamente, esta vez con lágrimas en sus ojos.

—No quiero morir, Hannah —le dije con la voz quebrada -. Tengo mucho miedo, mucho, no me quiero irme así. Tenía una vida por delante y de un día para el otro solo me quedan seis meses. Hannah también se veía destruida y su angustia era incontrolable.

—No es justo amiga, no es justo. Nunca le hiciste nada a nadie, no mereces esto. No quiero perderte.

Entonces la solté para secar sus lágrimas y pedirle:

—Hannah, es muy importante que no le digas nada de esto a nadie, ¿entiendes? No quiero que nadie más se ponga así, no quiero dar lástima ni nada parecido, ¿está bien? ¿Puedo confiar en ti?

—Está bien Domi, está bien —contestó tratando de calmarse -. Juro que voy a estar contigo para lo que sea que necesites, ¿sí? Para lo que sea, cualquier cosa.

—Gracias amiga, muchas gracias. Voy a precisar que seas muy fuerte para que me des fuerzas a mí, no me sirve de nada la angustia, no quiero estar peor, y que en lo posible trates de ayudarme a continuar con mi vida lo más normal posible, como venía siendo hasta ahora, ¿de acuerdo? Quiero que todo siga su curso.

—De acuerdo, haré todo lo posible para que estés bien, lo prometo. Voy a estar contigo en

todo lo que me pidas.

Ambas nos calmamos y secamos nuestros ojos como pudimos. Miré hacia la pista y el entrenador de Hannah parecía estarle haciendo señas.

—Hannah, tu entrenador te está llamando, creo que debes ir —le informé.

—Sí, ya voy, ¿me esperas? Cuando termine quiero irme contigo. Vayamos a algún lado a comer juntas después, ¿qué dices?

—Está bien, voy a estar aquí esperándote.

Hannah tomó sus cosas y dándome un último abrazo con un beso en la frente dijo:

—Te amo, nunca lo olvides.

—Yo a ti.

Se levantó y se fue a toda velocidad. Creí que me quedaría sola hasta que ella volviera, pero no, alguien más se me acercó unos pocos minutos después.

—¿Domiana? —escuché.

Era uno de mis compañeros de clase que también ese día entrenaría, así que trajo a un amigo para que lo acompañara, los dos se me acercaron y saludaron.

—Barry, ¿cómo estás? —le hablé.

—Bien, gracias, ¿y tú, Domi? Él es Gerard, un amigo.

—Hola, un gusto —dijo Gerard estrechando mi mano.

—El gusto es mío —contesté.

—Domi... —habló Barry -, no soy muy bueno con estas cosas pero..., quería decirte que me apena mucho lo que te sucedió, dijeron que ya no podrás correr y que la salud de tu corazón está algo delicada. Cualquier cosa que necesites... pues... eso...

No pude evitar sonreír ante su incomodidad.

—Te dije que no era muy bueno para estas cosas, lo siento.

—Está bien Barry, muchas gracias, de verdad, prefiero que me lo digas así antes de ponerte a llorar.

—Bueno, me alegra haberte sacado una sonrisa por lo menos. Bien, tengo que irme a entrenar un rato, te dejo con Gerard.

Entonces Barry se marchó algo apurado fuera de las gradas dejándome sola con su amigo, quien de inmediato se sentó junto a mí pidiéndome permiso. Se me olvidó mencionar que Gerard traía una guitarra consigo dentro de un estuche y que además era increíblemente atractivo, al menos para mí. Claro que trataba de mirarlo poco para que no se notara que desde el primer momento me produjo atracción.

Nos quedamos unos pocos segundos los dos en un incómodo silencio, estaba segura de que él, al igual que yo, se estaba cuestionando quién hablaría primero o qué tema tocar para iniciar una conversación. Por suerte él fue quien rompió el hielo primero, yo no encontraba nada coherente que decir.

—Así que eres compañera de clase de Barry, ¿no?

—Pues sí, además de conocerlo de las competencias y eso. ¿Y tú? ¿De dónde eres su amigo?

—Un vecino mío es amigo de él, un día nos juntamos y desde ahí nos hicimos buenos amigos.

—Oh, que bueno. ¿Y de dónde eres? Ahora que te escucho bien noto que tu acento no es de por aquí.

—Tienes razón, vengo de Nueva York.

—¡Wow! ¿De qué parte?

—Manhattan.

—Citadino.

Sonrió y continuó:

—Exacto.

—¿Y qué te hizo abandonar la gran manzana y terminar en el pequeño pueblo de Phermonth?

—Es que mi madre vive aquí desde hace unos años, así que decidí mudarme con ella un tiempo y de paso conocer un lugar nuevo y más tranquilo.

—Entonces..., ¿vivías en Nueva York con tu padre?

—Así es. Se separaron hace años. Mamá quiso volver a Phermonth para estar con mi abuela. Hace unos meses ella falleció y mi madre se quedó sola en la casa, así que vine hasta aquí para hacerle compañía.

—Dijiste que "volvió a Phermonth", o sea que ya era de aquí entonces.

—Así es, nació en este pueblo y cuando tuvo edad se quiso ir para buscar una nueva vida. Acabo en Nueva York trabajando en un hotel y así conoció a mi padre.

—¿Y no extrañas tu antiguo hogar? ¿O a tu padre?

—No te voy a mentir, sí, se extraña mucho pero bueno, tampoco creo que viva aquí para siempre, nada más creo que vine por un tiempo.

—Pues te va a agradar Phermonth, es pequeño y tranquilo, pero se pone muy bonito en esta época del año, ya comenzó el verano así que tendrá bastante movimiento.

—Eso mismo me dijeron.

—¿Y tocas guitarra o la usas como adorno?

—Claro que toco, desde muy pequeño así que algo sé, no soy un profesional pero he llegado a dar clases algunas veces a niños.

—Genial, ¿y cantas?

—Pues..., un poco.

—Entonces vamos..., canta algo para mí, y así veo qué tan bueno eres.

—¿Eso quieres?

—No lo sé, si quieres...

Y no dijo más nada, solo puso el estuche en el suelo, le quitó los seguros y tras abrirlos sacó su guitarra acústica para luego colocarla sobre sus piernas.

—Vamos a afinarla un poco —habló girando las clavijas.

Probó las cuerdas y rápido pareció ya estar lista.

—¿Conoces a "The Goo Goo Dolls"? — me preguntó.

—Mmm... no, nunca oí sobre ellos.

—Pues bien, te cantaré una de sus canciones entonces para que los conozcas, ¿te parece? "Sympathy", es una de mis favoritas, te va a gustar.

—Ok, te escucho.

Y entonces comenzó a tocar. Lo hacía muy bien y el ritmo me gustaba, era relajante pero animado a la vez; poco después le agregó su voz a la música y me agradó aún más. Recuerdo que la melodía era tan pegadiza que hasta me hizo mover la cabeza ligeramente de un lado a otro con los ojos cerrados y con mis pies zapateando un poco como si marcaran el ritmo de una batería.

La canción era muy buena y emocionante a la vez, la cantó entera y no fue tan larga. Fue algo extraño porque por momento pareció estármela dedicando a mí, o al menos esa fue mi impresión debido a algunas de las estrofas que entonaba.

Luego de que terminó de tocar, atiné a aplaudir un poco y felicitarlo.

—¡Woohoo! Muy bien.

—¿Te gustó? —me preguntó.

—¿La verdad? Me encantó, creo que la voy a descargar. Cantas y tocas bastante bien, creo que tienes talento.

—¿Tú crees?

—Claro, deberías componer tus propias letras y, no sé, subirlas a internet para que la gente las vea y, ¿quién sabe? Tal vez hasta encuentres a alguien que te patrocine.

—No eres la primera persona que me dice exactamente lo mismo.

—¿Y entonces? ¿No lo has hecho aún?

—Digamos que no.

—¿Y por qué? Si eres tan bueno.

—Es que mi padre siempre ha sido muy exigente conmigo, cree que es un sueño estúpido dedicarme a la música. Siempre se encargó de que estudiara cosas más...

—¿"Más" qué?

—Más reales, así lo llama él. Cree que es algo imposible que logre vivir de la música, una fantasía tonta y tal vez hasta yo creo eso en ocasiones.

—Te entiendo, creo que un padre siempre quiere que sus hijos se inclinen por carreras más "seguras", si así se las puede llamar, pero si ese es tu sueño... él debería de apoyarte.

—Lo sé, y tal vez ahora que ya no vivo más con él, pueda empezar a componer lo que me guste, pero aún hay veces que me cuestiono si de verdad no es una tontería.

—Jamás sabrás si funciona o no si no lo intentas. Debes hacer lo que te haga feliz a ti y no a los demás, lo que creas que es mejor para tu vida, aunque te estés muriendo de miedo y todo el mundo te diga que no. Debes tratar de todas formas, una vez oí una frase que decía "*El miedo al despegue desaparece al volar*" ¿No crees que hay algo de verdad en eso?

—Pues sí, tiene sentido pero...

—"Pero" nada, solo hazlo y ya.

Gerard entonces ya no supo qué decir, creo que lo había dejado algo sorprendido y pensativo.

—¿Siempre eres así de positiva?

—La verdad no, pero esta semana me quedó algo más que claro, que todo eso que no es puede llegar a ser.

—De acuerdo, prometo que ni bien componga algo, te lo daré a escuchar a ti para que me digas qué te parece, ¿hecho?

—Hecho.

Y nos dimos la mano como pactando un trato.

Con Gerard nos quedamos un buen rato más conversando mientras esperábamos a Hannah y a Barry. Finalmente la hora de irnos llegó y tras abandonar la pista decidimos irnos los cuatro juntos a caminar. Gerard y Barry iban juntos un par de metros delante de nosotras, así que esos instantes Hannah los aprovechó para sacarme algo de información.

—¿Y? —me consultó.

La miré sin entender y le respondí con otra pregunta:

—¿"Y" qué?

—Vamos, Domi, estuviste un buen rato con Gerard hablando y te vi sonriendo muchas veces, hasta te cantó una canción, desde la pista se escuchaba como tocaba la guitarra. ¿Eh? Ya dime, ¿te invitó a salir o algo?

—Hannah, ¿por qué todo hombre con el que me ves hablar ya es un posible candidato? ¿Eh? ¿A caso no tienes otra cosa en la cabeza que no sean hombres o citas? Puedo estar perfectamente

bien soltera.

—Las dos sabemos que en el fondo no te gusta estar sola, Domi, no me engañas, además soy tu mejor amiga y te conozco muy bien, te gustó Gerard, admítelo.

Por suerte Hannah tuvo la consideración de hablar en voz baja, lo suficiente como para que los chicos no escucharan ni una palabra.

—Hannah, cállate, te lo pido, no me hagas pasar vergüenza.

—Dímelo ya, te gusta, ¿verdad?

—Hannah, apenas lo conocí hoy, no hace ni dos horas que comencé a hablar con él.

—¿Y eso qué tiene que ver? Te puede interesar igual. Domiana te conozco desde hace años, te he visto en todos tus estados y me has contado muchas cosas tuyas, así que me atrevo a decir que sé bien cuando alguien te gusta o te causa alguna sensación, se te nota en la cara.

—Pero es recién lo conozco, no puedo decir que me gusta.

—De acuerdo, tú ganas, pero reconoce que te causó una buena primera impresión, ¿no es así?

—Sí, ¿eso por qué no? Me pareció una muy buena persona.

—¿Y seguirán en contacto?

—Le di mi número y él me pasó el suyo.

—Bueno, es un inicio, seguro te invite a salir y seguro le digas que sí.

—Ya, cállate, no soy como tú.

Continuamos caminando un poco más pero esta vez en total silencio, la verdad era que ya no tenía ganas de seguir tocando el mismo tema con Hannah.

—Barry es lindo, ¿no crees? —dijo de pronto.

—No lo sé, si tú lo dices...

—Es atleta, fisico trabajado, con un corte de pelo prolijo y a la moda, no es tan alto como me gustan a mí pero tampoco es un enano, además tiene linda sonrisa y bonitos ojos. Creo que le voy a pedir para salir algún día de estos.

—Creí que la que esperaba a que la invitaran primero eras tú.

—A veces, a veces no, tiene que ser muy guapo para que yo tome la iniciativa, si no, que sea el chico el que se tome el trabajo de conquistarme.

—Como se nota que tienes para elegir.

—Tú también tienes para elegir, Domi, solo que no le das oportunidad a ninguno. Para ti todos son raros, extrañamente te fijas en hombres que sabes que no te darán atención o que salen con otro tipo de chicas.

—Gracias por ser tan sincera, me deprimas todavía más.

—No es para que te deprimas, solo trato de ayudarte, te fijas en chicos populares, que salen con chicas igual de populares, chicas que se sacan fotos muy provocativas en bikini junto a una piscina y tienen cientos de likes en sus redes sociales y seguidores, ¿cómo compites contra eso? Solo trato de decirte que tal vez seas feliz con otro tipo de hombre, te fijas mucho en el fisico y no en su forma de ser contigo o en su personalidad.

—Que curioso que justo tú me digas eso, que solo te fijas en los hombres dependiendo si son guapos o no.

—Yo porque no quiero nada serio, soy muy consciente de que si me enamorara de alguno de los chicos con los que salgo, acabaría con el corazón roto y llorando todas las noches antes de dormir. Pero en cambio tú, necesitas otra cosa y creo aún más en las circunstancias en las que estás, debes pensar en tus sentimientos, en tu estado de ánimo, debes buscar a alguien que te haga sonreír, alguien con quien conversar hasta altas horas de la madrugada y que no se quiera ir a

dormir por quedarse hablando contigo aunque sea de lo más tonto. Sé que los chicos que por lo general se te acercan no son los mejores ni los más atractivos, pero el día que la humanidad entienda que el físico es algo secundario, todos nos daremos cuenta de por qué cuando nos dan un regalo tiramos el envoltorio.

—Deja de usar frases de Instagram para darme sermones.

—Lo siento, lo siento, solo decía.

Hannah y yo muchas veces podríamos tener demasiadas diferencias a pesar de ser mejores amigas, pero esta vez tenía que darle algo de crédito.

—Bueno sí, es verdad lo que dices, pero, ¿qué quieres que te diga? No me gustan esos chicos raros que me escriben, y en otra cosa también me hiciste pensar, en las circunstancias en las que estoy, creo que lo mejor sería no preocuparme por la vida sentimental, sé que quiero mantener mi vida lo más normal posible sin importar el desenlace pero no creo que preocuparme por chicos sea lo ideal ahora mismo.

—Bueno..., tal vez tengas razón, no es lo que más importa en este momento.

—Oigan chicas, tengo una idea —nos dijo Barry interrumpiendo y acercándose -, la casa de mi padre está libre el fin de semana, está a las afueras del pueblo y cerca de allí pasa un pequeño arroyo. ¿Qué les parece si vamos a nadar? Va a hacer mucho calor todo el día, ¿qué dicen?

Hannah y yo nos quedamos mirando sin responder nada en un comienzo, al menos yo no estaba convencida de que fuera una buena idea, pero sí estaba segura de que Hannah aceptaría sin pensarlo mucho, aunque era obvio que si yo decía que no, ella se negaría por no ir sola, así que pregunté:

—¿A un arroyo? No es peligroso, ¿verdad?

—Para nada, todos los veranos nos la pasamos ahí con un grupo de amigos, es seguro, no hay corrientes fuertes si no ha llovido y además no es nada profundo. ¿Vienen?

Volvimos a quedarnos mirando y ella para persuadirme, discretamente me golpeó con uno de sus codos.

—Está bien, vamos —respondí sin estar del todo segura.

—Pero no tenemos trajes de baño —agregó Hannah.

—No es problema, mis hermanas mayores dejaron mucha de su ropa cuando se fueron a la universidad, entre las cosas hay bikinis y todo eso que nadie usa, seguro encontrarán algo que les quede.

—De acuerdo, no hay problema entonces —respondió Hannah sonriéndole a Barry como una niña estúpida.

Capítulo Dos

Los cuatro fuimos a la casa del padre de Barry en una camioneta que justo pasaba por uno de los caminos del bosque, y que afortunadamente su chofer se ofreció a darnos un aventón hasta el punto que nos quedara más cerca para llegar caminando.

Se trataba de una casa de campo muy próxima a la carretera y casi imposible de ver debido a tantos árboles a su alrededor, parecía el lugar perfecto para desaparecer del mundo por unos días.

Una vez que llegamos y entramos, Barry nos llevó al cuarto de sus hermanas luego de hacernos un pequeño tour por el lugar. Los chicos nos dejaron solas a Hannah y a mí en la habitación y luego de encontrar trajes de baño acordes a nosotras, nos volvimos a juntar con ellos llevándonos un par de toallas y ropa que no era nuestra para cambiarnos, shorts, playeras... todo eso.

Salimos por la parte de atrás de la casa y tras caminar no más de unos 5 minutos por el bosque, llegamos al arroyo del que Barry hablaba, arroyo que era mucho más parecido a una pequeña cantera, con agua muy cristalina, piedras grandes a sus lados, mucha vegetación y una cuerda atada a la rama de un árbol cerca de la orilla y en cuyo extremo inferior tenía una llanta de auto sujeta con varios nudos a modo de columpio para arrojarse al agua desde lo alto.

Ni bien llegamos, los chicos se quitaron las camisetitas, las dejaron en el pasto y se lanzaron al agua corriendo a toda velocidad como si de una carrera se tratase, pronto los siguió Hannah mientras que yo preferí quedarme en tierra firme observándolos sin muchas ganas de acompañarlos para ser sincera, pero a la vez sabía que mucho tiempo así no aguantaría, tarde o temprano me iba a tener que mojar, con el calor que hacía aquella tarde no estaría nada mal un chapuzón.

—¡Vamos, Domi! —me llamaba Hannah —¡El agua está genial! ¡Ven, no me dejes sola!

Recuerdo que entonces me quité la blusa que traía puesta y el short, quedando con una malla la cual sentí que fue la prenda que mejor me quedó, no tenía muchas ganas de exhibir mi cuerpo, nunca fui así, y la verdad era que de todas maneras la vida no fue muy generosa conmigo, así que mucho para mostrar no tenía.

Recuerdo que en el intento de encontrar el mejor punto para arrojarme al agua, pude percatarme de que Gerard me observaba mientras nadaba, ya saben, con esa forma particular de mirar como si de algún modo le gustara lo que veía pero tratando de disimularlo.

No voy a mentir, un poco me gustaba sentirme observada por él de ese modo, digo..., yo también trataba de aparentar que nada me pasaba pero era inevitable que me agradara llamar su atención. Al final me tiré al agua y me quedé ahí un buen rato divirtiéndome con mis amigos riendo, nadando, jugando..., y así fue como se nos pasó toda la tarde.

Ya bajando el sol y entrando la noche, con los chicos habíamos decidido quedarnos allí a dormir a la intemperie alrededor de una fogata, iba a ser una noche y madrugada calurosa, así que no estaría nada mal acampar todos juntos por esa ocasión.

Hannah, Barry y Gerard se encontraban sentados alrededor de la pequeña fogata que habíamos encendido, mientras que yo me había alejado un poco de ellos para poder hablar por teléfono con mi padre quien me llamó para saber cómo estaba.

—Estoy bien papá, no tienes de qué preocuparte —le dije ya iniciada la conversación.

—No te duele nada, ¿verdad? —preguntaba desde el otro lado.

—Por ahora nada papá, en lo absoluto.

—¿Y comiste algo?

—Ahora estábamos por hacer algo de comer con los chicos, tal vez unos malvaviscos.

—¿Me repites de vuelta quiénes son esos dos muchachos con los que están tú y Hannah?

—Barry y Gerard. Barry es un compañero de clase, lo has visto en la pista y he ido a su casa algunas veces, y Gerard es un amigo de él, es nuevo en el pueblo. Pero estaremos bien, no tienes que preocuparte.

—Aun así lo hago, eres mi hija.

—Lo sé papá, lo sé.

—¿Y qué están haciendo?

—Pues armamos una fogata y creo que nos quedaremos afuera a pasar la noche, está caluroso.

—Domiana, ten cuidado, no sabes quién puede andar por ahí, es una zona boscosa, si van a dormir vayan a la casa, donde estén seguros, no al aire libre.

—Sí papá, lo haremos, lo prometo. Estaremos en el patio trasero, cualquier cosa entraremos a la casa.

—Está bien hija. Ten mucho cuidado y llámame por cualquier cosa que suceda, ¿de acuerdo?

—De acuerdo papá, lo haré, te llamaré si necesito algo.

—Te amo hija, mucho.

—Yo también te amo papá. Descansa.

Y de inmediato cortamos la llamada para luego de eso yo poder volver con mis amigos.

—¿Era tu padre? —preguntó Hannah, quien estaba recostada sobre Barry envuelta en sus brazos como si de una pareja se tratase.

—Sí, era mi padre —le respondí sentándome en el suelo junto a Gerard.

—¿Y qué quería? —continuó.

—Nada, solo saber cómo estaba, es todo.

Casi se me olvidaba mencionarlo, pero ellos dos ya hacía un buen rato que estaban a los abrazos y besos, Hannah había estado casi todo el día insinuándosele a Barry, así que él, pobre, tuvo que decirle que sí después de tanto acoso que sufrió. Por cierto, si se preguntan qué fue lo que pasó con la cita que ella tenía esa misma noche..., pues lo dejó plantado obviamente, así era ella, una rompe corazones.

Resultó que Gerard fue con el único que pude tener algunos diálogos durante el correr del día debido a que Hannah se la pasó sobre Barry olvidándose por completo de mí, y tal vez creyendo que así lograría que Gerard y yo tuviéramos alguna especie de acercamiento especial.

Siempre odié que hiciera esa clase de cosas, se creía la "Doctora Corazón" y me hacía sentir muy incómoda con sus métodos poco ortodoxos, sin mencionar que se lo tomaba como una gracia y eso me parecía desesperante. Era mi mejor amiga, pero la mayor parte del tiempo me hacía pensar que era una lástima que el homicidio fuera ilegal.

Hannah y Barry por momentos se entretenían besándose apasionadamente, momentos que se veían eternos debido a que Gerard y yo nos quedábamos ahí, mirándonos por breves instantes como si los dos supiéramos que estábamos estorbando, pero afortunadamente ambos nos reíamos un poco como tratando de disimularlo y así lo incómodo de aquellos momentos se nos quitaba.

Pasó un buen rato, la madrugada llegó y junto con Gerard nos habíamos quedado despiertos conversando para conocernos un poco más mientras que Barry y Hannah se quedaron totalmente dormidos abrazados el uno al otro.

—Oye., ¿y cómo se conocieron Hannah y tú? —me preguntó.

—Bueno..., nos conocimos en la primaria, teníamos unos 6 o 7 años cuando nos hicimos amigas y desde entonces somos inseparables.

—Entonces es como si fueran hermanas, ¿no es cierto?

—Exacto, yo diría que más que hermanas. Hannah es algo alborotada la mayor parte del tiempo, y lo detesto, pero no imagino mi día a día sin ella. Me ha acompañado en todos mis momentos buenos y malos, y a veces creo que yo no le he retribuido lo suficiente.

—Comprendo. Y no estudian en el mismo instituto ahora, ¿verdad?

—Pues no, en la secundaria nos separamos pero jamás perdimos el contacto por nada. ¿Por qué preguntas?

—Bueno..., me llamó la atención que ella y Barry, si bien se conocían, nunca hayan tenido un acercamiento como el que tuvieron hoy, siendo que Barry está en tu clase y compite junto a ti.

—¿Trabajas para la CIA o qué? —bromeé.

Gerard sonrío.

—No, no, solo los observé y lo imaginé.

—Pues no te equivocas, se conocían de vista por ir a la pista, pero Barry y yo jamás tuvimos un trato muy cercano a pesar de estar ambos en la misma clase, de ir a las mismas fiestas y todo eso sino hasta hoy que vino a saludarme por lo que pasó conmigo.

—Sí, lo vi. Y dime, ¿qué fue lo que te dijeron los doctores? ¿Cuál es el problema que tienes?

—Bueno... —y no supe qué más decir.

En parte no quería tocar el tema, me hacía sentir un poco mal y a la vez no tenía ganas de que la noticia de mi delicado estado de salud la supiera todo el mundo, pero por otro lado algo había en Gerard que sentía que podía confiar, que le podía contar lo que fuera, tal vez era ese encanto que me provocaba al verlo a los ojos, o por el trato que había tenido conmigo durante el día o no sé, tal vez era el hecho de que simplemente me atraía en sobremanera y nada más quería compartirle algo importante sobre mí para generar una especie de vínculo con él. Sea cual sea el motivo le decidí contar.

—Es un tema algo delicado, ¿sabes?, no es fácil para mí hablar de esto —le advertí.

—No te preocupes, soy todo oídos si quieres contarme.

No podía creer lo lindo que era conmigo, no había pasado mucho tiempo desde que él y yo nos conocimos, pero su manera de ser era tan provocativa para mí, que se me hacía demasiado difícil resistirme y decirle que no.

—Pues bien... Los doctores me diagnosticaron una miocardiopatía dilatada en el corazón, significa que mi corazón es más grande de lo que debería y eso afecta a la circulación de la sangre al resto de mi cuerpo, y que a medida que pase el tiempo irá empeorando. Hay tratamientos para lidiar con ese problema, pero según mi doctor llegará un momento en que será necesario un trasplante.

Y hasta ahí llegué intentando tal vez con eso último darle a entender de algún modo lo que ocurriría conmigo.

—¡Oh! Vaya —pronunció algo impactado y hasta un poco deprimido -. Perdón si sueno muy directo o si no encuentro palabras más sensibles pero... si es necesario un trasplante es porque tu corazón no aguantará para siempre, ¿no es cierto?

—Es correcto, tengo los días contados.

—¿Y cuánto tiempo tienes?

—Seis meses según los médicos.

—Lo siento mucho. No quería incomodarte.

—No te preocupes. Así que es por eso que no puedo hacer más deportes.

—Es entendible. Wow, que mala noticia, me quedé algo impresionado.

—Intenta no pensar en eso y trátame como si nada de eso estuviera pasando por favor, no quiero caer en depresión así que trato de evitar pensar en eso. Hablemos de otra cosa, vamos, cuéntame sobre ti.

—¿Sobre mí? ¿Qué quieres saber sobre mí?

—No lo sé, háblame de tu vida en Nueva York, de cómo es la vida en la gran manzana, tus amigos, tu casa, alguna chica que dejaste allá por venir a Phermonth, lo que sea.

—Bien, tú ganas. ¿Por dónde comenzar? La vida en Nueva York es bastante acelerada, se mueve todo más rápido y nunca se duerme ahí. Hay tanto para hacer también que no alcanza ni siquiera un mes de vacaciones para recorrer toda la ciudad. Yo nací ahí así que todo eso me resulta normal, ¿sabes? Pero cuando vienes a un lugar como este te das cuenta de lo alborotado y estresado que se puede llegar a vivir en un lugar como ese, rodeado de tanta gente, aunque la verdad por las noches extraño sentir el ruido de las patrullas a lo lejos. Cuando recién llegué me costaba dormirme sin sentir bullicio.

—¿Y qué hay de tus amigos? ¿Los extrañas? Supongo que hablas con ellos a menudo.

—Claro, todo el tiempo estamos en contacto, no me pierdo de nada de lo que sucede en Nueva York a pesar de estar aquí. Lo que extraño bastante es salir con mi grupo de amigos, aquí no estoy solo pero no es lo mismo, aún no conozco del todo bien a nadie.

—Comprendo, aún no te has adaptado lo suficiente.

—Eso mismo.

—Pero ya lo harás, las personas de Phermonth no somos como los de la ciudad pero te caeremos bien, ya lo verás.

Entonces sonrió mirándome a los ojos y dijo luego de hacer una breve pausa:

—Tú ya me caen bien.

No pude evitar devolver la sonrisa y sonrojarme un poco.

—Y., ¿no hay alguien esperándote en Nueva York? —le pregunté.

—¿Alguien? Te refieres a alguna chica, ¿verdad?

—Sí.

—Tenía una novia hasta unos meses antes de armar las maletas y venir a Phermonth, Candice se llamaba.

—¿Y por qué "tenías"? ¿Se pelearon?

—Algo así. Es algo complicado de explicar, sobre todo porque no me gusta recordar lo que pasó.

—¿Oh! Lo siento entonces, no quería incomodarte.

—No, está bien, no es un tema que me agrada conversar por lo doloroso que fue, pero supongo que alguna vez tengo que hablarlo con alguien. Digamos que Candice y yo no nos entendíamos, ella era muy descontrolada, nunca tuve muy claro qué era lo que sentía por mí. Un día me trataba bien, me decía que me amaba, esas cosas, y al siguiente me odiaba y decía que debíamos terminar, sin mencionar que si algo la ponía de mal humor ya era pretexto para desquitarse conmigo y yo simplemente debía entenderla. Un día la descubrí hablando con otro chico por teléfono, ella me juraba que era solo un amigo, pero lo extraño fue que jamás le dijo a ese chico que ella tenía novio, por así decirlo se dio a conocer ante él como soltera, ¿puedes creerlo?

—Wow, supongo que con eso te debió alcanzar para dejarla, no valía la pena.

—Lo sé, pero sabes cómo son las cosas sentimentales, a veces el corazón no quiere ver lo que

la mente ya sabe.

—Bueno, supongo que tienes razón. Yo en tu lugar no podría seguir con alguien así. ¿Qué hiciste tú?

—Curiosamente todo lo contrario. Continué con ella un tiempo pero ya nada fue igual, mis celos estallaban por lo que fuera, ella no podía salir con amigas sin que yo pensara que me estaba mintiendo y que se iba a otro lado con alguien más, era horrible. Al final se hartó de mis escenas y quiso terminar la relación, yo tampoco quería seguir sufriendo, así que decidí olvidarla definitivamente dejando de hablarle y eliminándola de todas mis redes sociales, sé que es un poco infantil pero, ¿qué podía hacer? Aún la amaba y me dolía verla continuar con su vida sin mí. ¿Sabes qué fue lo peor? Ella y yo éramos vecinos, y mis padres eran muy amigos de los de ella, aprobaron la relación y se apenaron mucho cuando se terminó. Claro que no les explicamos los motivos, consideramos que fue un problema de nosotros y que ellos no debían enterarse de momento. Mamá la conocía de cuando éramos niños y de cuando estaba casada con papá, su madre y la mía tienen contacto hasta hoy a pesar de mamá haberse separado y venido a vivir aquí.

—¿Así que de algún modo crecieron juntos y de más grandes se enamoraron?

—Exactamente.

—Entiendo. Pero..., ¿qué bien te hacía tener a una persona así en tu vida? Con todo eso era mejor que estuvieras solo, ¿no crees?

—Lo sé, es que cuando te enamoras así es como una adicción, sabes que te hace mal pero no puedes dejarlo. Para colmo ves que la otra parte se quiere ir pero tú haces de todo para que eso no ocurra, muchas veces hasta teniendo que reparar lo que yo ni siquiera rompí, y eso no es sano.

—Eso no era amor, Gerard, era obsesión. Todas las relaciones tienen sus cosas malas. El amor es algo bueno, te llena de vida y te puede animar a hacer por alguien las cosas que no harías ni siquiera por ti, pero al mismo tiempo te expones a sufrir demasiado, le das mucho de ti a alguien que nunca sabes si lo va a valorar o no. Amar es un arte, y no todo el mundo es artista.

—Es verdad, pero creo que el amor es un mal necesario, aunque también creo que las cosas malas en una relación tienen un límite, todos debemos elegir qué tanto daño vamos a dejar que alguien nos haga. Lástima que no entendí nada de eso sino hasta que fue muy tarde.

—Bueno, es de las experiencias malas de las que se aprende más.

—¿A ti te ha ocurrido algo parecido? ¿Alguna vez te lastimaron?

—Para ser franca no, sinceramente lo que te he dicho es por lo que he visto en mis amigas o por leerlo en libros. Yo jamás me he enamorado a decir verdad, me han gustado muchos chicos pero no ha pasado de eso, jamás conocí a alguien especial.

—No te creo. ¿Jamás has tenido novio siquiera?

—Jamás. Creo que tuve un novio en el jardín cuando era una niña, pero eso es lo más lejos que he llegado.

Gerard se comenzó a reír.

—Estás jugando conmigo —me dijo—. No creo que jamás hayas conocido a alguien.

—Lo digo en serio, nunca. Los chicos que me han interesado no se fijan en mí, me ven rara, supongo, y los que sí se fijan en mí..., bueno..., nunca son los que me gustan. Sin mencionar que tampoco soy tan accesible, me considero un poco antisocial. A parte que tener una amiga como Hannah hace que algunos chicos guapos con los que puedo llegar a interactuar, se acaben fijando en ella y no en mí, tan solo mírala, ella tiene cuerpo, es atractiva, simpática, se sabe vestir y maquillar..., en cambio yo..., soy todo lo opuesto a ella. No tengo suerte en el amor, soy una fracasada.

—Yo no veo nada de malo en ti. Tú eres natural, te vistes para ti y no para los otros, además tampoco te ves mal siendo así como eres.

—Bueno, gracias, que lindo eres.

—Por nada. Oye, Domi, ¿podría hacerte una pregunta?

—Claro, dime.

—No quiero que pienses que soy un entrometido o que te ofendas o incomodarte, pero es que tengo algo de curiosidad. Si jamás has conocido a alguien especial de quien te hayas enamorado..., entonces, ¿tú nunca has estado con nadie? Ya sabes...

—¡Oh! Eso. No, nunca. Aunque eso no tiene nada que ver con enamorarme, podría haberlo hecho con alguien sin necesidad de sentir algo especial.

—Bueno, eso es verdad.

—Pero la respuesta aun así es no, no he hecho nada de eso con nadie aún. No sé siquiera qué es lo que debería pasar para que eso se dé, solo creo que cuando tenga que suceder sucederá y ya, supongo, no acostumbro pensar en eso. ¿Puedo hacerte una pregunta yo ahora?

—Por supuesto.

—¿Qué tienes en mente hacer para cuando vayas a la universidad?

—¿Te digo la verdad? No lo he pensado todavía, ya sabes que mi sueño es dedicarme a la música, pero creo que debería tener un plan de respaldo en caso de que se quede en eso, un simple sueño, así que puede que siga algo relacionado con la arquitectura, siempre se me ha hecho un poco fácil el dibujo técnico, los planos, proyecciones..., esas cosas, así que supongo tomaré ese camino. Aún me falta aprobar el segundo semestre de sexto año después del verano.

—Supongo que lo cursarás aquí, ¿no es así? ¿O solo te quedarás por el verano?

—Por ahora estoy aquí por tiempo indeterminado, aunque supongo que si me quedo deberé revalidar mis estudios de Nueva York para poder anotarme en alguna secundaria de por aquí. Si la paso bien este verano y hago buenos amigos prometo quedarme.

—Vas a quedarte, ya lo verás.

Continuamos hablando por un buen rato en aquella madrugada tan cálida bajo las estrellas y en compañía de los grillos hasta que el sueño nos venció a ambos.

Lo siguiente que recuerdo es que los rayos del sol me comenzaron a dar en la cara una vez que amaneció, me masajee los ojos para espabilarme un poco y cuando pude abrirlos bien lo noté, me encontraba acostada sobre el pasto junto a Gerard, con el pequeño detalle de que estaba abrazándolo y con una de mis piernas sobre él, por fortuna Gerard dormía profundamente como para darse cuenta de que habíamos pasado la noche así de juntos.

De inmediato me alejé de él y me senté en el suelo sin poder evitar ponerme bastante nerviosa. No quería admitirlo en ese momento, pero no estuvo tan mal despertar pegada a él, me gustó mucho, me había causado una extraña sensación dentro de mí, como una cosquilla agradable cerca de mi vientre, tal vez era eso a lo que llaman "mariposas en el estómago".

Sí que se veía bien durmiendo y tal vez por un segundo la idea de volverme a acostar se me cruzó por la mente, pero no, no hacía ni veinticuatro horas que lo conocía, aún seguía siendo un total extraño para mí, aunque uno muy atractivo. No era el estilo de chico como los que yo acostumbraba buscar, si bien físicamente me llamaba la atención... con su personalidad había algo diferente, él no parecía ser como el resto, pero la verdad era que tampoco le iba a demostrar mi interés, no creía que valiera la pena comenzar una historia con alguien estando en una situación como la mía.

Capítulo Tres

Luego de que nos encontráramos los cuatro despiertos, decidimos volver cada uno a nuestras casas después de desayunar. Yo había logrado llegar a la mía cerca del mediodía.

—¿Te divertiste con tus amigos? —me preguntó papá desde la sala justo cuando entré a casa y mientras me encontraba subiendo las escaleras rumbo a mi habitación.

—Sí papá, mucho —contesté deteniéndome.

—¿Viniste hasta aquí sola?

—No, me tomé un autobús con Hannah.

—¿Por qué no me llamaste para que te fuera a buscar en auto?

—No lo pensé papá, lo siento. La próxima vez prometo llamarte.

Papá no parecía estar de buen humor, al menos conmigo, el tono en el que me hacía sus preguntas me incomodaba un poco, así que, para no iniciar una discusión como las que solía hacerme cada vez que yo volvía muy tarde o directamente al día siguiente, decidí continuar subiendo la escalera rápido para encerrarme en mi cuarto por un rato.

—¿Bajarás a almorzar? —me consultó en voz alta justo antes de que yo cerrara la puerta.

—Me doy un baño y ya bajo.

Y me encerré. Ya tranquila puse mi teléfono a cargar y me recosté un poco en la cama durante unos diez minutos más o menos para descansar.

De pronto alguien tocó a mi puerta.

—Adelante —dije luego de suspirar en señal de que parecía ser que no me dejaban en paz ni un segundo.

La puerta se abrió y se asomó Sarah.

—¿Puedo pasar? —me preguntó.

—Sí, entra.

—Te traje una rebanada de pastel que hicimos ayer con tu padre, creíamos que vendrías temprano así que esto es un poco de lo que quedó.

—Bueno, gracias, pero a papá no le gusta que coma postres y esas cosas antes del almuerzo, dice que son para después.

—Lo sé, pero las dos sabemos que a veces pueden ser tonterías esas cosas, además que mientras no se entere que te traje esto para comer, no sucederá nada.

Y me dejó el pastel con una cuchara en un pequeño plato sobre la cajonera junto a mi cama.

—Bueno, está bien, gracias.

Por un momento creí que se marcharía ni bien dejara el pastel, pero no, se sentó en mi cama en señal de que planeaba quedarse un poco más.

—Oye, Domiana, sé que tú y yo no nos hemos llevado muy bien desde..., bueno... desde que nos conocimos. Siempre hubo distancia y algunos malos ratos pero me gustaría comenzar a hacer las paces, a nadie en esta casa le hace bien la tensión que a veces hay, ¿no lo crees? Tu padre se siente algo incómodo a veces y sabes que a él le gustaría vernos un poco más unidas, sin mencionar que en vista del momento que estás viviendo..., tal vez sea bueno que yo pueda darte una mano en algunas cosas, ¿qué dices?

—Sarah, dos cosas, la primera: Sabes que desde el primer momento no puedo aceptar la

relación que tienes con papá, y sabes muy bien el motivo, lo intento aceptar pero no lo consigo. No eres mi madre y siento que estás aquí tomando un lugar que no te pertenece. Y la segunda: el problema que tengo en mi corazón no me hace una incapaz, no te necesito, tal vez ya no pueda correr pero aún puedo hacer muchas cosas, no me trates como si necesitara ayuda y tampoco busques ser amable conmigo por mi problema, ¿de acuerdo? No sientas pena por mí.

—Domiana, yo no quise decir eso.

—No quisiste pero lo hiciste. Lo siento pero lo mejor va a ser que te vayas, por favor.

Sarah se quedó unos segundos en silencio ya sin saber qué decir, nada más observándome.

—De acuerdo, perdona si te molesté —dijo.

Se levantó, caminó hasta la puerta, la abrió y justo antes de salir se detuvo para decirme:

—No seas tan dura con nosotros, Domiana, tu padre y yo pasamos por mucho y tú lo sabes, sé que piensas que él dio el paso de empezar una relación muy pronto conmigo después de la muerte de tu mamá, y se entiende, pero entiéndelo a él también.

—Ya te dije que eso trato.

—Pues..., sigue intentándolo, ¿sí? Te esperamos abajo para comer.

—No voy a almorzar, me quedaré aquí un rato.

Y nada más dijo, solo se marchó cerrando la puerta. Entonces cerré mis ojos, respiré profundo y exhalé.

—Por fin sola —me dije a mí misma.

Y casi sin notar lo acabé quedándome dormida. Resultaba que no había descansado lo suficiente, el haberme quedado hablando con Gerard durante la madrugada me quitó algunas horas de sueño que las recuperé tomando una siesta ya cómoda en mi cama.

Pasaron unas horas y cuando desperté ya casi estaba atardeciendo, había dormido prácticamente toda la tarde. Lo primero que hice, luego de abrir los ojos y de estirar un poco los brazos y piernas, fue tomar mi teléfono, que ya tenía la batería al 100%, una vez que lo desconecté noté que tenía un par de llamadas perdidas de Hannah, así que para saber qué era lo que ella deseaba hablar conmigo, la llamé.

—Hola, Domi, ¿cómo estás? —dijo ella al contestar la llamada.

—Hannah, hola. Estoy bien, gracias. ¿Qué sucedió? Tengo un par de llamadas tuyas.

—Sí, quería verte un rato y hablar contigo.

—Está bien, si quieres podemos vernos ahora, tengo ganas de salir a caminar.

—Bien, iré a buscarte a tu casa, ¿de acuerdo?

—Ok, aquí te espero.

Corté la llamada y me levanté de la cama para darme un baño rápido y vestirme en lo que Hannah llegaba, noté entonces una vez que estaba sentada en la cama que la rebanada de pastel que Sarah había dejado sobre la cajonera seguía ahí, así que no lo pensé dos veces, sujeté el plato y una vez de pie, me asomé a la pequeña papelería junto al escritorio para arrojarla a la basura, de todos modos después de tantas horas ahí ya no sería muy comestible.

Minutos más tarde, y después de bañarme y vestirme, Hannah llegó a casa, así que al momento de abrir la puerta para saludarla, le dije que nos fuéramos a recorrer el centro de Phermonth para comer un helado y mirar algunas vitrinas.

—Vamos, ya cuéntame, ¿qué pasó contigo y Gerard cuando Barry y yo nos dormimos? ¿Eh? No te creo que nada —me insistía.

—Es que nada pasó, de verdad, solamente..., conversamos.

—Sí, claro. ¿Ni siquiera un beso al menos?

—Ni eso.

—No te creo.

—Y además, ¿por qué tendríamos que habernos besado? A penas ayer lo conocí.

—Bueno..., puedes besar a una persona que apenas conoces si se produce algún tipo de atracción entre los dos, no es ningún tipo de impedimento.

—Bueno, no, no es impedimento, pero sabes como soy Hannah, algo diferente al resto.

—Sí, eres un poco rara. En el buen sentido lo digo.

—¿Sabes? No necesito enemigas o gente a la que le caiga mal para que me digan cosas ofensivas, ya te tengo a ti y eso que eres mi mejor amiga.

—Pues por eso mismo soy tu mejor amiga y lo seré por el resto de tu vida jaja.

—Muy graciosa.

—Oye, y dime, ¿te escribió?

—No, para nada, tampoco he estado muy atenta a mi teléfono.

—¿Y por qué no le escribes tú?

—¿Estás loca? ¿Cuándo le he escrito yo primero a algún chico en mi vida? Quedaría evidente que me interesa. Además que no entiendo por qué justamente tú me planteas eso, ¿no dices siempre que son los hombres los que deben esforzarse por una mujer?

—Sí, así es, pero es algo distinto contigo, es decir..., yo hablo por lo general de los chicos con los que solo me interesa divertirme, pero si apareciera alguno que me gustara y viera que vale la pena para dejar de estar soltera pues... posiblemente al menos un "Hola" escribiría, y trataría de ser lo más neutral posible para no mostrar interés, claro, pero comenzaría al menos una sencilla conversación.

—Tal vez tengas razón, pero tampoco estoy tan desesperada por llamar su atención, ¿sabes? Tengo algunas cosas más importantes de las cuales preocuparme ahora mismo, y tener la mente ocupada en él, o en cualquier otro chico no sería más que una pérdida de tiempo, algo innecesario que no llevaría a nada.

—¿Por qué dices eso? Que no llevaría a nada.

—Pues piénsalo, tengo los meses contados Hannah, ¿qué sentido tiene comenzar algo ahora? ¿Enamorar a alguien para que con el tiempo me vea morir? ¿Y hacerlo sufrir?

—Puede ser, pero aun así deberías vivir lo que tengas ganas sin importar cómo terminen las cosas. Además que no sabemos qué puede pasar contigo, tal vez encuentren un donante y la vida continúe su curso, y por pensar que las cosas acabarían mal, te negaste a algo que tenías ganas de vivir, ¿no crees?

—Tal vez, pero aun así. Sabes como soy y como pienso. No creo que deba preocuparme por algo así por ahora.

Pasaron un par de horas y ya estábamos en mi casa, habíamos comprado comida en el camino antes de regresar, comida que ya casi la habíamos terminado y teníamos toda desparramada sobre mi cama.

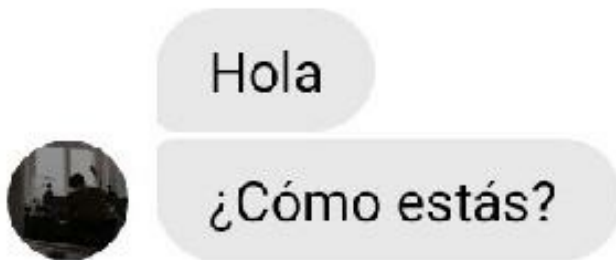
No lo había mencionado pero Hannah y yo siempre fuimos un poco puerkas para comer, desde pequeñas, si había algo que nos gustaba más que cualquier otra cosa sobre la tierra, eso era la comida. Nuestra filosofía era que todo momento era mejor si había comida. ¿Qué le podíamos hacer? Éramos adictas.

La que acostumbraba cuidarse un poco más era Hannah, ella si se excedía en calorías, grasas y todo eso, engordaba bastante rápido, todo lo opuesto a mí, que parecía ser un barril sin fondo, no importaba cuánto comiera, jamás subía de peso, así que se lo podrán imaginar, yo era por lo

general la que devoraba cerca del 60 o 70% de lo que hubiera.

Eran pasadas las 23:00 pm y las dos nos habíamos puesto a ver una película de terror acostadas en la cama bajo la frazada, cubiertas hasta la nariz, abrazadas y con las luces apagadas. Parecíamos estúpidas, desde niñas que acostumbrábamos hacer lo mismo, pero estábamos llegando a los 20 y seguíamos iguales, la madurez no parecía algo que existiera cuando Hannah y yo nos juntábamos.

Nos encontrábamos algo aburridas viendo la película en las escenas donde no mataban a nadie, así que decidí tomar mi teléfono para ver si me había llegado algún mensaje por casualidad, y efectivamente sí, ni bien desbloquéé el móvil las notificaciones me aparecieron, dos mensajes de Gerard tenía sin leer.



Entonces golpeé a Hannah con mi codo para llamar su atención.

—Oye, mira, Gerard me escribió.

—¿Enserio? A ver... ¿Qué te puso? —preguntó con interés.

Le mostré el teléfono y leyó.

—Bien, ¿y qué vas a contestar? Te recomiendo ser sutil, que no se note que te gusta.

—Ya basta con eso, él no me gusta.

Aunque yo lo negara, en el fondo Hannah tenía razón, pero yo era muy orgullosa, así que jamás se lo reconocería.

—Siii, siii, como digas. ¿Y bien?

—¿"Y bien" qué?

—¿Qué se supone que le vas a escribir? Cerebritito.

—No lo sé aún.

—Intenta algo simple como un "Hola. Muy bien, ¿y tú?" y ya está —me contestó con algo de sarcasmo.

—Está bien, está bien, le escribiré eso.

Y así lo hice, pero antes de mandar el mensaje le pregunté a Hannah:

—¿No es algo... cortante? Digo..., tal vez podría decir algo más.

—No, negativo. A penas ayer se conocieron, escríbele eso y nada más, no puedes parecer interesada, al menos no tan pronto.

—De acuerdo.

Y le envié el mensaje así como me había dicho Hannah, ni una palabra más y ni una menos. Mientras esperamos una respuesta, volvimos a ver la película, en vano porque un nuevo mensaje llegó a mi móvil en cuestión de pocos segundos, lo abrí y era Gerard otra vez.

Hola

Muy bien, ¿y tú?

Bien, bastante cansado



¿Tú qué haces?

—Bingo, ya cayó —pronunció Hannah leyendo al asomar su cabeza.

—¿Qué dices que conteste? —pregunté.

—Pues que estás conmigo, no es tan difícil, Domi, cómo se nota que no tienes mucha experiencia en esto.

—Está bien, está bien.

Con Hannah en casa, viendo una película.

¿TÚ?



También en mi casa, con muchas ganas de dormir.

¿Y por qué?

¿Estuvo muy atareado tu día?

Podría decirse que sí, luego de que llegué a mi casa, mamá me llevó a visitar a un par de familiares que viven aquí, y pasamos toda la tarde en el lago pezcando.



No imaginas lo aburrido que fue.

A mí me encanta pezcicar.

Oh, ¿sí?



¿Y lo haces a menudo?

Bueno de hecho ya no, de pequeña iba todos los veranos con mi padre.

Él me despertaba durante la madrugada y me llevaba al lago antes del amanecer, y sinceramente me fascinaba.

Era una de esas cosas que marcaron mi infancia de por vida.

Comprendo.

De esas cosas que nunca se olvidan.



Exacto.

¿Y qué fue lo que pasó?

¿Tu padre no te volvió a llevar?

Digamos que no.

Cuando comencé a crecer y la adolescencia llegó, esas cosas de algún modo me dejaron de interesar.

Sí, te entiendo perfectamente.

¿Y tu padre continuó yendo al lago por su cuenta?

Tampoco, lo dejó por completo.

¿Por qué?

Bueno... Luego de la muerte de mamá, a papá esas cosas ya no le interesaron mucho.

Oh, lo siento.



Perdón por llevarte a tocar ese tema.

Pierde cuidado, no lo sabías.

Aun así.

Oye, cambiando de tema...
¿Qué te parece si salimos los cuatro otra vez?

Barry dice que podemos visitar la casa de su padre las veces que querramos, siempre y cuando no rompamos nada.

Claro que es preferible hacerlo cuando su padre no esté.



¿Qué opinas?

Seguro, me parece genial.



Fantástico.

¿Y cuándo iremos otra vez?



Bueno, Barry dice que no sabe cuando la casa quedará disponible, pero que ni bien lo esté nos avisará.

—¿Tú no sabías acerca de eso de la casa? —le pregunté a Hannah.

—Para nada, Barry no me ha escrito en todo el día —respondió —, seguramente él se fue con alguna otra chica por ahí, y no dudo que tu novio lo esté encubriendo.

—¿Mi qué? Dios. Seguro está con Gerard, tranquila, ya te escribirá.

—Que fácil es para ti decirlo, tú no avanzaste con Gerard lo que yo con Barry.

—¿A caso tienes celos? ¿Tú? ¿La rompecorazonas más importante de Phermonth? Te he visto llegar más lejos con otros chicos y jamás te has puesto así. ¿Qué es lo que te pasa?

—Es que..., Barry es...

—¿"Es" qué? ¿Diferente?

—Pues..., sí, no lo sé.

—Que hipócrita eres, me dices a mí que no sea tan atenta con Gerard porque apenas lo conocí ayer, pero tú eres la que se pone mal porque Barry no te escribe.

—Está bien, ya entendí. Ya sabes como soy, Domi. ¿Gerard te escribió algo más? —preguntó ella intentando evadir el tema.

Releí el último mensaje de Gerard y contesté:

Bien, mantenme al tanto de cualquier cosa que él te diga.

Sería bueno repetir lo de anoche o no sé, tal vez ir a otros lugares como al cine o a comer.

—¿Repetir lo de anoche? —me interrumpió Hannah riéndose —Eso sonó muy mal, Domi.

—Lo sé, basta. No lo malentiendas —contesté y continué leyendo el chat.

Genial, me encanta la idea.



¿Crees que puedas durante esta semana?

Y entonces hice una pausa debido a cómo me llamó la atención ese último mensaje.

—¿A caso te está invitando a ti sola o me parece a mí? —dijo Hannah con curiosidad.

Yo por otro lado no supe qué contestarle a ella, porque de alguna manera había pensado lo mismo.

—Mmm, huele a romance —ella habló golpeándome con su hombro -, dile que sí, que puedes salir con él.

—¿Qué? ¿Estás loca? Si salgo con él mejor que seamos los cuatro, salir él y yo solos..., no lo sé, me parece muy pronto.

—Vamos, Domi, ¿qué podría pasar? Van a caminar un poco, a comer un helado..., algo de eso.

—Preferiría que no, hagamos algo los cuatro juntos.

—¿Una cita doble? Que necia eres. ¿Y bien? ¿Qué vas a decirle?

No contesté, solo me dispuse a escribirle una respuesta a Gerard y que ella leyera.

Sí, ya son vacaciones así que tengo bastante tiempo libre.



Sería bueno que nos organicemos entre todos, por mi parte no hay ningún problema.

Por mi parte y por Hannah tampoco.



Perfecto entonces.

Continuamos conversando un rato más de distintas cosas hasta que se hizo bastante tarde. Hannah acabó quedándose dormida mientras que yo le escribía a Gerard. No le habíamos prestado atención al final de la película que estábamos mirando. Pronto el sueño me ganó y no pude evitar tener que decirle a Gerard que necesitaba dormir, a él le sucedió lo mismo, así que nos despedimos y nos fuimos a dormir.

No lo quería admitir, pero Gerard me estaba causando muchas cosas, me gustaba la atención que me estaba dando, eran tan lindo..., Dios, me producía demasiada atracción ese chico, era como una necesidad de querer seguir sabiendo de él aún más. No sabía en qué iba a terminar todo, pero una parte de mí, o mejor dicho, las cosquillas que sentía en mi estómago, querían que fuera algo lindo, algo positivo... Ustedes entienden.

Un par de días pasaron y yo, prácticamente, no me había desprendido de Hannah, ella se quedaba a dormir en casa o yo en la de ella. Hicimos todo juntas, hasta salir con los muchachos un par de veces a comer alguna cosa por ahí.

Gerard y yo nos pudimos conocer un poco más durante aquellas tardes, claro que como amigos, pero a fin de cuenta surgió bastante confianza, sin mencionar que durante las noches me quedaba conversado hasta altas horas con él de lo que fuera, era una persona muy interesante y llena de sorpresas.

El viernes de aquella semana llegó, y Hannah había tenido que quedarse con sus padres durante la mañana por cosas familiares, mientras que yo debí asistir a una cita matutina con el médico para ver cómo estaba mi corazón, ya saben, un control.

La cuestión era que aquél día ella pasaría por casa en la noche si estaba libre y dormiríamos juntas otra vez, pero más o menos pasado el medio día alguien llamó a la puerta de mi casa mientras yo me encontraba usando la computadora en mi cuarto mientras oía música.

Creí que sería Hannah, cosa que me resultó extraña porque ella me avisaría si iba a visitarme más temprano o no, aun así decidí ver de quién se trataba. Para mi sorpresa, una vez que abrí la puerta de entrada me topé con la última persona en el mundo que creí que vendría a verme.

—Ey, Domiana ¿Cómo estás? —dijo la inesperada visita.

—¿Gerard? ¿Cómo es que....? ¿Qué haces aquí? ¿Quién te dijo donde vivo? —le pregunté confundida.

—Hannah me pasó tu dirección hace un rato, me dijo que viniera hasta aquí porque ella quería que nos juntáramos los cuatro otra vez.

No estaba comprendiendo muy bien lo que ocurría, me llamaba la atención que Hannah

hubiera organizado otra salida, esta vez poniendo mi casa como punto de encuentro y sin avisarme.

—Sabes Gerard..., Hannah no me dijo nada en lo absoluto, me toma por sorpresa esto. Aunque ya que estás aquí, no voy a dejarte afuera.

Así que lo hice pasar. No voy a mentir, me gustaba que estuviera en mi casa, me puso de muy buen humor de alguna manera verlo.

—¿Qué estabas haciendo? ¿Durmiendo? —me preguntó una vez dentro -, espero no haber interrumpido nada.

—¿Durmiendo? No. ¿Por qué lo dices?

—Por tu cabello.

Fue entonces cuando me miré en el espejo que estaba en el recibidor, espejo que usaba siempre para verme justo antes de salir y estaba toda despeinada. Me acomodé el cabello de inmediato y continué como si nada, pero la verdad era que por dentro me moría de vergüenza.

—Escucha Gerard, ¿vamos a mi cuarto?

—De acuerdo.

Mi padre y Sarah no se encontraban en casa en ese momento afortunadamente, no tenía que responderles ningún tipo de preguntas al respecto de por qué había un chico en la casa.

Subimos las escaleras y nos dirigimos hacia mi habitación.

—Que bonito cuarto —dijo.

—Sí, más o menos —contesté nerviosa ordenando un poco las cosas que estaban alborotadas -. No te molesta quedarte un rato aquí mientras tomo un baño, ¿verdad?

—No, para nada, aquí te espero.

—Bien, puedes sentarte en la cama o usar mi computadora si quieres.

—De acuerdo, sí.

Tomé algo de ropa limpia de mi armario, me metí en el baño de mi habitación, llevando conmigo el móvil para llamar urgente con Hannah y hablar con ella.

—Hola, Domi. ¿Cómo estás, amiga? —dijo ella al atender.

—Oye, Hannah, ¿puedes explicarme eso de juntarnos hoy con los chicos? —pregunté de inmediato y en voz muy baja para que no se escuchara desde mi cuarto —Gerard está aquí y yo parecía una indigente.

—¿Ves cómo te gusta? Te interesa estar arreglada para él.

—Me interesa estar arreglada para cualquier tipo de visita, no solo para Gerard. ¿Por qué le dijiste que nos juntaríamos hoy? ¿Tú no estarías ocupada? Y peor aún... ¿Por qué diablos le diste mi dirección?

—¿A caso no te das cuenta? Es un invento. Con Barry le dijimos que fuera hasta tu casa con la excusa de salir juntos otra vez, pero la verdad es que queremos que ustedes dos puedan estar solos un rato.

—Dios, voy a matarte. No puedo creer que seas mi mejor amiga.

—Precisamente por estas cosas es que soy tu mejor amiga.

—Te odio, Hannah.

—Sé que no, cariño.

—¿Y qué se supone que haré ahora con Gerard? Él cree que ustedes vendrán.

—Barry le enviará un mensaje diciéndole que no podrá ir, y tú le dirás que yo te envié lo mismo. ¿De acuerdo?

—Ok. ¿Y luego qué?

—¿Cómo que "y luego qué"? Tú verás, Domi, salgan a caminar, vean una película, coman algo en el centro comercial. ¿Qué se yo? Pasen tiempo los dos juntos.

—Por favor, nunca más vuelvas a ponerme en una situación así. ¿De acuerdo? Me hace sentir muy incómoda.

—Está bien, está bien, prometo que será la última.

Pero por alguna razón no creía que fuera a cumplir, si tenía la oportunidad de planear más cosas de ese estilo lo haría una y otra vez.

Luego de cortar la llamada, me quité la ropa y me metí en la ducha para bañarme lo más rápido que pude y así, no tener que dejar a Gerard solo mucho tiempo, aunque sin importar lo mucho que nos apuremos en el baño, las mujeres nunca vamos a lograr ser tan veloces como los hombres. ¿Cómo le hacen para estar como máximo diez minutos en la ducha y afuera? Es uno de esos enigmas de la humanidad que principalmente a las mujeres nos cuesta encontrarle una respuesta. Como sea, me duché lo más rápido que pude y una vez que terminé, me vestí y salí del baño.

—Ya está —le dije a Gerard mientras secaba mi cabello con una toalla -. ¿Tardé mucho?

—No, para nada —me contestó con una linda sonrisa mientras miraba uno de mis libros estando sentado en mi cama.

—¿Y qué hacías?

—No mucho, observaba tu colección de libros, tienes bastantes.

—Así es, soy una lectora compulsiva ¿Qué puedo decir? El mejor regalo de cumpleaños que me pueden hacer es un libro, así que ve tomando nota, dentro de unos meses cumpla 18.

—Lo voy a tomar en cuenta entonces. Y... ¿qué es lo que más te gusta leer? Porque tienes libros de todo tipo, aventura, romance, ciencia ficción, auto ayuda, terror.... Tienes toda una biblioteca.

—No tengo un género preferido, creo que leo cualquier cosa que me haga desprenderme por un buen rato de la realidad, creo que para eso sirven los libros.

—Sí, me di cuenta —respondió él sonriendo —Domiana, justo cuando entraste a bañarte, Barry me envió un mensaje, dijo que no vendría.

—¿De Verdad? Casualmente, cuando estaba en el baño, Hannah me escribió para decirme exactamente lo mismo —le dije fingiendo estar sorprendida.

—Vaya, tal vez ellos dos quieran estar solos.

—Eso parece, sí. Pues... entonces... no sé... ¿Te gustaría salir a caminar o algo?

—Sí, por supuesto, ¿por qué no?

Salimos de la casa y por un momentos se nos ocurrió ir hasta el centro por algo de comer, pero la verdad era que lo más seguro era que estaría lleno de gente, así que optamos por algo más tranquilo. Decidimos visitar el mirador sobre una de las colinas junto al pueblo. Por fortuna yo había llevado una pequeña mochila con agua dentro, todo lo que habíamos caminado nos hizo sentir mucha sed, aunque por fortuna fuimos a paso lento, de ese modo no aceleraría demasiado mi ritmo cardíaco.

Una vez en el mirador, pudimos observar todo Phermonth desde ahí, la vista era hermosa. El bosque, las demás colinas, las casas y el lago al otro lado del pueblo se convertían en una espectacular portada.

—Wow, nunca había venido hasta aquí —dijo Gerard cuando nos quedamos parados junto a una baranda de madera que nos impedía caer por la colina cuesta abajo.

El viento soplaba algo fuerte allí arriba, amaba la sensación del mismo moviendo mi cabello

de un lado al otro a la vez que golpeaba mi rostro. No lo sé, me hacía sentir libre, así que para disfrutarlo aún más me quedaba con los ojos cerrados y dejando la mente en blanco para así hacer de cuenta que los problemas en mi vida no existían por unos momentos.

—Hacía tiempo que no sentía esto —Hablé después de unos instantes en silencio —Ya ni recuerdo hace cuánto que no vengo al mirador, lo único que sí recuerdo es que aún vivía mamá en ese entonces, porque era con ella con quien solía visitar este sitio. Tomábamos nuestras bicicletas y salíamos a recorrer todo el pueblo, íbamos por todos los caminos del bosque y subíamos hasta aquí a descansar, tomábamos aire fresco en aquella banca de madera.

Miré hacia la banca que allí se encontraba y por un momento pude recordar aquellos días como si se tratasen de un espejismo, pasando por mis ojos por tan solo unos segundos, fue como si por unos instantes mamá estuviera viva aún y pudiera verla y oírla. No lo pude evitar pero entonces un par de lágrimas cayeron por mis mejillas, lágrimas que de inmediato atiné a secar con mis manos y dándole la espalda a Gerard para que no me viera en ese estado. Pero fue inútil.

—Oye, oye —dijo colocándose frente a mí y sacando un pañuelo de su bolsillo —puedes secarte con esto.

Se lo acepté pero no levanté la mirada en ningún momento para evitar mostrarme así.

—Domiana... lamento que hayamos venido a este lugar, si te hace sentir mejor podemos regresar.

—No, está bien —respondí levantando el rostro y respirando hondo para calmarme un poco -. No es malo que visite los lugares a los que iba con mi madre, tal vez me traigan recuerdos pero al mismo tiempo es como si pudiera regresar en el tiempo y recordar detalles de ella que había olvidado, y así por unos instantes sentirla viva.

Gerard no dijo nada al respecto, creí entonces que lo estaba incomodando un poco debido a que le estaba arruinando el rato con mis amarguras, y yo no quería eso de ningún modo.

—Ven, vamos a sentarnos —le propuse tomándolo de la mano y llevándolo a la banca, que se encontraba bajo la sombra de un árbol y con vista de frente al pueblo.

Y ahí nos quedamos unos minutos descansando las piernas que, de subir el camino en la colina a pie, ya nos dolían un poco.

—¿Y qué te parece Phermonth desde aquí? —pregunté —¿Sigues prefiriendo Nueva York?

—Creo que aún no elijo ninguna de las dos opciones —contestó -, no tendré una respuesta definitiva sino hasta el final del verano para cuando comience el segundo semestre, que si decido quedarme lo cursaré aquí.

—Este es tu último año de preparatoria. Si decides quedarte aquí, nada más estarás hasta el fin del año, ¿no es cierto? Porque la universidad a la que irás luego está en Nueva York.

—Exacto. Viviría aquí nada más en lo que queda de este año. Pero bueno, aún tengo todo el resto del verano para decidir qué pasará conmigo. Por ahora no tengo ganas de pensar en los estudios.

—Eso está muy bien —hablé y le sonreí para luego tomar la botella de agua de mi mochila y beber un poco.

—Lo sé. Oye, ¿no crees que es mucha casualidad que tanto Hannah como Barry planearan esto y luego nos cancelaran? Parece como si lo hubieran hecho a propósito ¿Tú qué dices?

No pude evitar atragantarme con el agua al oír lo que me dijo, ya que no se equivocaba, pero obviamente no podía hacérselo saber.

-¡Ey! Bebe tranquila, si no te ahogaras —dijo tocándome la espalda al verme toser.

—Estoy bien, estoy bien —respondí ya recuperándome -, y sí, fue mucha casualidad que justo

los dos nos cancelaran.

De pronto se escuchó la bocina de un tren sonar no muy lejos se dónde estábamos nosotros.

—¿El tren? —consultó.

—Sí, bajando la colina, por el otro camino, está la estación. ¿Te gustaría ir?

—Sí, vamos. Me viene bien conocer un poco más las cosas del pueblo.

Nos levantamos y decidimos bajar la colina rumbo a la estación. La bajada se hizo en pocos minutos en comparación con la subida que pareció algo eterna.

—Ahí está —dije al estar acercándonos a la estación y viendo el tren detenido -, pasa cada tantos días y en distintos horarios, tenemos suerte de habérselo topado.

—¿Y hacia dónde se dirige?

—La siguiente parada es en la estación de Geelmore, el próximo pueblo. ¿Sabes?... A los 14 años Hannah y yo nos fuimos en el tren hacia ese pueblo.

—En compañía de un adulto supongo.

—Negativo, totalmente solas.

—¡¿Qué?!

—Sí, nos escapamos. Todo porque Hannah había conocido a un chico en línea que vivía allí, así que me arrastró con ella para verlo.

—Que locura. ¿Te imaginas si les hubiera pasado algo malo? ¿Lo habían visto alguna otra vez a ese tipo o no?

—Sí, ya lo conocíamos. Resulta que después de que ellos hablaran un tiempo por chat, el chico vino a conocerla a Phermonth, cerca de unas dos o tres veces vino hasta aquí.

—Así que luego les tocó ir a ustedes a su pueblo.

—Exacto. Pero claro que nuestros padres no nos darían permiso, así que nos fugamos, Hannah no quería ir sola, así que nos subimos de polizontes en uno de los últimos vagones.

—¿De verdad? ¿Viajaron sin pagar sus boletos?

—Así es.

—Vaya, no te imaginaba de ese modo. Pareces toda una aventurera.

—Yo no, Hannah lo es, a mí solo me arrastra a sus locuras.

—Lo noté la primera vez que nos conocimos, cuando Barry las invitó a la casa de su padre. Y dime, ¿tus padres descubrieron que te habían escapaste sin permiso?

—Ni lo digas, me castigaron por un mes cuando se enteraron. Además se enojaron con Hannah porque decían que era una mala influencia para mí, y hasta por un tiempo no me dejaron verla.

—Wow, que mal, aunque es razonable.

—Lo sé. A ella también la castigaron, hasta donde me enteré, Hannah no vio la luz del sol por unos días —bromeé -. Con el tiempo nos volvimos a juntar y esas cosas se olvidaron, jamás volvimos a cometer locuras así. Aunque ahora que crecimos ya nos dejan viajar a dónde queramos, más o menos. Oye, ¿te gustaría visitar Geelmore? Hay una feria allí durante estos días.

—¿De verdad?

—Sí.

—¿Y nos vamos en el tren?

—Seguro, de polizontes.

Gerard me quedó mirando como si no pudiera creer lo que le propuse, aunque no tuve que insistir tanto para que me dijera que sí.

Nos fuimos hasta el último vagón, el cual parecía estar algo vacío por dentro, salvo por tener en su interior algunas cajas de madera, y antes de que el tren partiera nos subimos. Aprovechamos

que nadie estaba cerca para vernos y que las enormes puertas corredizas de acero que el vagón tenía se encontraban abiertas de ambos lados.

Capítulo Cuatro

Una vez sobre el tren, ambos decidimos sentarnos en el suelo al borde del vagón, con los pies colgados hacia afuera del mismo. Pronto el claxon sonó nuevamente, esta vez señalando que el tren se pondría en marcha, y así fue.

—Aquí vamos —dije sonriéndole a Gerard.

—No puedo creer que me convencieras de hacer esta locura —me habló —¿Qué tan lejos queda Geelmore?

—Tardaremos cerca de 30 minutos en llegar. No te preocupes, todo estará bien.

Sujeté entonces mi teléfono para tomar un par de fotografías, sabía que sería algo bueno de recordar pero desafortunadamente noté que no tenía mucha energía, era muy probable que para el regreso ya no tendría batería.

—Diablos, debí cargar esta cosa —pronuncié.

—¿De verdad? Que mal.

—Sí, quería tomar algunas fotos para mostrarle a Hannah luego.

—Pierde cuidado.

No lo mencioné pero Gerard traía un morral consigo donde guardó su botella con agua toda la tarde, fue de ahí de donde extrajo una cámara fotográfica profesional, ya saben, de esas que seguro cuestan un millón de dólares. La encendió y pronto comenzó a girar la lente para ajustar la nitidez de la imagen.

—Listo. ¿Quieres que te tome algunas?

—¿A mí sola?

—Claro, posando y esas cosas.

No voy a mentir, me dio algo de vergüenza al comienzo, no tenía la suficiente confianza para posar delante de Gerard. Aunque después de insistirme un poco más me animé a hacerlo sin pensarlo demasiado.

—Está bien. ¿Qué quiere que haga?

—Pues..., ponte de pie y apóyate sobre la puerta del vagón mirando hacia el bosque, de perfil.

Y así lo hice.

—¿Así está bien?

—Excelente, perfecto.

Y comenzó a tomar las fotos, una tras otra y desde algunos ángulos distintos.

—¡Eso! —exclamó en señal de haber conseguido lo que buscaba.

—¿Ya? ¿Puedo ver?

—Claro, ven.

Me acerqué a él y agachándome a su lado conseguí ver la imagen que había captado en la pantalla de la cámara.

—¿Y? ¿Qué dices? Salió muy bien, admítelo.

—No, no quedó mal, pero yo sí salí pésima.

—¿De qué hablas? Te ves muy bien. Tienes un rostro como sacado de una revista.

—Gracias por eso último pero no lo creo. No estoy arreglada, mi cabello está algo despeinado y me veo con cara de cansada.

—¿Y con eso qué? Saliste bien así al natural como eres, y si no te gusta..., siempre se le puede poner un filtro para que te veas mejor ¿No es así? Déjame sacarte más.

—Está bien, tómame un par más si quieres, pero luego me las pasas a mí, no las subas a ningún lado, ¿entendido?

—Entendido.

El viaje se hizo más corto mientras nos divertimos tomando fotos, tanto de mí, como de él y de ambos juntos con su móvil. Cuando nos quisimos dar cuenta el claxon del tren sonó nuevamente en señal de que estaba llegando a la próxima estación.

—Creo que ya estamos en Geelmore —le dije asomando la cabeza hacia afuera del vagón -. El tren está bajando la velocidad. Ni bien se detenga nos bajamos sin que nadie nos vea.

—Hecho.

Gerard guardó sus cosas en su morral y una vez que el tren llegó a la estación, nos bajamos y nos escabullimos para que nadie se percatara de nosotros. Y así nos fuimos caminando recorriendo las calles de Geelmore.

—¿Traes algo de dinero? —pregunté.

—Claro.

—Genial, sígueme entonces.

Recorrimos gran parte del centro del pueblo para luego llegar a la feria de la que le había hablado a Gerard, una de esas ambulantes con atracciones y juegos.

—Todos los veranos en esta fecha arman esta feria aquí mismo ¿Quieres entrar? —dije.

—Seguro, vamos.

Y así hicimos, Gerard fue quien compró los boletos para la feria. No lo voy a negar, me divertí como no lo había hecho en mucho tiempo. Nos subimos a casi todos los juegos, comimos un poco de todo de lo que había en los stands y nos sacamos muchísimas fotos. Se había convertido en un día increíble que más temprano que tarde se transformó en una noche cálida.

Faltaban cerca de 20 minutos para las 23 y con Gerard nos encontrábamos en la rueda gigante casi llegando a lo más alto.

—Oye, gracias por haberme traído hasta aquí, me la pasé genial —me habló.

—No tienes que agradecer, yo también me la pasé increíble, tal vez debamos hacerlo otra vez, ¿no crees?

—Sí, hay que planear otra salida como esta con Hannah y Barry.

—Oh.., yo me refería... —y ahí me detuve.

—¿A qué te referías?

—Mmm..., a nada, no dije nada —respondí sonrojándome un poco y tratando de correr el rostro para que él no lo notara -. Es verdad, hay que decirles a los chicos que nos acompañen para la próxima.

Resultaba que yo hablaba de salir Gerard y yo solos, pero por suerte me controlé a tiempo y no terminé de decirlo. Fue algo inconsciente.

Pronto llegamos a la cima de la rueda, y por unos momentos el juego se detuvo para dejarnos admirar la vista de Geelmore desde allí.

—Que hermoso se ve todo desde aquí arriba —pronunció.

—La verdad, sí, así se ve Phermonth desde las colinas por las noches también.

Desde ahí se veían todas las calles del pueblo iluminadas y más allá, al fondo a unos pocos kilómetros, las colinas que rodeaban Geelmore como si se tratara de un pequeño valle, y si se subía la mirada se encontraba el hermoso e inmenso cielo despejado plagado de estrellas que

decoraban la noche de aquel verano.

—Vaya, cuenta tranquilidad hay en este lugar —dijo Gerard un poco admirado pero sereno a la vez, como si estar observando ese paisaje le transmitiera cierta paz -. Es tan diferente a Nueva York... Podría quedarme en un lugar como este toda la vida, aunque extrañaría un poco el bullicio de la ciudad.

—Sí, es lo que tiene vivir en un pueblo como este, lejos de todo, sin rascacielos, rodeados de naturaleza y donde todo se mueve un poco más lento, a excepción de los chismes, esos vuelan.

Gerard entonces se rio y me miró, así que continué:

—A veces hasta te aburres de tanta tranquilidad, pero la verdad es que no cambiaría por nada vivir en un lugar así, tal vez probaría viajar una temporada a alguna otra parte, para conocer y esas cosas, pero en algún momento sé que debería volver porque Phermonth es mi hogar.

—¿Así que probarías vivir una temporada en algún otro lugar?

—Sí, ¿por qué no?

—Bueno, tal vez si regreso con mi padre alguna vez a Nueva York..., si quieres puedes venir conmigo, así conoces la gran manzana.

—Bueno, te lo agradezco mucho —sonreí y me sonrojé otra vez -, me encantaría.

Pero Gerard lo decía como si conmigo estuviera todo normal, era obvio que nunca iría a un viaje semejante teniendo el problema de mi corazón, pero aun así no costaba nada soñar y obvio que no sacaría el tema de mi salud en aquellos instantes, no quería arruinar el momento.

Con Gerard nos quedamos mirando por unos instantes sin decirnos nada, solo observándonos y teniendo ambos una tenue sonrisa en el rostro. Él bajaba la vista por momentos, como si de mirar a mis ojos pasara a ver mis labios por alguna razón, yo entonces solo atiné a tragar saliva de los nervios que me estaban viniendo. Surgieron esas cosquillas en mi estómago. Voy a ser honesta, por un momento creí que me besaría sin pedirme permiso, y la verdad era que no estaba segura de si se lo negaría en caso de que lo hiciera, pero entonces la rueda se comenzó a mover otra vez y todo se terminó allí, miramos hacia otro lado e hicimos de cuenta que nada estaba pasando.

—Bueno..., creo que ya nos bajaremos —dijo intentando cortar el silencio incómodo que se generó.

—Sí, ya lo creo —se me ocurrió contestar sin muchas ideas.

Una vez que llegamos hasta abajo del todo, Gerard me dejó descender primero de la rueda.

—Oye, Domi, es algo tarde, ¿no? Mejor hay que ir volviendo a Phermonth o tu padre se va a enfadar.

—Estamos a tiempo aún —respondí mirando mi reloj de agujas que traía en mi muñeca -, papá a lo mucho me puede hacer un berrinche si llego pasada la media noche y sin avisar.

—Está bien. ¿Y tienes idea de cómo volver? En tren no creo que se posible.

—Está la estación de autobuses, ahí nos podemos subir a uno que vaya por la carretera rumbo a Phermonth.

—De acuerdo.

—Pues bien, vamos —y le sonreí comenzando a caminar en señal de que me siguiera.

Recorrimos varias calles de Geelmore mientras íbamos por la avenida principal rumbo a la estación, en el camino íbamos mirando las vidrieras de los locales que allí habían, a la vez que conversábamos de todo lo que surgiera. Creí entonces en el fondo que no había sido tan mala idea colarnos en un tren e ir de visita al pueblo vecino, una parte de mí no quería marcharse, me la había pasado muy bien con Gerard aquella tarde, tal vez demasiado bien.

Llegó un punto en el que caminábamos lento y tomados del brazo tranquilamente, como si

tuviéramos todo el tiempo del mundo para llegar a casa.

De pronto pasamos por la entrada de un lugar, más precisamente un bar donde se encontraban pasando música y el cual estaba lleno de gente por lo que se veía desde afuera.

—¡Ey! Mira este lugar —le dije deteniendo el paso -, debe ser nuevo porque jamás en todas las veces que he venido lo había visto. ¿Qué dices si entramos?

—Pero..., se hace tarde y tienes que llegar a tu casa.

—Oh, vamos —insistí -, solo unos minutos y ya, nada más por ver cómo es por dentro.

—Está bien, tú ganas, entremos.

Y así hicimos, nos aventuramos y nos metimos dentro de aquel bar para ver qué tal estaba. Recuerdo que había mucha gente, se encontraba algo oscuro, las mesas estaban todas ocupadas y hasta había personas de pie mirando hacia el frente en dirección a un pequeño escenario en un rincón donde parecía ser que los animados se subían a cantar, resultaba que también funcionaba aquel lugar como una especie de karaoke. En ese momento había un muchacho en el escenario tocando una guitarra y cantando una canción que yo amaba y conocía como la palma de mi mano, "One" de Ed Sheeran.

—Dios, adoro esa canción —hablé.

—Sí, yo también, es una de mis preferidas.

Nos quedamos tarareando la canción juntos hasta que el chico sobre el escenario terminó, habíamos llegado a escucharla casi sobre el final, y tras tocar su último acorde recibió los aplausos y gritos de todos allí, hizo una reverencia agachando la cabeza en forma de agradecimiento, saludó y se retiró. Enseguida se subió otro sujeto para hablar al público por el micrófono, parecía el presentador del lugar o algo parecido.

—¡Vaya! Cuánto talento —dijo el hombre refiriéndose al joven -, los grandes artistas comienzan cantando en lugares como este, señoras y señores.

Mientras el hombre continuaba hablando le dije a Gerard:

—Que pena que no trajiste tu guitarra, tal vez podrías haber subido a cantar.

—Que suerte que no la traje, jamás canté delante de tanto público, ¿te imaginas si hiciera el ridículo o me olvidara de la letra? Me pondría muy nervioso.

—Pero cantaste para mí una vez y lo hiciste muy bien.

—Fue distinto, estabas tú sola.

—¿Cómo se supone que te dedicarás a la música si te da vergüenza mostrar al público lo que sabes hacer?

—Trabajo en eso a decir verdad, tengo la esperanza de superarlo algún día.

—Esta podría haber sido una buena oportunidad para que lo intentaras, ¿no crees?

—Tal vez, pero la verdad te hubiera hecho subir conmigo a cantar, ni loco lo haría solo la primera vez.

—Jaja, ¿conmigo? Sigue soñando.

—¿Y por qué no? Si cantas muy bien.

—¿Y tú cómo sabes eso?

—Pues Hannah le envió a Barry un video en el que estaban las dos juntas cantando, y Barry me lo mostró a mí; para ser sincero tú tienes muy buena voz, mucho mejor que la de Hannah. Tal vez si yo subiera al escenario con la guitarra y tú cantaras conmigo, podríamos hacer un buen dueto, y así yo podría vencer un poco mi miedo de enfrentar al público.

—¿Cuando no Hannah mostrando nuestras cosas? No lo sé, sería algo muy loco, pero si con eso, yo sería capaz de ayudarte... quizá.

Fue entonces cuando algo pasó, un tipo que se encontraba junto a nosotros escuchó nuestra conversación y no tuvo mejor idea que decir en voz alta:

—¡Oigan! ¡Aquí hay dos chicos que quieren cantar!

Todo el mundo entonces volteó a mirarnos y nosotros, se imaginarán cómo estábamos, helados sin saber dónde meternos.

—¿Les gustaría subir aquí? —nos preguntó el sujeto sobre el escenario al vernos.

Gerard y yo nos mirando con cara de cómo hacer para salir de allí lo antes posible.

—Chicos, digan algo —insistió el presentador -, ¿quieren subir a cantar? Anímense, será divertido.

Ya veía que Gerard estaba paralizado, casi que ni parpadeaba, así que no sé de dónde saqué el aliento para responder delante de todos, pero lo hice.

—Él canta muy bien —hablé alto para que se escuchara -, también tiene una guitarra pero no la trajo.

—Oh, ese no es problema —dijo el hombre para luego llamar a un amigo suyo del bar -. ¡Oye! ¡Steven! ¡Trae tu guitarra y prestasela al chico!

Todo el mundo entonces comenzó a aplaudir y yo miré a Gerard riéndome, siendo que a él no le había hecho ninguna gracia, me veía fijo a los ojos con cara de "Voy a matarte cuando salga de aquí".

Un joven se nos acercó con una hermosa guitarra acústica roja en las manos y se la entregó a Gerard para que la usara.

La tomó y balbuceó un poco.

—No, yo no... Es que...

—Vamos hijo, sube, te queremos escuchar —continuó el presentador.

Codeé a Gerard en señal de que se animara y comenzara a caminar rumbo al escenario, y así lo hizo, con bastante miedo en su rostro pero algo dispuesto a enfrentar su temor por cantar en público. Una vez sobre el escenario, le dieron un cable para que conectara la guitarra a un amplificador y luego hablar en el micrófono.

—¿Cómo te llamas muchacho? —preguntó el hombre que lo hizo subir.

—Ge... Ge... Gerard, me llamo Gerard.

—Bien Gerard, ¿y de dónde vienes? ¿Vives aquí en Geelmore?

—N... No, vivo en Phermonth.

—Oh, vaya, el pueblo vecino, que bueno. ¿Y qué te trajo por aquí?

—Vine con mi amiga a la feria que armaron aquí cerca.

—¿Y quién es tu amiga? ¿Cómo se llama?

—Domiana, su nombre es Domiana.

—De acuerdo, y dínos Gerard, ¿qué nos vas a cantar?

—La verdad..., no tengo idea, no preparé nada, ni sabía que vendría a este lugar.

—Pues no hay problema, puedes cantar lo que sea, cualquier canción que te sepas o recuerdes.

Yo no podía parar de reírme, me hacía mucha gracia ver a Gerard tan nervioso allí arriba teniendo las miradas de todos encima. Era un momento que daba gracias de poderlo presenciar con mis propios ojos.

—Oiga, ¿sabe qué? —dijo Gerard de pronto y me señaló —Mi amiga canta muy bien, bastante, ella podría acompañarme.

Y ahí fue cuando la sonrisa de mi rostro se borró en un segundo, todos pasaron a verme a mí.

—Oh, no —pronuncié en voz baja.

—¿De verdad? —preguntó el presentador —Sí, ¿por qué no? Canten los dos juntos, será genial.

Las personas se pusieron a aplaudir nuevamente pero esta vez esperando que sea yo la que suba al escenario.

—¡Vamos! ¡Que canten! ¡Si! —eran algunas cosas de las que las personas allí decían para animarme a pasar al frente.

No quería hacerlo, me moría de la vergüenza, pero a la vez no iba a quedar bien ser agua fiestas, así que luego de que me insistieran, accedí y me subí al escenario con Gerard.

—¡Woohh! ¡Eso! —gritaban todos.

—Damas y caballeros... —habló el presentador —¡Gerard y Domiana, los chicos de Phermonth con ustedes!

Y nos dejó solos allí arriba. El público guardó silencio y se quedaron aguardando a que cantáramos algo.

—Conste que me debes una, ¿me oíste? —le hablé bajo a Gerard para que no se oyera en los micrófonos.

—Tú eres la que me empujó para subir aquí, no iba a hacer esto solo.

—Pues bien, ¿qué hacemos? ¿Qué canción cantamos ahora?

Gerard miró entonces la ropa que yo traía puesta y me dijo:

—Tienes una camiseta de "Paramore", ¿te sabes alguna canción de ellos?

—¿Que si me sé alguna? Tengo todos sus discos, me sé todas sus letras.

—Excelente.

Y entonces comenzó a tocar en la guitarra una de las canciones de Paramore, más precisamente una de mis favoritas, "The Only Exception". Solía cantar esa canción en la ducha de mi casa de vez en cuando y también las veces que me había desilusionado con algún chico, la conocía de principio a fin, pero una vez allí arriba no recordaba ni una sola palabra por culpa de los nervios. La parte en la que debía ponerle voz a la melodía se acercaba y yo no podía recordar como comenzaba la canción. Entonces tan solo cerré los ojos, respiré hondo, me dejé llevar y cuando llegó el instante, salió de mí con total naturalidad, de pronto me encontraba cantando delante de un montón de personas desconocidas y no entendía cómo. Ya no estaba nerviosa y Gerard aparentemente tampoco, hasta se puso a cantar conmigo algunas partes de la canción a modo de coro a la par que tocaba la guitarra.

Recuerdo que en aquellos momentos en los que éramos el centro de atención, yo abrí los ojos y con Gerard nos miramos fijamente sonriendo como si nos cantáramos el uno al otro.

Fue un momento mágico que al final acabó mucho más rápido de lo que esperábamos. Una vez que terminamos de cantar, todas las personas en el lugar se pusieron de pie para aplaudir, silbar y gritar con tal fuerza que ni mi voz en el micrófono dando las gracias podía oírse.

Gerard y yo nos tomamos de la mano y nos inclinamos en señal de gratitud para con todos ahí. Nos llegaron a pedir que tocáramos una más, pero no podíamos, ya se nos estaba haciendo tarde para volver a casa y no podíamos perder el último autobús que pasaba unos pocos minutos antes de la media noche, y si eso llegaba a suceder, tendríamos que quedarnos esperando hasta eso de las dos de la madrugada para tomar el siguiente.

Minutos después ya nos encontrábamos en la estación esperando el bus que nos llevaría directo a Phermonth.

—¿Puedes creer lo que hicimos? —le pregunté emocionada y sin poderlo entender — Cantamos en público, y lo hicimos bien.

—Sí, fue genial. No te imaginas las ganas que tenía de quedarme y tocar otra canción.

—Tal vez podamos volver y hacerlo en otras ocasiones, ¿no crees?

—Claro que sí, tenemos que volverlo a hacer. Wow, no lo puedo creer, cuanta adrenalina, y lo mejor fue que le gustó a la gente lo que hicimos, así se deben sentir los grandes artistas. Dios, qué locura —hablaba él con alegría.

De pronto, y sin ningún previo aviso, mi pecho me comenzó a doler.

—¡Ay! Mi pecho, me duele. Mi corazón —me quejé y coloqué ambas manos en el lugar del dolor.

—¡Ey! ¡Ey! Tranquila, trata de descansar un poco.

Gerard me socorrió tomándome del brazo y ayudándome a sentar en un banco que había allí mismo en la terminal.

—¿Te duele mucho? —preguntó preocupado.

—Sí, bastante.

—Por Dios, ¿hay algo que pueda hacer?

—No, solo quédate conmigo, ya pasará. Nada más necesito calmarme y estar quieta.

Gerard entonces tomó una de mis manos con fuerza.

Me costaba respirar y mucho, tenía que enderezar mi cuerpo para que mis órganos se acomodaran y así conseguir respirar un poco mejor, aunque por momentos parecía muy difícil. Lo único que en esos instantes me calmaba era cerrar los ojos, respirar profundo por la boca y sujetar la mano de Gerard para sentir que no estaba sola.

—Fueron muchas cosas para un solo día —dijo -, subimos caminando por la colina hasta el mirador, luego nos colamos en un tren, nos metimos a casi todos los juegos de la feria y para terminar nos subimos a un escenario a cantar, es normal que tu corazón haya tenido que trabajar más de lo normal hoy, lo siento mucho.

—No te preocupes, no es tu culpa. Me la pasé genial hoy contigo, de verdad, ya me recuperaré. No quiero ser tratada como una lisiada.

—Está bien.

De pronto mi teléfono comenzó a sonar, y tras sentirme un poco mejor, lo tomé de mi bolsillo para ver de quién se trataba, "Papá" decía la llamada entrante.

—Hola papá —dije al contestar.

—Domiana, ¿dónde estás? Ya es tarde.

—Estoy yendo a casa, no te preocupes, estoy bien.

—Creí que estabas con Hannah, pero ella acaba de llamar preguntando por ti, dice que te escribió y que no le respondiste los mensajes. ¿Se puede saber en dónde estás? ¿Y con quién?

—Sí..., bueno... Es que salí con unos amigos con los que me encontré y olvidé avisar papá. No estaba con Hannah porque ella está saliendo con un chico y bueno... tú entiendes, quiere estar solos y eso.

—Está bien, comprendo. ¿Y a qué hora regresas? ¿Quieres que te vaya a buscar?

—No, no papá, estamos comiendo algo con mis amigos, en un rato salgo rumbo a casa, lo prometo. Tengo poca batería, tengo que colgar.

—Domiana, dime donde es la casa de tus amigos que te voy a...

Y la llamada entonces se cortó, mi teléfono se había apagado.

—Hola, ¿papá? Papá. ¡Rayos! Se acabó la batería —protesté.

Traté de volverlo a encender pero no había caso, estaba muerto.

—Será mejor que el bus llegue rápido —dije -, papá se oía algo nervioso en la llamada, va a

matarme cuando llegue a casa.

—Si quieres puedo acompañarte para que no tengas que enfrentarlo sola —sugirió Gerard.

—¿Estás loco? Va a matarte a ti también, además, ¿qué le dirás? ¿Que salimos de Phermonth sin autorización? No nos dejará juntarnos nunca más. Lo mejor va a ser que me vea llegar sola, pensaré en algo mientras lleguemos.

Por fortuna no tuvimos que esperar mucho tiempo más, el autobús apareció y Gerard se puso de pie para hacerle señas y así conseguir que se detuviera justo frente a nosotros.

—¿Quieres que te ayude? —me preguntó.

—No, no, yo puedo sola, gracias —respondí parándome del asiento.

Me dejó subir primero al bus para que yo, una vez arriba, buscara un par de asientos en lo que él pagaba nuestros boletos.

Fui más o menos hasta la mitad del vehículo para colocarme del lado de la ventana, Gerard vino de inmediato y se sentó junto a mí del lado del pasillo.

—Bien, aquí tienes —me entregó mi boleto.

—Ahora sí, de regreso a casa —exclamé.

En el autobús no había casi nadie, apenas unas dos personas más a parte de nosotros que ya se encontraban desde antes que nos subiéramos y el chofer.

—No sabes lo cansado que me encuentro —me dijo una vez que se acomodó en el asiento -, espero no durmiera durante el camino. ¿Tú no tienes sueño?

—Un poco, sí —contesté -, pero no creo que me pueda dormir, el asiento es muy incómodo.

—¿Tú crees? El mío se siente muy cómodo, creo que con sueño yo soy capaz hasta de durmiera sobre una roca si no tengo otra opción.

—Bueno..., si lo pones así... Yo creo que también me dormiría donde fuera si no tuviera más energías.

El autobús arrancó y así comenzó nuestro recorrido por la carretera rumbo a Phermonth. Gerard no tuvo muchas ganas de hablar durante el viaje, solo cerró los ojos y ahí se quedó, descansando en su asiento supuestamente tratando de no dormirse. De mientras que yo me puse lo más cómoda que pude, y con la cabeza apoyada entre el respaldo y el vidrio de la ventana, me propuse a mirar hacia la oscuridad del bosque y de los pequeños campos por los que estábamos pasando aquella oscura noche plagada de estrellas.

Iban a ser unos 40 o 45 minutos un tanto aburridos, así que revisando uno de los bolsillos de la camisa que traía puesta y desabotonada, tomé un pequeño MP3 al cual le conecté los auriculares de mi móvil para oír algo de música relajante en lo que viajábamos.

El autobús no se detuvo en ningún momento afortunadamente, así que en los tramos rectos el chofer aceleraba a fondo para llegar lo más pronto que se pudiera a destino.

Luego de pasar unos cuantos minutos de recorrido, los ojos me comenzaron a pesar bastante y mis bostezos aparecían a cada rato, me estaba durmiendo, pero sabía que no podía flaquear porque Gerard claramente sí se había quedado profundamente dormido. Si yo lo acompañaba sabía que no despertaría, y lo más probable era que nos pasáramos y vaya uno a saber en dónde terminaríamos.

Se me ocurrió entonces hacer algo aprovechando que Gerard descansaba, quitar mi cabeza del vidrio para apoyarla sobre su hombro. No lo sé, pero me había nacido una extraña necesidad por recostarme sobre él aprovechando que no lo notaría, o al menos eso creía.

Pronto el recorrido pasó y en menos tiempo del que teníamos pensado llegamos a Phermonth. Comencé a sacudir a Gerard para que se despertara, costó, porque parecía un tronco, pero luego

de insistir bastante, el tonto abrió los ojos sin entender nada.

—Oye, ¿qué sucede? —preguntó.

—Despierta. Ya llegamos, tenemos que bajar.

—¿De verdad? Está bien.

Se refregó los ojos y cuando llegó el momento nos pusimos de pie para irnos al frente del bus y aguardar el momento de descender.

Una vez que llegamos, el chofer detuvo la marcha, abrió la puerta y nos bajamos en una de las calles principales de nuestro pueblo, más precisamente en la zona céntrica.

—Muy bien, por fin en casa —expresé una vez que el autobús se marchó.

Pero no teníamos mucho tiempo para conversar, debíamos caminar lo más rápido que pudiéramos para llegar a casa.

Gerard decidió acompañarme todo el recorrido, dijo que luego de dejarme en mi hogar, él partiría rumbo al suyo. Traté de convencerlo de que estaría bien sola, que se fuera tranquilo pero insistió, me hizo recordar a mi padre su terquedad. Así que no tuve otra opción más que aceptar.

Ya era pasada la media noche por unos 15 minutos más o menos para cuando llegamos a la esquina frente a mi casa, no mucho pero seguro para mi papá sí lo era. Ahí nos detuvimos y escondimos tras un árbol con Gerard para despedirnos.

—Ok, llegamos —dije -. ¿Tú hacia dónde irás?

—Cortaré camino yendo hacia allá —señaló por una de las calles hacia el este.

—Ten mucho cuidado, está oscuro —me preocupé -. ¿Está muy lejos tu casa? Si quieres puedes llamar un taxi y me quedo aquí contigo esperando.

—Tranquila, ve a casa que tu padre debe estar muy preocupado, yo puedo cuidarme solo. No son pocas calles pero es verano y hay gente fuera durante la madrugada, no me sucederá nada.

—Está bien, pero envíame un mensaje luego, de verdad, quiero saber si llegaste bien ¿Entendiste?

—De acuerdo, prometo escribirte ni bien llegue.

—Hecho. Pues entonces..., ya me voy ¿sí?

—De acuerdo.

Nos dimos un abrazo y nos despedimos.

—Descansa, y no olvides avisarme —Insistí luego de soltar el abrazo.

—Tú también descansa, y no, no lo olvidaré —Respondió riendo y yéndose por en medio de la calle -. Buenas noches, Domi.

—Buenas noches.

Me dirigí entonces a mi casa ya pensando en lo que se me vendría con papá por haber regresado tan tarde.

—¿Tienes idea de la hora que es?! —me preguntó una vez dentro mientras yo estaba sentada en el sillón de la sala.

—Papá, he llegado más tarde otras veces, y en ocasiones ni siquiera vengo a dormir —hablé en mi defensa.

—Pero es distinto, las veces que has vuelto más tarde tú avisas, y además alguien te trae en auto o algo parecido o yo te voy a buscar. ¿Qué es esto de aparecer caminando sola en el medio de la noche?

—El teléfono se me quedó sin batería, no pude avisarte, juro que es verdad.

—Bueno, no lo sé, desde el móvil de alguien más entonces.

—No memoricé tu número, papá – lo cual era mentira, pero bueno, no podía llamarlo desde el

teléfono de Gerard, sabía que si se hacía muy tarde papá me iría a buscar en auto a donde estuviese, entonces descubriría que no me encontraba en el pueblo.

—Está bien, ¿pero y el de la casa? Ese es imposible que lo hayas olvidado.

—¡Oh! Papá, lo siento, estaba distraída con amigos y se me hizo tarde, perdón, no volverá a pasar, ¿de acuerdo?

—¿Qué amigos son esos que te dejan caminar sola por la calle a estas horas? Domiana, no me mientas, ¿estabas con alguien? ¿Con un chico tal vez?

—Ya basta, mejor me voy a dormir, estoy cansada. ¿Puedo irme a mi cuarto?

—No hasta que me digas dónde estabas y con quién jovencita.

—¡Ya te dije que con unos amigos! ¿Sabes qué? ¿Por qué no me dejas en paz y te preocupas por tu nueva mujer? ¿Eh? Déjame vivir mi vida como se me dé la gana estos meses que me quedan, ¿te parece? —protesté poniéndome de pie del sillón.

—Domi... —pronunció papá intentando hacerme parar ahí pero sin poder conseguirlo.

—¡6 meses me dieron! ¡6 malditos meses! ¡Déjame disfrutarlos como me dé la gana! ¿O acaso solo quieres que me quede aquí encerrada haciendo todo lo que me digas? ¿Es eso?

—Domiana, no sabemos qué puede pasar contigo, estoy haciendo todo lo posible para encontrar un donante a tiempo para ti. ¿Y si te llegara a suceder algo? No lo sé, alguna cosa que empeore tu situación o que acelere tu...

Y ahí se quedó callado tapándose la boca unos momentos.

—¿Acelere mi qué? ¿Mi muerte?

—¡¡Ya basta!! —Gritó con mucho enfado —¡Ya no vuelvas a decir eso! ¡Nunca más! ¡¿Me oíste?! ¡Nunca!

No contesté, solo me quedé allí parada mirándolo fijamente a los ojos y él a mí de igual manera. Nos quedamos así unos instantes y entonces decidí ir caminando rápido hacia él para abrazarlo con todas mis fuerzas y cerrar mis ojos una vez que apoyé mi rostro en su pecho. Él también me cubrió con sus brazos y colocó su mentón sobre mi cabeza.

—Hija, no sabes cuánto me duele escucharte decir eso, no tienes idea —Habló con la voz algo quebrada -. No sé qué haría si te pierdo, eres todo para mí y el único recuerdo que tengo de tu madre.

—La extraño, muchísimo —dije mojando su ropa con mis lágrimas.

—Yo también la extraño, cariño, no sabes cuánto. Jamás en la vida sentí un dolor tan fuerte como el que me ocasionó el perder a tu madre, pero sabía que tenía que continuar por ti. Eres su viva imagen, cada vez que te veo me la recuerdas, y ahora con lo que tienes... Dios sabe lo desesperado que estoy. Si te pasara algo, a mí ya no me quedaría nada, mi vida no tendría sentido, por eso hago de todo para protegerte. Te pido que ya no hables así, hija. Nada más me preocupo por ti, es todo.

—Está bien, papá, tienes razón, lo siento —respondí soltando el abrazo para poder sacarme las lágrimas de los ojos.

—Te amo muchísimo, nunca lo olvides, Domi.

—Yo también te amo papá. Oye, ¿me dejas ir a mi cuarto? Quiero lavarme la cara y acostarme que me muero de sueño.

—Sí, hija, ve. ¿Quieres algo de comer? ¿Quieres que te lleve algo?

—No, no hace falta, estoy llena.

—De acuerdo. Si necesitas algo solo ve a mi habitación a buscarme.

—Está bien, papá, lo haré.

Entonces salí de la sala y me fui a mi cuarto subiendo las escaleras.

—Descansa, papá. Buenas noches.

—Descansa, hija. Buenas noches para ti también, y no te olvides de los medicamentos antes de dormir.

—No lo haré, papá. Hasta mañana. Te amo.

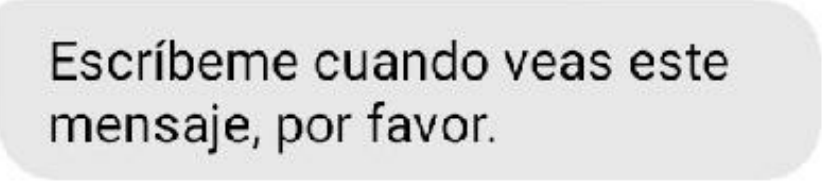
Una vez dentro de mi cuarto, me quedé unos segundos con la espalda apoyada en la puerta ya cerrada y con los ojos también cerrados, respiré hondo y me continué secando con las mangas de mi camisa lo que me quedara en las mejillas de las lágrimas.

Enseguida conecté mi teléfono con el cargador al tomacorriente que se encontraba justo al lado de la cabecera de mi cama. Comencé a quitarme la ropa para luego ponerme el pijama con el que dormía. Lavé mi cara, mis dientes y tomé a lo último los medicamentos que los doctores me recetaron para mi corazón, apenas hacía casi dos semanas que los tomaba y ya los odiaba, los efectos secundarios que hacían en mí eran espantosos, mareos y cansancio entre otras cosas, no quería imaginar cómo iba a ser todo a medida que mi problema avanzara.

Una vez acostada y con todas las luces apagadas, encendí el teléfono con lo poco que se había podido cargar en esos minutos que me preparé para dormir, y ni bien funcionó, un par de mensajes me comenzaron a aparecer, de Hannah y de Gerard.

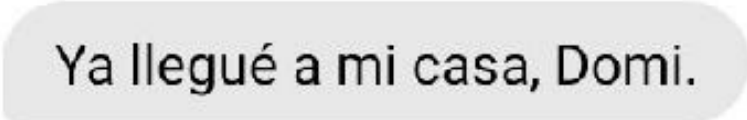


¿Dónde estás, amiga?

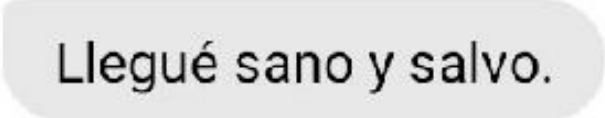


Escríbeme cuando veas este mensaje, por favor.

Pero decidí no responder por el momento, tenía muchas ansias por contestarle a Gerard.



Ya llegué a mi casa, Domi.



Llegué sano y salvo.

Ok, me alegra que hayas
llegado bien.

Yo me acabo de acostar y puse
mi móvil a cargar su batería,
por eso no te respondí a
tiempo.

Seguro tú ya estás dormido.

Descansa, hablamos mañana.

Coloqué el teléfono sobre la mesa de luz junto a la cama, me acomodé bajo mi manta y apagué la lámpara para así poder dormirme finalmente. Cerré los ojos y el silencio de la noche y la oscuridad me acompañaron nada más por unos pocos segundos hasta que mi teléfono sonó y mi habitación se iluminó con la luz de la pantalla, un mensaje me había llegado. Tomé el móvil rápidamente ya suponiendo quien era. En el fondo deseaba que fuera él.

Ey, estoy aquí.


También me acabo de
acostar.



¿Tú ya te fuiste?

No, sigo aquí.

Que bueno.




¿Sabes? Me duele todo, más que nada los pies.

A mí igual jaja

Creo que mañana me la pasaré en casa descansando de la aventura que tuvimos hoy.

Sí, te entiendo perfectamente.



¿Y tu padre continuó yendo al lago por su cuenta?

La verdad es que sí, lo disfruté mucho.



¿Te gritó mucho tu padre?

Un poco, sí, pero bueno, ya se le pasará, eso espero...

Oye... Hay algo que me gustaría preguntarte.



Dime.

¿Cuál es tu canción favorita?

Sé que debes tener muchas pero... ¿No hay una en particular?



Bueno... Sí, hay una canción que desde que la conocí, nunca me canso de escuchar.

¿Y cuál es?

"Robbers" de The 1975.

¿La conoces?

La verdad, no, ni idea.

Búscala, te encantará.

Y eso hice, me salí por unos momentos del chat para buscar la canción de la que Gerard me hablaba, y ¿qué podía decir? Ni bien la oí me encantó, tal vez un poco melancólica, pero era hermosa tanto por su melodía como por la letra.

¿Y la tuya cuál es?

"Sing of the time" de Harry Styles.

Sé cual es, me encanta.

Nos quedamos conversando un rato más hasta que inevitablemente no aguantamos más el sueño ninguno de los dos. Al menos yo quise escribirle hasta el último momento, a tal punto que al quedarme dormida lo hice con mi teléfono entre mis manos.

Capítulo Cinco

Unas semanas pasaron y las salidas con mis amigos se convirtieron en algo de casi todos los días, de vez en cuando recuerdo que pasábamos las tardes enteras hasta la caída del sol nadando en el lago del pueblo y arrojándonos desde un pequeño muelle. Creo que esa era una de las cosas que adoraba de vivir en un pequeño pueblo como Phermonth, los veranos con mis amigos, con la paz y la tranquilidad que solo en un lugar así se podía conseguir, sin mencionar que a veces nos íbamos a acampar al bosque no muy apartados de la civilización claro, en caso de que alguna urgencia ocurriera. Pero aun así era divertido pasar noches enteras entre la vida salvaje oyendo el canto de los búhos y respirando el encantador olor a pino que se sentía por las mañanas.

De ser por mí me quedaría más a menudo en casa encerrada leyendo algún libro o mirando series, ¿qué le podía hacer? Era adicta. Pero por recomendación de los médicos y por tener una mejor amiga tan hiperactiva como Hannah, que me arrastraba con ella a donde fuese y hasta que no accedía a salir, no dejaba de molestarme, me veía obligada a salir al mundo exterior. Pero en fin, al final del día no estaba tan mal respirar un poco de aire fresco después de todo.

Claro que mis problemas también fueron avanzando con el tiempo, y rápido. No podía hacer nada extremo y debía mantenerme comunicada constantemente en caso de cualquier cambio en mi salud por más mínimo que fuera, no podía desprenderme ni un día de mis medicamentos.

El que parecía estarla pasando peor era mi padre, él se movía por todos lados y se la pasaba llamando a muchísimos hospitales buscando en algún lado un corazón que me sirviera, y si bien aparecían las opciones, los precios no eran los más accesibles, casi que una operación costaba más o menos lo que nuestra casa. También, por lo que me había llegado a mencionar, tuvo la oportunidad de averiguar sobre precios de corazones relativamente baratos, la cuestión era que se trataba de un mercado ilegal, y no se imaginan lo mal que me puso eso al enterarme, quizá salvaría mi vida pero no podría tener dentro de mí el corazón de una persona que fue secuestrada y asesinada para precisamente quitarle los órganos. ¿Cuánto dolor y sufrimiento por parte de la víctima y de las familias podría haber detrás de eso? No podía imaginarlo ni aceptarlo por más que mi vida dependiera de eso. Es algo crudo y fuerte pero es el mundo en el que vivimos.

Sin irme por las ramas y para subir un poco el ánimo, creo que aquel verano fue de los mejores que había tenido en años. Con Gerard nos acercamos todavía más, ya saben, hablo de ese vínculo que se forma cuando dos personas sienten cosas el uno por el otro pero aún no se animan a decírselo, todo quedaba con las miradas y con la manera de hablarnos que teníamos entre los dos, es algo difícil de explicar, solo aquellos que lo han vivido lo entienden. Pero yo no quería ilusionarlo, entonces me echaba para atrás algunas veces, ¿qué sentido tenía que se interesara por mí? ¿Enamorar a alguien para que luego te vea morir? No podía hacerle eso.

Resultó que un día recibimos la invitación a una fiesta en la casa de un amigo de Barry, Grant era su nombre, el chico tenía piscina en el patio trasero así que aprovechando que sus padres no estaban por unos días, se le ocurrió montar una fiesta.

Habíamos quedado en vernos en casa de Gerard durante la tarde para ir, se suponía que allí estarían Barry y Gerard solos, Hannah llegaría después porque su madre le había pedido que la ayudara en no sé qué cosa a último momento, así que yo estaría con los chicos en lo que mi mejor amiga aparecía, o al menos eso pensaba.

Papá me había llevado en auto. Tras dejarme en la entrada y marcharse, yo toqué la puerta, entonces alguien me abrió, una chica muy bonita, de cabello negro, largo y bien cuidado, de piel morena perfecta, con senos grandes y trasero grande. No tienen idea de cómo me puse al ver a una muchacha de mi edad, más o menos, tan sexy y tan atractiva en la casa de Gerard. ¿QUIÉN DIABLOS ERA ESA?

—¿Sí? —preguntó una vez que abrió la puerta y esperando a que yo respondiera algo.

—Mmm..., soy amiga de Gerard. ¿Él está en casa? —hablé un poco nerviosa.

—¡Gerard! —dijo en voz alta —¡Una chica te busca!

Los pasos de él se sintieron acercándose rápido a la entrada para recibirme.

—Domiana, ¿cómo estás? —me saludó —Ven pasa.

Una vez dentro me presentó con aquella chica.

—Domi, ella es Candice. Candice, ella es Domiana, te hablé sobre ella.

—Mucho gusto —me saludó extendiéndome la mano.

—El gusto es mío —respondí estrechándola e intentando comprender qué era lo que sucedía.

Por dentro yo pensaba:

—¿Candice? ¿Esa Candice? ¿¿Su ex??

De algo me estaba perdiendo, algo que nadie me había explicado. Los celos me estaban matando por dentro, aunque trataba de mostrar una tonta sonrisa en mi rostro intentando aparentar que nada me estaba sucediendo. Me quedé muy preocupada y mi cabeza se había tornado un tremendo remolino de preguntas, iba a explotar si nadie me aclaraba que rayos estaba ocurriendo.

—Vamos al cuarto, Barry está ahí —propuso Gerard.

Candice pasó primero en dirección a su habitación y Gerard detrás de ella, yo tuve que seguirlo solo por ir con la corriente. Una vez en el cuarto, ella se sentó en la cama de Gerard a revisar su móvil, entonces vi a Barry en el escritorio usando la PC.

—Ey, Domi. ¿Todo bien? —me saludó.

—Todo bien, gracias, ¿y tú? —respondí.

—Igual. Oye, Hannah tardará un poco en venir.

—Sí, me envió un mensaje contándome, dijo que la aguardáramos aquí. Voy a escribirle para decirle que se dé prisa.

—De acuerdo.

Salí de la habitación para ir hacia el pasillo y ahí tomé mi celular para escribirle al chat de inmediato.

Oye, Hannah, más vale que te apures en venir.

Hay una chica aquí.

Creo que es la ex de Gerard.

¿La recuerdas?

Te hablé sobre ella.

No tardó nada en responder.




¡¿Qué?!

Es una broma, ¿verdad?

No, y es muy sexy, deberías verla.

Parece súper modelo y todo.



¿Y Barry está ahí?

Sí, estamos todos en la habitación de Gerard.

Más le vale no mirarla o juro que le arranco los ojos.

Tu avísame si lo hace.

¿Entendido?



Ya estoy saliendo para ahí.

Creo que apenas pasaron poco menos de 10 minutos para cuando Hannah llegó. Sentimos que llamaron a la puerta y me ofrecí a abrir.

—Yo voy, debe ser Hannah.

Y efectivamente, al ver quien era y abrir, Hannah entró con algo de prisa.

—¿Y? ¿Está aquí esa? —me preguntó en voz baja.

—Sí, pero no te alarmes, Barry no se despegó de Gerard, ni habló con ella.

—Eso espero. ¿Y sabes si va con nosotros?

—Ni idea, no conversé con ella en lo absoluto pero creo que sí, está vestida como para salir y hasta tiene un bolso pronto con algunas cosas. Mejor vayamos al cuarto e intenta disimular, ¿de acuerdo?

—Lo intentaré. Quiero ver quién es.

Fuimos hasta la habitación, y una vez allí, Hannah saludó a su novio, a Gerard y por último a Cadnice.

No dio tiempo a que Hannah comenzara a preguntar, la conocía y sabía que querría saber quién era exactamente esa chica. Gerard ni bien Hannah llegó nos dijo:

—Muy bien, ya estamos todos, nos podemos ir.

Ninguno se opuso y teníamos todo listo, así que en cuestión de pocos minutos nos marchamos. La casa de Grant era bastante cerca de donde estábamos, así que fuimos a pié. Unas cuatro o cinco calles eran de recorrido por fortuna, pero con la incomodidad que me causaba Cadnice, sentía que el camino sería eterno, y ni que hablar de lo que sería el resto del día pasándolo con ella cerca.

Una vez en la fiesta notamos que en el lugar ya había algo de gente, no muchos, los amigos más cercanos de Grant, chicas y chicos. A algunos los pude reconocer del barrio, a otros no. Noté que Cadnice ni bien llegó ya se quitó la ropa dejando ver un bikini muy provocativo que para ser sincera, si yo fuera hombre, no me dejaría mucho a la imaginación, deberían haber visto como los ojos de todos los muchachos que estaban ahí se desviaron hacia ella casi de inmediato.

—Zorra —susurré para mí misma.

Miré a mi alrededor y ni Gerard ni Barry estaban conmigo, tampoco Hannah, me habían dejado sola, nada más me tuve que quedar allí de brazos cruzados viendo cómo la ex del chico que a mí me interesaba dejaba sus pertenencias en una silla playera para luego tirarse en el agua y así llamar la atención de todos.

Creo que rescataba algo positivo de todo, en vista de que le gustaba ser el centro de las miradas..., podría ser que de ese modo Gerard no se fijara en ella, ya saben, tal vez no se quiera quedar con alguien que se esmera en gustarle a otros y hasta provocar un poco, aunque bueno, eso era lo que yo quería creer, la mente de los hombres cambia mucho cuando la temperatura se les sube, ustedes entienden.

No se imaginan como me encontraba, ansiosa de que alguien me diera alguna explicación de por qué esa aparecida se encontraba en casa de Gerard.

—Oye, ¿no te vas a cambiar? —oí la voz de Hannah a mi lado.

—Mmm, no lo sé, estoy bien así, gracias —contesté.

Hannah se encontraba con una malla puesta y lista para nadar en la piscina, pero tras ver qué allí estaba Cadnice dijo:

—Oh, mira quien está ahí. Ni siquiera la conozco y ya la detesto.

—Somos dos.

—Tan solo mírala, acomodándose el sostén para que sus senos se le muevan adelante de todos esos chicos, nada más quiere que la miren.

—Mira quien habla.

—Ey, eso ya cambió, ahora tengo a Barry.

—Sí, pero y ¿cuándo no...? Te encantaba tener a la mayor cantidad de chicos detrás de ti para luego reírte de ellos y dejarlos plantados. ¿O acaso te olvidaste cómo te exhibidas para que te miraran? Igual que ella.

—Oye, no seas tan dura. Está bien, está bien, lo acepto, pero procura no volverme a decir eso, ¿sí? Y menos si Barry está cerca.

—De acuerdo, lo siento.

Hannah entonces comenzó a observarme fijamente.

—¿Qué es lo que te sucede? —preguntó.

—¿A mí? Nada. ¿Por qué preguntas?

—A mí no me engañas, Domi, estás enfadada..., y nerviosa. ¿Me equivoco?

—Basta, no molestes Hannah, no me pasa nada en lo absoluto.

—Estás celosa, ¿no es así?

—¿¿Qué?? ¿¿Estás loca?? ¿Celosa de qué?

—Pues de Gerard tonta.

—Ya hablamos de eso, y dije que no tengo la mente para esas cosas Hannah, lo sabes.

—Oh, ¿sí? Pues transmíteselo a tu cara porque no se nota. Tratas de negarlo pero amas a Gerard, los he visto en estas últimas semanas.

—¿Amar? ¿Yo? Ni en sueños.

—Domiana.... Vamos.

Y se quedó mirándome seria convencida de lo que estaba diciendo.

—¿Qué tanto me ves?

—Domiana, está bien, sí, ya tuvimos esta conversación, pero creo que sea cual sea el resultado de tu salud, deberías vivir eso que sientes por Gerard, a él también le gustas, y no digas que no te has dado cuenta.

Yo no quise contestar, porque sí, notaba que Gerard se fijaba en mí.

—Domi..., he buscado en internet casos de personas a las que les diagnosticaron enfermedades terminales, y que los médicos les han dicho que les quedan cuatro, cinco o seis meses de vida, ¿y sabes cuántos años llevan vivos muchas veces? Tal vez pueda ser por la medicina moderna o por algún milagro..., no lo sé, el punto es que no te des por vencida, porque a veces parece que lo estás aceptando, como si estuvieras contando los días para irte.

De nuevo no contesté.

—Domiana, nadie sabe lo que vaya a suceder —continuó esta vez dándome un abrazo -, yo no pierdo las esperanzas, no creo en lo que te dijeron los médicos, no me veo sin ti, ¿entiendes eso?

—Supongo que sí, lo entiendo —contesté devolviendo el gesto.

Nos quedamos así unos segundos sin hablar hasta que dije:

—¿De verdad crees que las cosas saldrán bien?

—No sé cómo, pero sí, puedo sentirlo. ¿Tú no?

—No lo sé.

—Dile a Gerard que lo quieres, verás que serán muy felices.

—No me pidas algo así Hannah.

—Inténtalo al menos.

—Hannah, si ya estaba en duda sobre si declararle a Gerard lo que siento, imagina ahora con la aparición de su ex. ¿Cómo explicas que Candice esté en su casa? Dices que siente algo por mí pero su ex lo visita. Seguro todo este tiempo han estado en contacto y la invitó a venir, tal vez hasta estén intentándolo otra vez o algo así.

Fue entonces cuando soltamos el abrazo.

—Bueno..., no sabría que responder a decir verdad. Barry no me dijo nada, y creo que ni él sabía que Candice vendría. Si quieres puedo averiguar qué hace ella aquí, si eso te hace sentir mejor.

—¿De verdad?

—Sí.

—Mmm, está bien, averigua lo más que puedas.

Las horas pasaron y la fiesta continuaba con la música alta mientras el sol caía. Yo me encontraba entonces conversando con algunas conocidas de la secundaria que allí estaban mientras que Hannah no soltaba a Barry por ningún motivo, se la pasó encima suyo prácticamente todo el día, tal vez algo celosa de que él mirara a alguna de las chicas que estaban en la fiesta. Gerard por otro lado cada tanto se tiraba en la piscina, pero la mayor parte del tiempo se la pasó hablando con un pequeño grupo de muchachos que conoció ahí mismo, parecía haber encajado bastante bien.

Recuerdo que llegado un momento decidí meterme en la casa para ir al baño, fue entonces cuando en el camino me topé con Gerard frente a frente.

—Ey, Domi. ¿Te diviertes? —preguntó.

—Gerard... Eh... sí, la estoy pasando bien. Tú al parecer hiciste nuevos amigos.

—Sí, más o menos, los chicos son geniales.

—Sí, ya lo creo. Y tu novia parece estar pasándola bastante bien también.

—¿Mi novia? ¿Quién? ¿Candice?

—Sí.

—Oh, no, no, no. Candice no es mi novia, ya no.

—¿De verdad? Es que como se está quedando en tu casa y eso, pues....

—Sí, sobre eso... Si fuera por mí, ella no estaría aquí, fue idea de mi madre. Te dije hace un tiempo que nuestros padres son amigos, que crecimos juntos y todo eso.

—Sí, lo recuerdo.

—Bien, es que su madre aún mantiene contacto con la mía, y creo que están en una especie de plan de querer que ella y yo regresamos, es una locura, lo sé, se pusieron de acuerdo para que Candice durante un par de semanas del verano viniera hasta aquí a quedarse con nosotros. Lo llevaban hablando desde hace un tiempo pero jamás me enteré de nada sino hasta que tocaron la puerta esta mañana y Candice se encontraba ahí con maletas y todo.

Al final no necesité de Hannah para averiguar lo que sucedía con Candice. En parte me calmé un poco, ya habiendo descubierto la verdad y siendo que Gerard no parecía estar muy cómodo con la presencia de su ex en su casa, logré respirar un poco.

—Wow, que historia.

—Lo sé, ni yo puedo creerlo. No quiero tener que estar con ella a cada rato, me vendría bien que conociera a algún chico en la fiesta así no me molesta. ¿No crees?

Comencé a reírme entonces.

—Pues sí, no estaría mal que encontrara una especie de..., amor de verano mientras nos visita y así no tiene que andar contigo todo el tiempo.

—No, no estaría mal —contestó riendo también.

Nos quedamos por unos momentos sin tema del cual hablar, nada más nos sonreímos, fue entonces cuando él dijo intentando romper el hielo:

—Oye... ¿Y tú hasta qué hora te quedas?

—Bueno, pues..., ni idea. Tal vez hasta que Hannah se vaya, no lo sé. ¿Por qué preguntas?

—Por nada, es que si por casualidad debes irte, si quieres, yo puedo acompañarte hasta tu casa.

—Oh, de acuerdo. No creo que me quede hasta muy tarde a decir verdad, pero si quieres te aviso, claro, aunque..., ¿qué harías con Candice? Es decir... no la puedes dejar sola aquí, ¿o sí?

Gerard comenzó a rascarse la cabeza.

—Bueno..., no, no debería dejarla sola, en eso quedé con mi madre, que la cuidaría cuando salgamos, pero la verdad es que no tengo ganas de andar con mi ex para todos lados, es muy incómodo.

—Sí, lo entiendo.

—¿Ey! Aquí estaban —escuchamos a Barry apareciendo junto a nosotros con Hannah, ambos cambiados de ropa y cargando sus bolsos como si se marcharan de la fiesta.

—¿Nos buscaban? —pregunté.

—Más o menos —respondió Hannah -, era para avisarles que nos vamos a ir.

—¿Irse? ¿A dónde? —consultó Gerard intrigado.

—A la casa de mi padre en el bosque. Es que papá me acaba de enviar un mensaje diciéndome que la casa está sola y me pidió si podía ir ahora mismo, parece que la alarma de seguridad sonó o algo así y quiere que vaya a verificar.

—Entonces..., ¿van y vuelven? —dije.

—Tal vez —continuó Barry -. ¿Nos quieren acompañar?

Gerard y yo nos quedamos mirando sin saber qué responder.

—No creo que yo pueda —aclaró Gerard -, si voy tendría que llevar a Candice conmigo.

La cara de Hannah se deformó, como si la idea de que Candice fuera con nosotros le molestara en sobremanera.

—Yo tampoco creo que pueda —hablé -, debo volver a casa algo temprano hoy, ya saben, cosa de papá.

La verdad era que si Gerard no iba, yo ni loca los acompañaba, era obvio que se quedarían, y más aprovechando que tenían la casa sola para los dos. No iba a estar ahí yo sabiendo que en otra habitación ellos estarían haciendo sus cosas.

—Oh, está bien —respondió Barry -, si cambian de opinión nos envían un mensaje y van hasta la casa, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —contestamos Gerard y yo a la vez.

Barry y Hannah entonces nos saludaron y se marcharon del lugar. Instantes después fue cuando algo desafortunado ocurrió, se comenzaron a oír los gritos de una chica en el patio de atrás.

—¡Ya suéltame! ¡Déjame tranquila!

-¿Qué está pasando ahí afuera? —le pregunté a Gerard.

—No lo sé, pero esa es la voz de Candice.

Y de inmediato salimos casi corriendo hacia el patio para ver qué sucedía.

—Te dije que me soltaras, idiota. Déjame en paz —le hablaba Candice a un chico de la fiesta que parecía estar algo sobrepasado.

—Oye, vamos, estuviste mirándome todo el día —contestaba el chico que la tomaba del brazo casi por la fuerza.

—¡Estás loco, ya suéltame te dije!

Pero ese chico no se rendía, parecía querer robarle un beso a Candice y sin importarle que ella le dijera que no.

—Vamos, yo sé que quieres, no te hagas —continuaba.

Gerard entonces se le acercó corriendo, se puso entre medio de los dos y dándole un empujón en el pecho a ese muchacho consiguió que la soltara.

—¡Ey! ¿Qué carajos te pasa? Ya déjala tranquila —lo increpó Gerard.

—Oye, no te metas amigo, esto es entre ella y yo.

—Claro que me meto, ella vino conmigo idiota, así que más vale que no te le acerques más.

—¿Y si no qué? ¿Eh? ¿Qué vas a hacer?

—Voy a darte una paliza.

—¡Oh! ¿Sí? Pues vamos imbécil.

Fue entonces cuando ambos comenzaron a tomarse a golpes de puño. Todo el mundo allí se puso a gritar y se acercaron a la pelea para conseguir separarlos pero se hizo difícil por unos momentos. Vale mencionar que a diferencia de Gerard, el otro chico a simple vista estaba mucho mejor preparado físicamente.

Yo no pude evitar ponerme a gritar también para que se separaran al ver como Gerard se llevó un par de puñetazos en el rostro que dolían con solo mirar. Me asusté como no se imaginan.

Rato después, ya habiendo terminado la pelea y la fiesta, nos encontrábamos en la casa de Gerard curándole las heridas de la cara su madre, Candice y yo.

—¡Ou! Eso duele —le dijo a su madre cuando ella le puso un paño mojado con alcohol a un

costado de la boca donde tenía una herida bastante dolorosa.

—Lo hubieras pensado antes de iniciar una pelea, jovencito —lo regañó.

—¿Y qué querías que hiciera, mamá? ¿Dejar que ese tipo siguiera molestando a Candice? No la de baja en paz.

—Hubiera sido mejor que hablaras con Grant y que él lo sacara de la fiesta, al fin y al cabo era su casa, ¿no?

—Sí, lo era, pero no se me vino a la mente en ese momento.

—Oye, Gerard, no tenías por qué hacer eso por mí —habló Candice -, digo... fue un lindo gesto que me defendieras y todo, pero hubiera preferido que no terminara así. Aunque de todas maneras, gracias.

—No fue nada, creo que cualquiera hubiera hecho lo mismo.

—¿Cualquiera dices? —continuó su madre retándolo.

—Ya basta, mamá, ya pasó.

Yo casi no hablaba con ellos, apenas estaba ahí con un par de algodones en las manos mojados con agua y pasándoselo por la sien donde tenía un moretón.

—¿Sabes que haré? Voy a llamar a la casa de Grant —dijo su madre con enfado -, voy a hablar con él para que me pase el número de ese chico que te golpeó, quiero conversar con sus padres para que sepan la clase de hijo que tienen.

—No mamá, no hagas eso, que tontería.

Pero ella no escuchó, dejó el paño sobre el escritorio de Gerard y se fue a la sala a llamar por teléfono.

Nos habíamos quedado los tres solos en el cuarto, así que decidí partir en vista de que nada de eso me concernía.

—Gerard, yo me voy, ¿sí? Debo ir a casa.

—Oye, no te vayas, quédate un rato —respondió tomando mi mano de pronto.

No pude evitar ver como su cálida mano tomaba la mía con fuerza y así sentir como esas cosquillas aparecían en mi estómago de pronto, como si quisiera hacerle caso y quedarme con él todo el rato que fuese.

—Lo siento, es que papá me está esperando —insistí tirando mi brazo para que él me soltara -, además, tal vez tengan de qué hablar por lo de hoy ustedes dos, así que bueno, no quiero molestarlos.

—¿De qué estás hablando? Tú no molestas para nada, vamos, quédate un rato más.

Pero por más que quisiera quedarme, hice lo que mi mente creyó lo correcto, marcharme de una vez.

—Perdón, luego te llamo, ¿está bien? O quedamos para vernos otro día.

Saludé a ambos y me salí de la habitación para caminar por el pasillo rumbo a la entrada, pasé por la sala donde estaba la madre de Gerard esperando a ser atendida en el teléfono y también la saludé alzando mi mano.

—¡Hasta luego, Grace!

—¡Hasta luego querida, vuelve cuando quieras y cuídate en el camino, nos vemos!

Y así fue como me marché a mi casa con la mochila en la espalda caminando por el medio de la calle aprovechando que no había tránsito.

Ya había oscurecido para cuando llegué. Luego de haberme dado un baño y comido algo, me quedé en la cama leyendo un lindo nuevo que Hannah me había prestado.

Todo iba normal hasta que mi móvil sonó, se trataba de un par de mensajes de Hannah.

Domi, ¿qué pasó en la casa de Grant?



Me enteré que hubo una pelea.

Sí, un chico comenzó a molestar a Candice y Gerard lo enfrentó para defenderla.

Fue horrible.

Uf, que mal.

¿Y él cómo está?



¿Lo lastimaron?

Algo, un par de moretones en la cara, pero se recuperará.

Wow, que locura.

De lo que nos perdimos con Barry...



¿Y qué pasó después?

Apenas terminó la pelea, nos fuimos de la fiesta y acompañé a Gerard hasta su casa con Candice, me quedé ahí un rato y luego me marché.



Sabía que esa zorra traería problemas.

Tal vez, el chico que la estaba molestando decía que ella lo provocaba mirándolo y no sé que otra cosa.

¿Lo ves? Es una zorra.



Ella busca, pero cuando encuentra no le gusta y hay que salir a protegerla.

Sí, tuvieron suerte de haberse marchado a tiempo, creo.

Tal vez.



Y, oye... ¿Qué haces ahora?

Pues nada, leía el libro que me prestaste.



¿No te escribió Gerard?

Para nada, ni yo a él.

Tal vez a esta hora ya se haya ido a dormir.

Espero que esa Candice no se le acerque esta noche a modo de "agradecimiento" por defenderla.



No conseguí averiguar nada sobre ella.

No te preocupes, Gerard me contó el embrollo que hay con Cadnice justo antes de que se fueran ustedes de la fiesta.

¿De verdad?



¿Y qué tal? Cuenta, cuenta.

En resumen, Candice aún mantiene una buena relación con Grace, la madre de Gerard, a pesar de que ella ya no esté con su hijo, y parece que quiere que vuelvan a intentarlo.

Pero Gerard me juró que no pasaba nada entre ambos, que no sabía nada de que ella vendría a Phermonth, y que le resulta algo incómodo que esté en su casa.

Luego te explico con más detalles.



¿Y tú le crees?

A decir verdad, no lo sé,
aunque tampoco veo por qué
dudar de él.

Tampoco me importa, que
hagan lo que quieran juntos.

Sé que no es verdad es último,
amiga, pero está bien.

Oye, debo irme.

Te quiero mucho, descansa
Domi.



De acuerdo, buenas noches.

Yo también a ti, Hannah.

Y se desconectó al igual que yo.

Me quedé unos segundos allí mirando al techo luego de dejar el móvil a un lado y teniendo el libro que leía abierto boca abajo sobre mi pecho.

Ya no tenía ganas de seguir con la lectura a decir verdad, así que simplemente marqué la hoja en la que estaba, lo puse en el suelo y tras apagar la luz me fui a dormir.

Ya al día siguiente había conversado un poco con Gerard durante la mañana y habíamos quedado en encontrarnos cerca del mediodía, él parecía querer verme, así que hasta allí fui.

Una vez en su casa tuvo que ir hasta el patio de atrás donde él se encontraba reparando una bicicleta dentro del cobertizo.

—Gerard, ¿qué haces? —pregunté ni bien me le acerqué.

—Domi, pues... le reparo la bici a mi madre, se le rompió la cadena y un par de los dientes del piñón trasero, así que me ofrecí a arreglarla.

—En español por favor, jaja.

Se rio conmigo.

—¿Y cómo estás hoy?

—Bien, normal creo. ¿Y tú? ¿Cómo sigues de...? —Y me señalé mi ojo refiriéndome a su moretón.

—Oh, bien, creo, dolía un poco esta mañana, se hinchó y duele bastante cuando lo toco. Mamá me dio una crema pero no parece hacer mucho efecto.

—Ya veo. Pasará..., en una semana más o menos ya dejará de doler.

—Eso espero.

—¿Y cómo quedó todo? ¿Tu madre consiguió hablar con los padres de ese chico?

—No lo sé, creo que quedó en la nada eso y así está mejor. Ya estoy algo grande para que mi madre solucione mis problemas.

—Sí, comprendo. ¿Y dónde está ella ahora? Quería saludarla.

—Se fue al centro comercial con Candice a ver una película o algo así.

—¿Y por qué tú no fuiste?

—Es que no quiero pasar mucho tiempo con Candice. Te conté un poco de eso ayer en la fiesta.

—Sí, lo recuerdo. Mejor entonces, así te deja tranquilo por lo menos hoy.

—La verdad sí. No comprendo como mi madre no se da cuenta de lo incómodos que estamos los dos e insiste en hacernos pasar tiempo juntos.

—¿No crees que si ella se sintiera tan incómoda contigo, hubiera rechazado la invitación de venir hasta aquí?

—Pensé en eso también, está algo extraña sí, como si quisiera hacer las paces o algo parecido, pero yo no le doy el espacio para que eso ocurra. Ayer te pedí que te quedaras un rato más por la noche porque no quería quedarme a solas con ella.

—¿De verdad?

—Sí. Ni bien te marchaste me fui a dar un baño, comí algo y me acosté a dormir. La evité lo más que pude, y ella lo notó.

—Comprendo.

Dejó por unos momentos de arreglar la bicicleta para entonces tomar del suelo una botella llena de agua, la abrió y comenzó a beber de ella para refrescarse.

—¿Quieres un poco? —me ofreció.

—No, gracias, tal vez luego.

Le volvió a enroscar la tapa a la botella para cerrarla y dejarla a un lado una vez que terminó de beber.

—Oye, Domi, la bici ya está arreglada ¿Qué te parece si nos vamos un rato a dar una vuelta? —preguntó.

—¿De verdad? Y..., ¿dar una vuelta a dónde?

—No lo sé, a donde sea. Ir por ahí, yo te llevo. Quiero ver si funciona la bicicleta.

Y no me opuse. Ni bien acabó de lavarse las manos por tenerlas sucias gracias a la grasa de la

cadena, nos subimos a la bici y nos fuimos a recorrer las calles de Phermonth. Él pedaleaba y manejaba mientras yo iba justo delante de él sentada sobre el cuadro, de lado y sujetándome del manubrio.

Llegó un punto en el que nos salimos de la parte más poblada del pueblo y comenzamos a recorrer las calles del bosque, los caminos que pasaban junto al lago y los pequeños puentes que iban sobre los arroyos.

Se había convertido en un agradable paseo junto a él, creo que principalmente por eso, su compañía hacía que se dibujara una sonrisa en mi rostro y que recorrer los paisajes del pueblo me subiera muchísimo el ánimo. El estar sentada frente a él en la bicicleta me hacía tenerlo muy cerca de mí, al punto de tener nuestros rostros casi pegados el uno del otro.

Pronto nos detuvimos unos minutos frente a una de las casonas a las afueras del pueblo, el lugar era una especie de granja pero los únicos animales que logramos ver eran un grupo de caballos en un gran corral. Allí estábamos Gerard y yo, de pie junto a ese corral mirando a los animales trotar ahí dentro.

—¿No te parecen hermosos? —le pregunté a Gerard.

—Sí, me encantaría montar uno.

—Estos creo que son salvajes, jamás tuvieron a ningún humano sobre ellos.

—¿Y tú cómo lo sabes?

—Esta es la propiedad de la señora Griffin, una criadora de caballos bastante conocida en el pueblo, jamás los monta. Su tatarabuelo fue uno de los fundadores de Phermonth.

—Oh, ¿sí? Interesante. Eso quiere decir que es rica.

—Algo así.

Me sentía una tonta, no sabía de qué hablarle exactamente, nada más parecía querer llamar su atención de algún modo y era tanto el esfuerzo que estaba poniendo que parecía estarla arruinando más con cada palabra que salía de mi boca.

Fue entonces cuando se generó un silencio incómodo entre los dos, silencio que afortunadamente no duró mucho gracias a él.

—Oye, Domi..., hace tiempo que quiero hablar algo contigo.

—¿Hablar conmigo? ¿Sobre qué?

—Pues... No se me hace muy fácil de decir, pero..., este tiempo que he vivido aquí me encantó. Conocer a los chicos, conocerte a ti... y bueno, yo... quería decirte que...

Gerard de pronto comenzó a balbucear sin control, como si no encontrara las palabras justas para usar conmigo. Entonces giró su cuerpo para quedar mirándome de frente, como si lo que tuviera para contarme fuera algo muy importante.

—Domi, tú y yo hemos pasado mucho tiempo juntos este último mes, es poco tiempo pero creo que te convertiste en alguien muy importante para mí en lo que llevamos de conocernos.

Ahí comencé a hacerme una idea de por dónde iría la conversación, sumándole también con lo obvias que estaban siendo las cosas entre él y yo aunque no lo habláramos jamás. Ya podía ver un posible desenlace, y eso me llenaba de emociones, miedo, ansiedad, alegría, duda, etc.

No decía nada, solo me dedicaba a escucharlo y a mirarlo fijamente esperando a que terminara.

—Sé que tal vez es algo apresurado o inapropiado, no lo sé, pero ya no soporto esconderlo más.

Y quedó en absoluto silencio viéndome a los ojos a la vez que bajaba la mirada por instantes para ver mis labios con su rostro muy cerca del mío. Yo no pude evitar ponerme más nerviosa aún

y sin saber cómo reaccionar, creo que un poco más y me faltaría la respiración, porque las cosquillas en el vientre y estómago ya estaban gritando dentro de mí.

—Gerard... —fue lo que atiné a pronunciar sin saber cómo seguir.

—Domi, yo sé que a ti también te pasan cosas, me doy cuenta cómo me miras, y cómo desvías los ojos para hacer de cuenta que no te sucede nada.

—Gerard, no...

—No lo niegues —me interrumpió -, ¿o acaso tú no te has dado cuenta de la corriente que hay entre nosotros?

No respondí nada.

—Siento cosas por ti, Domiana, desde el instante en que te vi por primera vez que me gustas. ¿No lo has notado?

Después de quedar callado unos instantes aguardando a que yo dijera algo, me dispuse a contestar pensando con la cabeza y no con los sentimientos, pese a que los mismos explotaban en mí.

—Gerard, tú conoces la condición en la que estoy, sabes cuál es mi problema. ¿De verdad te quieres quedar con alguien con un problema como el mío? ¿Quieres amar a alguien como yo? Mi corazón no resistirá mucho tiempo esta enfermedad, y todos sabemos el final de esto, no quiero que te enamores de mí, no quiero hacerte pasar por algo así, no a ti.

Mi voz de inmediato se quebró y mis ojos se llenaron de lágrimas, el dolor que me causó rechazarlo me estaba matando, pero lo hacía porque sabía que sería lo mejor para él.

—No tienes idea de cuánto amor me está costando rechazarte, de cuánto me cuesta decirte que lo olvides. No quiero que sufras.

—Entonces me quieres. Me amas.

Miré hacia abajo secando mis lágrimas y asentí con la cabeza.

Gerard ya no dijo más nada, se quedó ahí observándome para luego con su mano suavemente levantar mi mentón y así quedar los dos cara a cara otra vez.

—Sin importar cómo resulten las cosas.... —habló -, yo no me quiero quedar con las ganas de besarte, ni de tenerte conmigo.

Su boca estaba tan cerca de la mía que hasta podía sentir el aire de su respiración en mi piel. No me resistía, las ganas que tenía de hacer todo con él en aquel momento eran muy fuertes, casi incontenibles, pero a pesar de todo, la razón lograba ganar en mí sin importar cuánto deseara ese momento.

—Gerard, creo que debo irme, esto solo nos traerá dolor, y tengo más miedo por ti que por mí.

Entonces le di un beso en la mejilla, un abrazo y me di media vuelta para irme caminando. Pero fue allí cuando sin haber llegado a dar dos o tres pasos que sentí como él me sujetó del brazo con algo de fuerza, tiró de mí para hacerme girar y quedar nuevamente frente a él esta vez con su cuerpo pegado al mío, y luego, sin mediar ningún tipo de palabra, quedarme viendo fijo a los ojos para después poner sus cálidos labios sobre los míos.

Por fin estaba pasando y no lo podía creer, no pude tampoco detenerlo, nada más me dejé, me entregué a la situación y sin importar qué pasare después la viví como si fuera la última.

Puse mis brazos alrededor de su cuello y él sus manos en mi cintura. Por fin estábamos dejando salir todo lo que veníamos acumulando.

Su lengua acariciaba la mía, sus labios se apretaban con los míos y nuestros cuerpos parecían querer estar lo más pegados posibles el uno del otro, creo que ese fue uno de los momentos más maravillosos de aquel verano.

Pronto, luego de terminar el beso, lo observé ya sin ganas de seguir llorando pero aún con los ojos irritados, respiré hondo mientras veía la sonrisa que había en su rostro y le dije sin dejar de abrazarlo:

—¿Qué te parece si vamos a otro lado? Ya no quiero estar aquí.

—¿A otro lado? ¿Y a dónde?

—Vamos a tu casa, ¿qué dices?

Sonrió y respondió:

—De acuerdo.

Una vez en su casa, fuimos de inmediato a su habitación sin dejar de besarnos prácticamente en ningún momento. Gerard levantó mi blusa lentamente y me la quitó para revelar mi sostén, luego tomé su camiseta y también se la quité.

—¿Segura que quieres hacer esto? —me preguntó entre beso y beso.

—Por supuesto. Ya no hables.

Nos acostamos, nos quitamos poco a poco la ropa que nos quedaba mientras nos besábamos en todo momento, y una vez que todo estuvo listo, lo hicimos. Fue algo increíble e inesperado. Haber tenido mi primera vez con el chico del que estaba tan enamorada fue algo muy hermoso que nunca iba a olvidar.

No voy a mentir, me dolió más de lo que hubiera imaginado, pero él fue bastante delicado y cuidadoso con mi cuerpo, hasta el punto en que logró que la mezcla entre dolor y placer se sintiera muy bien.

Gerard logró crear en mí sentimientos y emociones que nadie había logrado antes. Él se había convertido en mi gran amor, el primer gran amor de mi vida.

Capítulo Seis

Pasados un par de días y Gerard, mi padre y Sarah me acompañaron a un control en el hospital, el doctor una vez a la semana me tenía que revisar para saber cuál era el estado de mi salud conforme pasara el tiempo, ¿y qué les puedo decir? No había muy buenas noticias.

Me encontraba sola con papá en la oficina de mi médico a cargo mientras que Sarah y Gerard aguardaban afuera.

—Domiana, debo ser sincero contigo, tus resultados no son buenos. Tu corazón parece haber crecido más de lo que esperábamos a estas alturas, aún no estás en estado crítico y puede que podamos posponerlo bastante más si te cambiamos la medicación por una más fuerte.

Papá ponía su mano sobre sus ojos y se los refregaba en señal de temor mientras que yo solamente escuchaba.

—Me sorprende mucho que estés así de bien a estas alturas, algunos otros necesitarían la ayuda de un tanque de oxígeno para respirar, pero aún lo haces por tu cuenta —continuó el doctor.

—Me cuesta respirar a veces, tengo que hacerlo con la boca la mayor parte del tiempo —respondí.

—Es entendible. Escucha, la medicación que te daré de ahora en más será un poco más fuerte que la que venías usando ¿está bien? Tiene sus efectos secundarios pero créeme, será por tu bien.

—¿Cuáles efectos serían?

—Básicamente los mismos que ya tienes con la medicina que venías tomando hasta ahora, cansancio, sequedad en la piel, labios y ojos, dolores de cabeza y mareos, estos últimos los puedes controlar mejor dependiendo del tipo de comida que consumas, va a tener que ser todo saludable de ahora en más, nada de sodas, carbohidratos, calorías, grasas, fritos y cosas con exceso de sal, y en lo posible a partir de hoy nada de emociones muy fuertes o mejor dicho ningún tipo de actividad que acelere tu corazón, lo menos posible. ¿De acuerdo?

Por unos momentos pensaba en Gerard, ya saben, habíamos comenzado a hacer eso y sí, se aceleraba mi ritmo cardíaco inevitablemente, claro que hasta ese momento solo había pasado un par de veces, pero bueno, tal vez debíamos comenzar a pensar en hacerlo menos aún.

Respiré hondo y contesté:

—Está bien doctor.

Rato más tarde, ya me encontraba en casa con Gerard haciéndome compañía en mi habitación, ambos estábamos en la cama acostados y abrazados.

—Oye, ¿me vas a decir alguna cosa? Desde que salimos del hospital casi no has dicho ni una palabra —me habló mientras acariciaba suavemente mi cabello.

—No hay mucho para decir, lo mismo de todas las semanas.

—Pero nunca estás así, tan callada. Te dijo algo muy grave, ¿no es cierto?

—No quiero contarte esas cosas a ti, el tiempo que esté contigo quiero pasarlo bien, no hablando de cosas que nos puedan poner tristes.

—Pero se nota que no estás bien, basta solo con ver tu cara y lo callada que estás.

Nos quedamos unos momentos sin decir nada. Lo miré a la cara y podía darme cuenta cómo por su mente seguramente pasaban un millón de preguntas. Así que tuve que decirle algo más que el doctor había hablado conmigo antes de salir de su oficina.

—Me van a internar, Gerard.

Él no contestó de inmediato, solo dejó de acariciar mi cabello.

—No ahora mismo pero en un par de semanas me deberán internar dependiendo de cómo evolucione. El doctor dice que aún estoy bien para la condición en la que me encuentro, que otros normalmente están peor, pero que tarde o temprano deberán hospitalizarme para poder tratarme mejor.

Y siguió sin decir nada, era obvio que la noticia lo había sorprendido, y no para bien, pero no podía escondérselo, lo tenía que saber para estar preparado.

Los días continuaron transcurriendo con normalidad, con Gerard no volvimos a tocar el tema de mi internación, nada más nos preocupamos por ir a cenar juntos, ir al cine, salir a caminar por la orilla del lago con nuestros amigos..., esas cosas, tratar de tener una vida normal lo mejor que se pudiera, intentando aparentar que se encontraba todo bien.

Creo que para ese momento con Gerard ya éramos novios sin siquiera habérselo planteado, nada más bastaba con pasar todo el día juntos y hasta dormir todas las noches en la misma cama, ya sea en la casa de él o en la mía.

Había llegado a ocurrir que tuviéramos relaciones sexuales un par de veces más, esta vez teniendo un poco más de cuidado de no acelerar mi corazón, aunque era un poco inevitable. Recuerdo que una noche, mientras lo hacíamos, cada tanto nos deteníamos debido a que Gerard veía como me costaba respirar en los momentos en los que gemía, siendo también una consecuencia de los nuevos medicamentos que me encontraba tomando.

—¿Te encuentras bien? —me preguntó estando sobre mí cubiertos con su sábana —¿Te duele algo? Si quieres me detengo.

—Sí, detente un poco, descansamos unos segundos —le pedí

—De acuerdo.

Él se hizo a un lado y se quedó allí mirándome con algo de preocupación.

Yo me senté en la cama enderezando mi torso para intentar acomodar mi diafragma y así conseguir un mejor ángulo para respirar, aunque de todos modos era algo difícil.

—Domi, será mejor que lo dejemos aquí. Yo no... Yo no puedo verte así, te estoy haciendo daño.

—Tranquilo, es solo una pausa, nada más.

Me daba cuenta de que él no lo estaba disfrutando para nada, noté que mientras lo hacíamos parecía querer tener cuidado o algo parecido, y así no lo podía disfrutar yo, no me causaba casi nada, al menos yo quería que él fuera un poco más "duro", pero era obvio que no se podía, ninguno de los dos la estaba pasando bien.

Pronto mi respiración se normalizó, y el ritmo cardíaco también, una vez que pude respirar hondo, nada más volví a recostar mi espalda y cabeza sobre la cama.

—¿Quieres seguir? —le pregunté.

—No contigo así.

Hice unos segundos de pausa antes de responder.

—Creo que yo tampoco. Me siento muy cansada, esos medicamentos dan asco, estoy fatal. Lo siento mucho.

—No tienes de qué preocuparte mi amor, solo quiero que estés bien, así dejen de pasar estas cosas entre nosotros dos.

Sonreí y entonces lo acaricié en el rostro.

—Pero yo no quiero que dejen de pasar. Me gusta porque es contigo con quien lo hago.

El me besó suavemente.

—Te amo, nena.

—Y yo a ti. ¿Sabes? Me encanta cuando me dices nena.

—¿Sí? Nena.

Le sonreí otra vez y le contesté:

—Eres un tonto.

—Nena.

—Ya basta —le dije riendo pero la verdad sin ganas de que se detuviera.

Comenzó entonces a morder mi oreja derecha, a pasarle la lengua lentamente y a decir suavemente sobre ella:

—Nena, eres hermosa.

Yo nada más cerraba los ojos y retorció mi cuerpo por las cosquillas que él me hacía sentir, era lo más encantador que había conocido, y no podía creer que lo estaba viviendo. Era un mundo totalmente nuevo.

Al día siguiente, habíamos acordado almorzar con Barry y Hannah los cuatro juntos en la casa del padre de Barry. Se nos había ocurrido organizar una parrillada para los cuatro en el patio de atrás, la idea era pasar el día allí y a la noche ver alguna película o algo.

Hannah y yo nos encontrábamos en la cocina de la casa rebanando tomates y algunas verduras mientras veíamos por la ventana como los chicos juntos se encargaban de controlar que la carne en la parrilla no se quemara.

—Oye —me habló Hannah -, ¿y?

—¿"Y" qué?

—¿Cómo van con Gerard? Desde que se la pasan juntos ya casi no me dices nada. ¿Ya son novios?

—Oh... eso, bueno.... No sabría decirte, supongo que sí.

—¿No te lo ha pedido?

—Es que..., no creo que sea necesario, ¿entiendes? Es decir..., no creo que tengamos que ponerle un título a lo que pasa entre nosotros.

—Comprendo. Y cuéntame, ¿han hecho otras cosas?

—¿Otras cosas? ¿Cómo qué?

—Domiana... Vamos... No te hagas. ¿Ya lo hicieron? Es que te ves diferente, los dos se ven diferentes.

Comencé a reír con algo de timidez. Resultaba que por más increíble que sonara, no le había contado nada en lo absoluto a Hannah sobre qué había perdido mi virginidad con Gerard. También le llegué a pedir a él que no le contara nada a Barry. No lo sé, por alguna razón quería contárselo cuando estuviéramos solas y fuera acorde. Era mi mejor amiga, pero ni aun así yo veía necesario que tuviera que saber todo sobre mí.

—¿Para qué quieres saber eso? —pregunté.

—Porque eres mi mejor amiga y nos contamos todo, ¿o acaso lo olvidaste? Yo siempre te cuento cómo van mis cosas con Barry.

—Pero porque tú quieres contarme, jamás te he preguntado si se acuestan.

—¡Ya, Domi!

—Está bien, está bien.... Sí, lo hemos hecho algunas veces.

—¿De verdad?! ¿Y? ¿Cómo fue? Cuenta, cuenta.

—Pues... Estuvo bien, me hizo sentir muy cómoda.

—¿Y no tuvieron dificultades con lo de tu corazón?

—La primera vez prácticamente no, no estuvo tan agitado, pero ya a partir de los siguientes días sí me costó un poco hacerlo, con el cambio de la medicación se hizo un poco cuesta arriba.

—¿Enserio? Entonces no hace mucho que están haciéndolo.

—No, apenas fue la semana pasada que comenzamos, y ya parece que será todo un tema seguir con eso si mi estado de salud continúa de este modo.

—Lo entiendo. ¿Y Gerard cómo se lo está tomando?

—Bueno... él es el que más entiende la situación, se preocupa mucho por mí y creo que si tenemos que quedarnos sin hacerlo, él lo aceptará sin dudarlo. Por momentos creo que soy yo la que tiene más ganas de tener sexo que él.

Nos comenzamos a reír juntas en ese momento.

—Estás hecha una zorra —me dijo.

—Oye..., si lo soy lo aprendí de ti. Pero, ¿sabes? Es hermoso tener a alguien como él, que me acompañe, que duerma conmigo, que me abrace... No lo sé, Gerard consigue que todo lo malo que sucede en mi vida pase más desapercibido, como si consiguiera ser esa luz entre tanta oscuridad.

Hannah en ese momento se me puso al lado y me abrazó mientras ambas mirábamos a los chicos por la ventana de la cocina.

—Lo mismo me pasa a mí con Barry.

—Nos merecemos esto, estar así de felices —hablé.

—Ya lo creo, Domi..., ya lo creo. Oye, ¿y qué sucedió con Candice? No la he vuelto a ver.

—Oh, se fue hace algunos días de vuelta a Nueva York. Creo que la vida en Phermonth le resultó muy tranquila.

—Mejor entonces, un problema menos.

Unos minutos después, Hannah y yo comenzamos a llevar las verduras rebanadas en bandejas y platos a la mesa que había en el patio de atrás de la casa, mientras que los chicos parecían tener algunos problemas para asar la carne.

Hannah una vez que dejó sus cosas sobre la mesa se fue de inmediato a ayudarlos, me hizo bastante gracia ver a Barry y Gerard discutiendo como dos niños echándose la culpa de a quién se le estaba quemando la comida y a quien no, y Hannah teniendo que ir a ayudarlos como si fuera su madre.

Me quedé ahí unos segundos observándolos, contenta de tener un pequeño grupo de amigos que me acompañaron en todo aquel verano, y que según mis pronósticos sería el último para mí, eran los mejores amigos que cualquiera podría tener.

Fue entonces cuando algo ocurrió, algo que ya había sentido antes, aquella puntada en mi corazón que me hizo de inmediato soltar las cosas que estaba sujetando, dejándolas caer sobre el pasto para llevar mis manos al pecho por el dolor que me estaba causando.

—Oh, no —me dije a mí misma.

Comencé a llamar a los demás:

—Chicos.

Pero no me oían.

-¡Ey! Chicos.

Seguían sin escucharme, me costaba bastante hablar en voz alta. Me sujeté de una de las sillas que estaban a un costado de la mesa pero fue inútil, no pude evitar perder control sobre mi cuerpo y desvanecerme en ese mismo lugar, cayendo en el suelo casi inconsciente. Creo que fue Hannah quien se dio cuenta de inmediato de mi desmayo y me socorrió, los chicos ni bien la escucharon

gritar y correr para ayudarme, dejaron a un lado lo que estaban haciendo para también venir a auxiliarme.

Pronto abrí los ojos y la escena se repetía otra vez, estaba en el hospital sobre una cama, con la nariz entubada, con suero entrando por mis venas del brazo izquierdo y con una túnica blanca en vez de mi ropa normal.

—No otra vez —susurré.

Estaba sola en aquella habitación, nada más miré hacia un sillón en el rincón y me percaté de que allí se encontraba el móvil de mi padre, como si se hubiera ido a alguna parte y no se percató de haberlo olvidado.

No tuve que esperar casi nada para que él apareciera y me viera con los ojos abiertos.

—Hija, despertaste. ¿Cómo te sientes? —me dijo poniéndose a un lado mío y tocando mi cabeza.

—Bien, creo, algo cansada —contesté -. ¿Hace cuánto que estoy aquí?

—A penas un día, fue ayer que te desmayaste y los chicos me avisaron. Se preocuparon mucho por ti.

—¿Y dónde están ahora?

—Les dije esta mañana que se podían ir a sus casas, te trajeron hasta aquí y pasaron toda la noche esperando noticias tuyas, casi no durmieron, así que ni bien los doctores dijeron que te estabilizaste y te dejaron en este cuarto les dije que fueran a casa a descansar un poco, que les avisaría ni bien despertaras.

—Deben estar preocupados.

—¿Quieres que los llame ahora?

—¿Qué hora es?

—Ya casi son las ocho de la noche, puede que ya estén despiertos, pero el horario de visitas terminó hace unas dos horas.

—Avísales, y que vengan mañana.

—De acuerdo, les enviaré un mensaje.

Papá comenzó a buscar su móvil dentro de los bolsillos y notó que no lo traía consigo.

—Está en el sofá, lo dejaste en el sofá.

Volteó a ver y de inmediato lo fue a buscar. En esos instantes el médico a cargo de mi caso, Red Tomblinson, entró en la habitación.

—Doctor, ¿sucedió algo? —le preguntó papá.

—Señor Rey, Domiana, les tengo noticias. Sabíamos que los últimos resultados no fueron alentadores, que la evolución del corazón fue más acelerada de lo que esperábamos y eso, pues..., lo mejor de ahora en más para ti, Domiana, es que permanezcas en el hospital internada.

—¿Qué?! —expresé algo alterada —Se suponía que eso sería más adelante.

—Lo sabemos, pero tú estado es incierto de momento, no podemos correr el riesgo de que sufras un desmayo nuevamente lejos de la atención médica. Las revisiones que te hicimos mientras dormías revelaron que tu corazón está muy delicado actualmente. Puede que los medicamentos que te dimos tuvieran un efecto secundario nocivo en tu ritmo cardíaco, tal vez tu organismo los esté rechazando así que debemos hacerte algunos estudios más.

En el momento no le dije nada, solo me quedé ahí poniendo mi peor cara en señal de que no me gusta nada la noticia de quedarme en el hospital hasta quién sabe cuándo.

—¿Y cuánto tiempo estaré aquí? —pregunté.

—Pues por ahora por tiempo indeterminado.

—Falta casi un mes para el comienzo del segundo semestre de las clases. ¿Podrá asistir? — consultó mi padre.

—No sabría decirle eso ahora mismo señor Rey, la verdad es que de momento estamos en un bolillero y no sabemos qué podrá salir de todo esto. Es cuestión de suerte o de que se dé algún milagro. Si las clases comenzaran esta semana, Domiana no podría ir, no en esta condición. Si permanece aquí la atención médica será inmediata en caso de cualquier cosa, puede que no resistas otro desmayo.

Papá y yo nos miramos a los ojos con preocupación, aunque la verdad al ser una mala noticia tras la otra con respecto a mi salud, creo que ya nos estábamos acostumbrando.

—Lo siento mucho, Domi, pero te prometo que aquí recibirás la mejor atención, las veinticuatro horas del día.

—Está bien, Doc, muchas gracias —contesté.

—De nada. Bueno..., debo retirarme, los dejo solos.

—De acuerdo —dijo papá.

El doctor entonces se retiró de la habitación.

Papá se acercó a mí cama y me tomó de la mano, nos miramos unos segundos y dije:

—Parece que no volveré a casa.

Papá respiró hondo y respondió luego de unos instantes:

—No por ahora hija, pero si es por tu bien...

—Sí, eso espero.

Él no se veía bien, en su rostro se notaba la angustia y las pocas ganas de conversar.

—Papá, ¿me das un abrazo?

Entonces solo me observó con sus ojos tristes.

—Ven papá.

Y sin decir nada se me acercó, se sentó en la cama junto a mí y me abrazó con todas sus fuerza.

—¿Aún tienes ese perfume? ¿Cómo haces para que te dure tanto? —le pregunté de manera chistosa para que se riera y saliera unos pocos momentos de la angustia.

—Es el que me diste en mi cumpleaños —contestó.

Entonces sonreí y dije:

—Lo supuse. Te amo mucho, papá.

—Y yo a ti hija mía, yo a ti, muchísimo.

Esa misma noche, más tarde, ya estando el hospital en silencio, yo estaba con mi móvil hablando con Gerard a través de una llamada mientras que papá se había ido a la cafetería por algo de comer.

—¿Y cómo estás, nena? —me preguntó.

—No lo sé, algo aburrida, con ganas de irme de aquí. A penas hoy me internaron y ya quiero salir de este lugar. Te extraño.

—Yo también te extraño, prometo pasar por ahí mañana a primera hora para estar contigo, ¿qué te parece?

—De acuerdo.

—Y, oye, mejor que estés ahí el tiempo que sea necesario si es por tu bien. Con los chicos pensamos en ir todos los días para que se te haga un poco más llevadero.

—Pero cuando comiencen las clases no podrán venir siempre, tendrán tarea y esas cosas, y yo no sé si pueda asistir al instituto.

—No te preocupes, yo trataré de ir siempre así tenga que estudiar contigo y hacer la tarea en

el hospital. Por nada del mundo te dejaré de ver, ni un solo día, lo prometo.

—Te amo demasiado, Gerard.

—Yo te amo mucho más, Domi.

Amaba tenerlo, amaba todo lo que hablábamos. La sensación que causaba en mí, como cosquillas que recorría todo mi cuerpo, conseguía hacerme olvidar todos los problemas y mi vida, por más difícil e incierta que fuera, parecía ser más fácil en su compañía. Supongo que de verdad podía llamar a eso amor.

Al día siguiente y siendo pleno medio día, yo me encontraba con Gerard en el patio del hospital, ambos sentados en una banca a la sombra de uno de los tantos árboles que allí había. No estábamos del todo solos, las personas que podían salir de sus habitaciones como yo, estaban ahí también paseando un poco o respirando aire fresco con familiares y amigos que los iban a visitar.

Gerard se había comprado algo de comer en la cafetería del hospital para el almuerzo, me había ofrecido pero esas cosas ya no las podía comer por más deliciosas que me resultaran.

Se me olvidaba mencionar otro detalle, mientras me paseara por el hospital, sin importar a dónde fuera, siempre tenía que llevar conmigo un pequeño concentrador de oxígeno portátil, el cual podía tener en un estuche que funcionaba como bolso, era muy liviano y me ayudaba a poder recorrer el lugar a mi gusto. El mismo iba conectado a un tubo transparente que sujetado a mis orejas entraba a mis fosas nasales para darme el aire que necesitaba, dicho concentrador remplazaba al tanque fijo de oxígeno que utilizaba cuando estaba en cama, sin eso..., tenía prohibido salir de mi habitación.

—Se me hace muy difícil verte con esa cosa metida en la nariz, ¿sabes? —dijo él en una de las pausas que hizo mientras comía.

—Lo sé. Me resulta demasiado incómodo, me costará acostumbrarme.

—Oye, igual te sigues viendo muy linda.

—Ya, no inventes, me la paso con ropa de hospital y ya no me arreglo tanto, apenas me puedo peinar y de maquillaje ni hablemos, sin mencionar que no me acostumbro a dormir en una cama que no sea la mía, así que tengo algo de insomnio, de ahí estas ojeras horribles.

—Así me gustas más.

Entonces acercó su rostro al mío y comenzó a besarme en el cuello.

—Ey, basta, que papá nos puede ver —hablé pidiendo que se detuviera aunque me encantaba que lo hiciera, me volvía loca.

Luego de los besos me abrazó, con fuerza, mientras acariciaba mi mejilla con la suya.

—Te amo linda. Eres todo para mí. ¿Lo sabías? —pronunció en mi oído suavemente casi con un tenue tono de lamento.

Yo de inmediato no respondí, solo me quedé allí pensando por unos breves momentos y sabiendo que lo amargaba muchísimo lo que estaba sucediendo conmigo, así que intentando que se le pasara un poco le comencé a dar algunos besos en distintos lugares de su cara.

—Yo te amo más, mi vida.

Noté entonces que un par de lágrimas brotaron de sus ojos cerrados.

—No quiero perderte nena, yo no sé qué voy a hacer sin ti. No creo que pueda sin ti —dijo esta vez con la voz quebrada y con la cabeza agachada.

Me destruyó verlo así, tan frágil, angustiada y asustado, con esa mirada perdida e irritada una vez que abrió sus párpados mojados.

—Tranquilo, todo estará bien —lo intenté calmar todavía dándole besos en su rostro, esta vez sintiendo el gusto salado de sus lágrimas en mis labios.

—Todo estará bien —continué.

La verdad era que no sabía cómo resultarían las cosas, pero en mí existía el deseo de que todo saliera bien para que la gente a mi alrededor ya no sufriera, Gerard, papá, Hannah.... Sentía que si mi enfermedad me vencía, sus vidas se desmoronarían, y vaya uno a saber qué decisiones podrían llegar a tomar luego de que yo no estuviera para acabar con su angustia, no se imaginan lo mucho que eso me aterraba, me preocupaba por la vida de los demás más que por la mía.

—Ya no llores, ¿sí? Te lo pido.

—No lo puedo evitar, Domi, lo siento.

—Se lo dije a Hannah hace tiempo y ahora te lo digo a ti, necesito que seas fuerte, si quieres ayudarme debes ser fuerte. Si lloras ¿cómo crees que yo me quedaré? ¿Cómo piensas que la pasaré? ¿Contenta? ¿Alegre? No. Estaré preocupada.

Él no respondía nada en lo absoluto. Esperaba que me dijera algo, pero solo se quedó ahí con la cabeza agachada y los ojos cerrados. Así que ya no insistí y solo atiné a darle un abrazo colocando su frente sobre mi hombro derecho mientras acariciaba su cabello. Y así nos quedamos un buen rato.

Una semana pasó y algo que podía cambiar de un día para el otro el rumbo de las cosas ocurrió. Cinco jóvenes, dos chicos y tres chicas, iban dentro de un auto a toda velocidad por la carretera en el bosque a las afueras de Phermonth. Era una madrugada lluviosa y aquellos chicos venían de una fiesta. A las 01:27 AM de ese sábado tormentos fue cuando decidieron subirse al auto y partir rumbo a la casa de uno de ellos. Venían tomando alcohol durante el recorrido, riéndose bastante y prestando poca atención al tránsito. Cuando ya llevaron unos 15 minutos de viaje, a eso de las 01:42 AM aproximadamente, el conductor del auto, un muchacho de tan solo 18 años, perdió el dominio del volante tras no disminuir la velocidad en una curva bastante cerrada. Como resultado, el auto se salió de camino quedando totalmente destrozado por la cantidad de giros espectaculares que dio al volcar.

Casi veinte minutos después, cerca de las 02:02 AM, una camioneta pasó por el lugar del accidente y el chofer se percató del siniestro, así que no lo pensó dos veces y ni bien detuvo la marcha, bajó del vehículo para ver si habían sobrevivientes y con su móvil llamó al 911. A las 02:30 AM los cinco jóvenes llegaron al hospital estatal de Phermonth con graves lesiones, múltiples fracturas y pérdida de conocimiento.

De inmediato, tras identificarlos, los doctores se pusieron en contacto con sus respectivas familias. Fue entonces cuando surgieron tres noticias, dos malas y una buena, la mala era que una de las chicas accidentadas ya había ingresado a urgencia con muerte cerebral por los fuertes golpes en la cabeza, nada se podía hacer, era cuestión de minutos o tal vez de horas para que ocurriera su descenso oficial. La buena, al menos para mí, fue que esa chica era B- , mi mismo tipo de sangre, lo que significaba que por fin había aparecido un corazón, solo existía un problema, y es ahí donde aparece la otra mala noticia.

—La chica que ingresó al hospital en las últimas horas es menor de edad —nos informó el doctor Tomblinson en mi habitación -, pese a que su corazón es perfecto para ti, Domiana, no podemos quitárselo así sin más sin el consentimiento de sus padres luego de la muerte.

Mi padre, Gerard y Sarah, estaban presentes escuchando la noticia junto a mí. En el fondo, por más crudo que sonara, creo que todos estábamos felices, como si una luz de esperanza hubiera surgido de repente, aunque por las caras de todos era evidente que no sería algo fácil, el obvio estado de shock y dolor en el que se debían encontrar los padres de esa chica, podía repercutir en la decisión de donar o no su corazón.

No podía pedirles que pensarán con la mente en frío para que me dieran la oportunidad de vivir, era su hija, a quien tuvieron a su lado desde su nacimiento, a quien vieron crecer, madurar, aprender, equivocarse y que en aquel momento tenía las horas contadas, tenía que entender si decían que no.

Su cerebro ya no servía. En el extremo caso de mantenerla viva, nada más sería un cuerpo conectado a un respirador, sería prácticamente un vegetal. Con esas cosas obviamente cruzando por sus mentes, y seguro que muchas más, se me hacía muy difícil creer que autorizaran el trasplante, aunque nada estaba dicho aún, cualquier cosa podía suceder.

—Voy a ser sincero con ustedes —continuó el doctor -, muy rara vez he visto a padres, con hijos recién fallecidos, acceder a que estos sean donantes, no les da la cabeza para soportar que les retiren los órganos. Les digo esto para que no se hagan falsas ilusiones por algo cuyas posibilidades de que ocurra son muy bajas, tienen que aguardar lo peor.

—¿Y cómo lo haremos? —pregunté —¿Quién irá a hablar con ellos?

—Tenía pensado hablarles sobre ti y contarles tu situación, y tal vez para lograr convencerlos, llevarte con ellos para que puedan conversar. Están destrozados ambos padres porque saben las condiciones en las que está su hija, sin mencionar que ya se ven venir lo peor, pero es posible hacer el intento —contestó el doctor —Si están de acuerdo puedo comunicarme con ellos lo antes posible, ¿está bien?

—Está bien —respondimos mi padre y yo.

El doctor se retiró entonces pidiendo permiso y dejándonos a los cuatro solos en la habitación.

—Vaya, que fuerte todo esto —habló Gerard tomando mi mano -, hay un corazón tan cerca pero es muy difícil de conseguir...

—Lo sé —contestó papá -, pero no es imposible. Ahora hay que hacer todo lo que esté al alcance para conseguir ese corazón. Espero que, a pesar del dolor de esos padres, lo consideren y nos puedan ayudar.

—Ojalá todo salga bien —agregó Sarah.

Entonces ella puso una de sus manos en su estómago y la otra en su boca.

—Sarah, ¿te encuentras bien? —pregunté y luego mi padre volteó a verla.

—Sí, estoy bien —respondió -, solo con alguna mareos, es todo. Será mejor que vaya al baño, enseguida vuelvo.

Se levantó de su silla y con algo de prisa se marchó. Todos nos quedamos viendo entonces, al menos yo comencé a sospechar que algo raro ocurría con ella, hacía varios días que no la veía muy bien a la novia de papá.

Pasadas un par de horas, los padres de la muchacha accedieron a una charla únicamente con mi padre, el doctor y yo, claro que era de suponerse que ellos no estaban tan al tanto de mi caso, la idea era que yo lo hablara al momento de verlos.

Me levanté de la cama para luego sentarme en una silla de ruedas con la que me llevarían a hablar con el señor y la señora Stuart, los padres de Lana, la chica accidentada.

Gerard fue quien me llevó por los pasillos del hospital hasta la sala donde estaban los padres de Lana, una vez en la entrada, solo pude ingresar con papá y él doctor.

—Espérame aquí, ¿de acuerdo? —le hablé a mi novio.

—De acuerdo, cariño, aquí estaré —respondió.

No estaría solo, Sarah lo acompañaría el tiempo que nosotros estuviéramos allí dentro. A partir de ahí fue papá quien me llevaría. El doctor abrió la puerta de la sala y entramos, una vez ahí pude ver y conocer a los Stuart. No sabría cómo describir sus caras ni bien los tuve en frente,

desbordados de angustia, de dolor, sus ojos muy irritados, seguro de tanto llorar y su preocupación por el destino de su hija.

—Domiana, Steven... ellos son Gloria y Howard Stuart, son los padres de Lana —nos presentó el doctor una vez todos juntos.

—Buenas tardes, ¿cómo están? —los saludé.

—Encantado —habló papá dándose la mano con ambos padres quienes se pusieron de pie para saludar.

—Muy bien —dijo el doctor -, va a ser mejor que nos sentemos, tenemos algo delicado que conversar.

Luego de que todos se acomodaron, el doctor comenzó a dar los motivos de aquella reunión.

—¿Qué es lo que pasa? —preguntó Howard —¿Qué hacemos aquí?

—Es para hablar sobre su hija señor Stuart —contestó Tomblinson.

—¿Qué? ¿Qué hay con nuestra hija ahora? —interrumpió Gloria.

—Bueno..., no voy a profundizar mucho con el tema, ¿de acuerdo? Llevo muchos años trabajando de esto y no es la primera vez que me toca pasar por algo de este estilo, así que sepan entender si soy demasiado frontal con ustedes.

Howard y Gloria se tomaron de la mano entonces y con algo de terror en sus rostros, afrontaron lo que el médico les tenía que decir, así que él continuó.

—El estado de su hija no es para nada el mejor y ya lo saben, el estado vegetativo en el que se encuentra es irreversible. Si logra permanecer con vida será gracias a una máquina que la hará respirar. El hecho de que su cerebro ya no funcione da muy pocas esperanzas de que el cuerpo sobreviva.

—Por favor, vaya al grano doctor —interrumpió Gloria casi sin poder seguir escuchando todo lo que el decían.

—De acuerdo. Su hija es B-, el mismo tipo de sangre que Domiana, ella hace unos meses que está aguardando un trasplante de corazón que le puede salvar la vida, no le queda mucho tiempo. Lana puede ser su única esperanza, y tal vez la última para continuar con vida, y el corazón de su hija es perfecto, está sano, es del mismo tipo de sangre... Lana es un donante perfecto. Lo que venimos a pedirles es que..., sepan disculparme, al momento del deceso de su hija podamos extraerle el órgano que necesitamos para dárselo a Domiana.

No pudieron soportar lo que Tomblinson les estaba planteando, comenzaron a frotarse los ojos como si estuvieran a punto de soltar el llanto otra vez pero tratando de contener las ganas.

—Acaba de decir que Lana tenía posibilidad de sobrevivir si se mantenía conectada, ¿no es así? ¿Está tan seguro de que va a morir? —dijo Howard con algo de indignación.

—Lo sé señor Stuart, comprendo su dolor, pero entienda... ¿Qué clase de vida va a ser esa para su hija si llega a sobrevivir? Jamás volverá a hablar, a caminar, a reír, ni nada. Por más que ustedes le hablen, ella nunca más los va a volver a escuchar, si respira es porque hay una máquina que lo hace por ella. Pero imaginen cuán noble sería que una parte de su hija estuviera aún con vida en el cuerpo de otra persona, alguien cuya vida se salvara gracias a ese trasplante.

—O imaginen si fuera su hija la que estuviera en mí situación —interrumpí dejando salir lo primero que se me vino a la mente -. Lana está internada aquí también, y sé que está en una condición mucho peor que la mía pero..., imaginen si para salvarla nada más le hiciera falta un riñón, el hígado o el corazón para volver a casa con ustedes, nada más que eso, un trasplante y ya... ¿Ustedes qué harían? ¿Y cómo serían las cosas si por fin apareciera el órgano que necesita para continuar con su vida?

Más ellos no contestaban, así que continué.

—El hecho de que lo que le está pasando a su hija me pueda beneficiar no me alegra, no me sube el ánimo que una adolescente con toda una vida por delante tenga que morir para que yo pueda vivir, pero...

Y no pude evitarlo pero las lágrimas comenzaron a brotar de mis ojos sin control.

—Es mi única esperanza. Ni quiero morir. Tengo mucho miedo.

Papá entonces me abrazó y también llorando comenzó a besarme en la cabeza.

—Por favor —siguió mi padre -, se los pido de padre a padre. ¿Qué harían ustedes? Sé que es duro y sé que no estoy lejos de entender lo que es perder a un hijo, pero por favor, su hija puede ser la única salvación para la mía. Se los ruego.

Ellos nos observaban sin decir nada, tal vez entendiendo nuestra necesidad pero seguramente demasiado indecisos sobre qué responder. Fue entonces cuando Gloria le soltó la mano a su esposo, se puso de pie y dando a penas unos pocos pasos, se colocó delante de mí para arrodillarse, tomar mi mano con las suyas y decir:

—Domiana... yo...

Pero entonces algo ocurrió que interrumpió definitivamente aquella reunión, un enfermero abrió con apuro la puerta de la sala y con algo de desespero llamó al doctor.

—¡Doctor Tomblinson! ¡Lo necesitamos urgente en la sala 4! Es la joven que ingresó esta madrugada, sus signos vitales no están respondiendo.

—Por Dios, es Lana —pronunció Howard.

Él y su esposa se levantaron y fueron tras el doctor quien también, al momento de recibir la noticia, se levantó de su lugar y como bólido salió corriendo hacia donde se le requería. Papá no lo pensó dos veces, también se puso de pie y de inmediato sujetó mi silla de ruedas y me sacó de aquella sala para seguir al doctor.

—¿Qué sucedió? —preguntó Gerard una vez que nos vio fuera, y sin entender nada al igual que Sarah, vinieron con nosotros.

Luego de correr por los pasillos del hospital, llegamos al hala donde estaba la sala 4. Se podía ver hacia dentro de la habitación a través de un gran ventanal, allí nos detuvimos todos para observar como la paciente se encontraba siendo atendida por varios enfermeros y el doctor Tomblinson. Los padres de Lana no tenían permitido ingresar.

—¿Qué fue lo que sucedió? —preguntó el doctor una vez dentro.

—Su ritmo cardíaco se detuvo —contestó una enfermera.

—¿Le aplicaron ejercicios de reanimación?

—Sí, señor, pero nada.

—Bien, apliquemos electro shock ahora mismo —ordenó -. ¡Ya! ¡Ya! ¡Ya!

Fue ahí cuando los enfermeros acercaron un desfibrilador que había en un rincón de la misma habitación.

—Bien, háganlo ya —dijo el doctor.

Liberaron la zona del pecho de Lana y con las palas del desfibrilador en contacto con su piel intentaron reanimarla.

—Cargando. ¡Despejen! —habló el enfermero que le aplicó la corriente al corazón de Lana para que volviera a latir.

Pero nada, los signos vitales de ella seguían igual.

Sus padres afuera veían lo que sucedía y se abrazaban mientras rezaban para que se salvara.

—¡Doctor no tenemos pulso!

—¡Otra vez! —ordenó.

—Cargando. ¡Despejen! —repitió nuevamente el enfermero pasando por el cuerpo de Lana cerca de 2500 voltios de electricidad.

—¡Sigue sin pulso!

—¡Continúen y suban el voltaje a 3000, quiero escuchar ese corazón latiendo!

Tomblinson luego de eso dio media vuelta y vio como los padres de Lana observaban desde afuera lo que pasaba. Al percatarse de la escena le dijo a uno de los enfermeros:

—¡Tapen esa ventana con las cortinas ya mismo!

Lo obedecieron y rápidamente las oscuras cortinas nos impidieron seguir viendo lo que sucedía allí dentro, apenas se podían distinguir algunas siluetas moviéndose de un lado a otro, pero nada nítido.

Los Stuart entonces se abrazaron con más fuerza mientras lloraban desesperados, era imposible no sentir empatía con ellos, su nivel de aflicción a la vista era tal que no conseguía ni pensar en qué pasaría a partir de ahí con el corazón de su hija, sentía que sería demasiado descaro pedirles que me ayudaran con mi problema luego de verlos en ese estado.

Permanecimos fuera unos cuantos minutos hasta que por fin el doctor Tomblinson salió de la habitación, y por lo que se veía en las caras de los que estuvieron ahí dentro, el desenlace no fue el mejor.

—¡Doctor! ¡¿Qué pasó con nuestra hija?! —preguntó con muchísimo temor Gloria aferrada a su esposo.

—Hicimos todo lo que pudimos pero..., no se pudo hacer nada. Lo siento mucho.

—No, no, no. Es mentira. Mi hija no puede haber... Mi hija no... —se negaba Howard comenzando a desesperarse mientras que su mujer estaba atónita.

—¡¡NOOOO!! ¡¡NOOOOOO!! —gritó Gloria de pronto arrojándose al piso y agarrándose la cabeza —¡¡NO MI HIJA!! ¡¡NO MI HIJAAA!! ¡¡LANAAAAA!! ¡¡LANAAAAAAA!!

Podía oírse desde todo el hospital. Sus gritos desgarradores dejaban ver cuán dolorosa le estaba siendo la muerte de su hija. Con solo ver esa escena pude darme cuenta de que nadie, por más fuerte que sea, está preparado para la muerte de un hijo. Fue ahí cuando me percaté de lo que viviría mi padre en el momento en que me tocara a mí, y con solo pensarlo me angustiaba.

—Domí, será mejor que volvamos a tu habitación —dijo papá.

No le contesté de inmediato. Me quedé allí observando a los Stuart totalmente destruidos por su pérdida.

—Domiana... —insistió.

—Sí, papá, volvamos.

Y tomando las manijas de mi silla me sacó de ahí dejando a nuestras espaldas a los padres de Lana que seguían desconsolados. Nada más atiné a verlos por última vez volteando la mirada mientras nos alejábamos del lugar. No se imaginan el impacto que deja ver una situación así, te hace notar lo frágil que es la vida y de que de un momento para el otro, la vida que tenías y que creías que sería así por mucho, puede cambiar repentinamente sin aviso.

Capítulo Siete

Con el pasar de las horas se hizo de noche y todos nos encontrábamos bastante dolidos e impactados por lo que habíamos visto rato atrás, la tristeza se notaba en nuestras caras, pero a la vez no podíamos evitar estar todos aguardando a saber qué era lo que sucedería con el corazón, aunque nadie lo mencionaba.

Mi padre y Sarah, llegado un momento, se fueron juntos a la cafetería para comer algo en lo que aguardaban, mientras que Gerard y yo nos quedamos solos en la habitación.

—¡Ey! —me dijo él estando junto a mí y al verme mirar hacia la ventana sin decir nada -, ¿en qué piensas?

Volteé a verlo y respondí:

—Nada importante.

—¿No quieres decirme?

Lo miré sin contestar y comencé en ese instante a acariciar su rostro cansado.

—Gracias por estar conmigo —le dije.

Gerard tomó mi mano y comenzó a besarla en reiteradas ocasiones.

—Te amo, Domi.

—Yo a ti, mi amor.

De pronto una voz nos sorprendió entrando en la habitación.

-¡Ey! Chicos.

—Doctor, ¿qué sucede? —pregunté ni bien vi de quién se trataba.

—¿En dónde está tu papá?

—Fue a la cafetería, ¿por qué? ¿Hay noticias?

—Sí, Domiana, hay noticias, necesito hablar con él y contigo, juntos.

—Sí quieren yo puedo ir a buscarlo —se ofreció Gerard.

—¿Podrías hacernos ese favor? —preguntó el doctor.

—Seguro.

—De acuerdo, ve a buscarlo y tráelo de prisa.

Gerard se levantó de inmediato y a paso veloz se fue en busca de papá.

—¿Y cómo te sientes, Domiana? —me consultó una vez que nos quedamos a solas.

—Demasiado cansada.

—Sí, entiendo.

—¿Qué sucede doctor? ¿Qué pasó con el corazón de Lana?

No me respondió, tan solo se dispuso a quedarme mirando con un gesto en su rostro que no me indicaba nada positivo, en sus ojos parecía estar la clara noticia que venía a darme, así que preferí no preguntar más nada luego de eso.

La cafetería no estaba tan lejos de mi habitación, no más un piso abajo, así que Gerard con mi padre y Sarah aparecieron rápido.

—Doctor, ¿qué pasó? ¿Alguna novedad? —dijo papá ni bien apareció.

—Así es, y detesto decirles esto pero no son positivas. Los Stuart no accedieron al trasplante después de lo que ocurrió hoy.

Papá entonces se sentó en una de las sillas tomando su cabeza con las manos en señal de

desespero.

—Traté de convencerlos pero fue inútil, su depresión era tan fuerte que se negaron totalmente. Lo siento mucho.

Tomblinson intentaba mantener su tono un poco frío, al menos yo lo entendía, tantos años dando malas noticias a tantas personas que su corazón acabó por endurecerse, aunque se notaba en su mirada que por dentro se encontraba muy afligido, seguramente dolido por ser el encargado de un vida que se le estaba yendo de las manos y sin poder hacer nada.

—Gracias, doctor —tuve que decir.

—Lo siento mucho, de verdad. Voy a dejarlos solos, con permiso —fue lo último que dijo antes de retirarse y dejándonos a los cuatro solos tratando de digerir la mala noticia.

—No puede ser —protestó Gerard con odio mezclado con dolor y desesperación -. No puede terminar así nada más. Tiene que haber algo que se pueda hacer, cualquier cosa, lo que sea.

Parecía estar en un estado de negociación consigo mismo para encontrar una solución por más difícil que fuera. Yo por otro lado solo atiné a cerrar los ojos sin decir nada, lo único que hice fue quedarme ahí aceptando lo que estaba ocurriendo.

—No es justo, está tan cerca... —continuó —Tenemos que ir y hablar con ellos, tal vez si somos nosotros los que conversemos con los Stuart podamos conseguir que autoricen el trasplante.

—Gerard, cariño —le hablé extendiéndole mi mano para que se me acercara y se calmara -, tranquilo, ¿sí? Ya está, ya no hay nada que hacer.

—No digas eso, Domiana, no lo digas.

—Escucha, yo ya lo acepté. No quiero morir, ¿sabes? Pero si llegó mi momento entonces lo deberé aceptar. Tal vez esto tenga que ser así.

—¿Pero qué dices? ¿No te das cuenta de lo egoísta que te escuchas? ¿A caso no imaginas cómo estaremos nosotros en el momento en que no estés? Y a eso súmale que apareció un corazón perfecto para ti, un corazón que te puede ayudar a continuar con tu vida, pero que a pesar de lo cerca que estuvo, no lo pudimos conseguir. ¿Te imaginas la impotencia que nos causa eso? Domiana..., yo no sé qué voy a hacer sin ti, no sé qué sentido tendrá mi vida, no tienes idea de lo enamorado que estoy de ti y de los deseos de tener una vida junto contigo. No quiero perderte... No podría vivir en un mundo sin ti.

El nudo en la garganta que me generaron sus palabras me dolía demasiado, no quería soltar el llanto, tal vez a pesar de mi condición no quería mostrarme débil, pero no lo podía resistir.

—Cariño... —le dije -, tú no me vas a perder, nunca ¿Me oíste? Ya no digas más esas cosas, te lo pido..., porque me duele. Ven... abrázame.

Por unos instantes Gerard se quedó allí mirándome como si no supiera que más decir y con los ojos angustiados.

—Ven por favor —insistí extendiéndole mis brazos.

Y finalmente lo hizo, se acercó a mí y me abrazó con todas sus fuerzas.

—Papá, ven, tú también —lo llamé sin soltar a Gerard.

Él se puso de pie y sin pensarlo dos veces se nos acercó para abrazarnos a los dos. Sarah por momentos se quedó ahí observándonos a los tres, así que haciendo a un lado cualquier diferencia que hubiéramos tenido le dije:

—Sarah, tú también, ven. Eres parte de nuestra familia.

Y entonces ella se acercó para aferrarse a nosotros.

—Necesito que sean fuertes, ¿me entendieron? —les pedí —No hay nada que me haría más feliz que ustedes continúen con sus vidas. Tal vez les pido mucho pero..., no quiero que decaigan,

quiero que sigan adelante, eso es lo que más deseo, que sin importar el tamaño de la adversidad que se les presente, ustedes le pondrán el pecho a las balas y mantendrán la frente en alto. Prométanme que lo harán.

Unas horas transcurrieron y ya era de madrugada. Por mí ventana y sin poder dormir, yo miraba sentada en la cama las casas del pueblo y pensaba que no faltaba mucho para que viera a Phermonth por última vez. Las luces de la habitación se encontraban apagadas, apenas se veía un resplandor entrando por el fino espacio de la puerta sin cerrar que daba hacia el pasillo.

Papá y Gerard dormían en los sillones de la habitación, ambos se veían muy agotados, la única que faltaba ahí era Sarah, que había dicho que pasaría por la cafetería un rato pero jamás volvió. Fue entonces cuando, intentando hacer el mínimo ruido, me levanté llevando mi concentrador de oxígeno por el hospital rumbo al piso de abajo en búsqueda de mi madrastra.

Llegué en cuestión de no más de 2 o 3 minutos a la cafetería. No había prácticamente nadie, salvo un limpiador, un par de vendedores que atendían el lugar en el turno de la noche y algunas personas sentadas en las mesas comiendo algo para soportar la madrugada; entre ellas estaba Sarah, sola y tomando una taza de café con sus dos manos. Me acerqué a ella desde sus espaldas y al llegar le toqué su hombro suavemente, ella volteó a ver y dijo:

—Domiana, ¿qué haces aquí?

—No consigo dormir —respondí -. ¿Puedo acompañarte?

—Seguro, siéntate.

Ella dejó rápidamente la taza en la mesa y movió una silla que allí había para que yo me sentara.

—Gracias.

Y me quedé a su lado.

—¿Qué haces aquí sola? —pregunté.

—Tampoco podía dormir.

—Ya veo. ¿Sabes? Te he notado algo diferente estas últimas dos o tres semanas. Te ves..., nerviosa.

—Es que me afecta mucho lo que está pasando contigo, me preocupas mucho, y tu padre está muy desanimado, más aún después de lo de hoy.

—¿Segura que es solo eso?

—Sí. ¿Por qué preguntas?

—Es que.... no lo sé. Tal vez sea solo impresión mía.

Y entonces, casi de inmediato, Sarah puso una de sus manos sobre su boca para tapanla, se levantó y se fue corriendo a los baños, los cuales estaban saliendo por un pasillo de la cafetería hasta el fondo.

—¿Sarah? ¡Sarah!, ¿estás bien? —le consulté pero no llegó a responder.

Fui tras ella lo más rápido que pude, entré al baño poco después que Sarah y una vez ahí noté que se encontraba en uno de los cubículos vomitando.

Una vez que se sintió un poco mejor, se levantó del suelo y se dispuso a limpiarse las manos y boca en uno de los lavaderos.

—Sarah...

Me encontraba a sus espaldas, viéndole su rostro a través del reflejo del gran espejo que había en la pared.

—Estoy embarazada, Domiana. Estoy embarazada de tu padre.

—¿Qué? —dije entonces faltándome un poco el aire por la emoción, y sin saber exactamente

qué sentir, si felicidad, miedo o qué otra cosa.

—Tendrás un hermano.

Me acerqué a Sarah y me coloqué a su lado para que volteara y me viera fijo a los ojos.

—¿Un hermano? ¿Van a tener un bebé? Pero... ¿cómo? ¿De cuánto tiempo estás?

—Cerca de cuatro o cinco semanas. Pero tu padre no sabe nada.

Extendí mis brazos con mucha emoción para tocar suavemente su vientre y decir:

—¿Y cuándo se lo dirás? Tiene que saber que esperan un hijo. No te imaginas cuánto lo emocionará, cuán feliz lo hará saber que tendrá un bebé, tiene que saberlo.

—Tarde o temprano lo sabrá, lo sabrán todos, pero está tan atento a ti, y no digo que esté mal, pero quizá no sea buena idea saber que tendrá otro hijo mientras ve lo que pasa contigo. Siento miedo de decirle.

—¿De qué hablas Sarah? Esto es lo que papá necesita. Yo lo conozco, esto lo animará, le dará sentido a su vida, será como una luz de esperanza, un propósito para continuar. Créeme cuando te digo que esto lo hará levantar la cabeza. Si yo muero Sarah, si yo muero..., este bebé y tú serán todo lo que él tenga. Yo tenía mucho miedo de cómo sería la vida de papá si yo no salgo de esta, pero por este hijo, él comenzará de vuelta algo nuevo. Así que por favor, díselo lo antes posible.

Sarah comenzó a llorar y a limpiar sus lágrimas con la yema de sus dedos.

—Amo mucho a tu padre, creo que jamás había creído tanto en el amor sino hasta que lo conocí, y sé que jamás tomaré el lugar de tu madre, Domiana, lo sé muy bien, pero estar esperando un hijo de él me hace muy feliz, solo que esta no es la situación en la que esperaba tener mi primer embarazo.

—Con más razón entonces Sarah. Ese bebé era lo que necesitábamos, lo que necesitan tú y mi papá. Sé que hemos tenido muchas diferencias, y que no te he tratado de la mejor manera por pensar que papá te conoció en poco tiempo luego de la muerte de mamá, ¿pero sabes? Te agradezco por estar aquí y ahora, y por esta noticia, este bebé los salvará a los dos, ya lo verás.

Nos miramos fijo a los ojos por unos instantes y con todas las fuerzas del mundo nos abrazamos.

—Gracias, Sarah.

—No, Domi, gracias a ti.

Luego de eso Sarah y yo no dormimos, nos habíamos quedado toda la madrugada conversando en la cafetería de muchísimas cosas, haciendo las pases, riéndonos un poco, pensando en nombres para mí hermano o hermana, tratando de que todo fuera positivo, aunque para ser honesta, en el fondo yo sabía que existía una inmensa posibilidad de que jamás conocería a ese bebé, de que tal vez no lo vería nacer. Pero sin importar cómo terminaran las cosas, me hacía inmensamente feliz saber que un nuevo ciclo comenzaba. Mientras unos nos vamos y devolvemos eso que se nos fue prestado, otros vienen a continuar el recorrido donde los anteriores se quedaron. Así es la vida, siempre existe, solo que se pasa de unos a otros.

Ni bien salió el sol, con Sarah volvimos a la habitación juntas para informarle a papá la novedad, no se imaginan cuánto lo emocionó la noticia, lloró desconsoladamente de alegría, como si no pudiera creerlo.

Sabía que ahora podía irme más tranquila. Por más frío que suene de mi parte, papá perdería a un hijo, pero ganaría otro, otro con el cual volver a comenzar. Estaba segura de que mamá, si nos estaba viendo, estaba igual de feliz que todos nosotros.

Pasaron seis semanas, mi estado de salud ya estaba muy deteriorado, ahora sí estaba todo más que grave conmigo. No podía levantarme de la cama, apenas unas dos a tres horas del día estaba

despierta, no soportaba el tener que pasármela durmiendo, estaba más que harta de estar acostada, tenía ganas de salir al menos al patio del hospital, sin mencionar que me volvía loca el hecho de que me tuvieran que cambiar, bañar y todo eso, me moría de vergüenza, así que para hacerlo un poco más fácil era Gerard el que se encargaba de esas cosas, a nadie más le conseguía mostrar mi cuerpo.

Las clases ya habían comenzado hacía poco y Gerard con tarea y todo se encargaba de mí aun así, vivía prácticamente en el hospital junto a mí.

Me sentía tan agotada..., ni cuando corría por horas en la pista de atletismo quedaba así. Ya era más que claro, mi hora ya estaba muy cerca.

Ya no sentía miedo a la muerte, esperaba que el día en que me llegara el momento yo estuviera totalmente dormida, así no sentiría nada.

Un rato más tarde desperté y los párpados me pesaban demasiado, parecía que tenía que hacer un gran esfuerzo para mantener los ojos abiertos. Ahí se encontraba Gerard, a un lado de la cama con un cuaderno y un lápiz resolviendo seguramente tarea que le enviaron de la secundaria.

Por unos instantes no quise molestarlo, no se percató de que desperté, así que solo me quedé ahí unos minutos observándolo fijamente mientras en mi cabeza pensaba en cuánto lo amaba y en todo lo que estaba haciendo por mí. No podría haber conocido a alguien mejor.

Inesperadamente él volteó a mirarme, como si cada tanto se fijara en mí para ver cómo estaba.

—Hola, nena, despertaste —dijo.

—Hola, cariño.

—¿Hace cuánto que estabas espiándome?

—Unos minutos, no mucho.

—Me hubieras hablado.

—No quería interrumpirte, te veías muy concentrado en tu tarea.

—No es tarea, escribía otra cosa.

Su cuaderno lo cerró y lo colocó sobre la silla para después venir junto a mí.

—¿Cómo te sientes? —me preguntó tocándome la frente suavemente.

—Bien, supongo.... Basta con solo verme para saberse como estoy.

Me costaba muchísimo hablar, más que antes. Constantemente debía respirar por la boca, y fácil me quedaba sin aliento al hablar demasiado, ya no era suficiente con el oxígeno que me daban.

—¿Cómo me veo? —le pregunté refiriéndome a mi aspecto.

—Linda, como siempre.

—Oh, vamos. Debo estar toda despeinada y con ojeras enormes.

—Eres hermosa igual, así de despeinada y con tus ojeras.

—Ya basta, no sigas —respondí tapándome el rostro con las manos.

Gerard se reía mientras acariciaba mi cabello para despejar mi cara.

—¿Dónde están papá y Sarah?

—Están en un control médico ahora mismo, ven cómo va el embarazo y esas cosas. Van a traerte una sorpresa.

—Oh, ¿sí? ¿Cuál? Dime.

—No puedo hacerlo, ya lo verás. No creo que se tarden mucho.

—No me gustan las sorpresas, ¿lo sabes? Y menos por las que tengo que esperar.

—¿Y por qué no te gustan?

—No lo sé, me da ansiedad, mucha.

—Tranquila, es algo que te gustará.

Afortunadamente no hubo que esperar mucho, papá y Sarah pronto entraron por la puerta muy alegres y trayendo un sobre grande en sus manos.

—Cariño, estás despierta, que suerte —habló papá emocionado mientras Sarah lo tomaba del brazo igual de alegre.

—Hola, papá. Hola, Sarah. Gerard me dijo que tenían una sorpresa para mí.

Ni bien vi el sobre tan grande imaginé de lo que se trataba.

—Bueno, Domi... —dijo Sarah -, esto es para ti.

Y se me acercó para darme en las manos el sobre. Gerard me ayudó a sentarme en la cama usando la almohada como respaldo. No dije nada en lo absoluto, nada más tomé el sobre y viéndolos a todos allí lo abrí, eran las primeras fotografías de mi hermano o hermana en el vientre de Sarah, o mejor dicho ecografías.

—Wow. ¿Este será mi hermano?

—Así es, Domi —respondió papá.

No dije nada, es que no sabía que..., pero por dentro estaba muy emocionada, no podía creer que una pequeña criatura se estuviera formando en nuestra familia. Lo que más me ponía contenta era ver a mi padre por primera vez en mucho tiempo con el rostro iluminado, sonriendo y animado, como si una luz en sus ojos se hubiera encendido con la idea de un bebé en camino, aunque eso no quitaba su preocupación por mí.

—¿Y cómo lo van a llamar? —pregunté.

—Pues aún no lo sabemos —contestó Sarah -, puede que esperemos a que nazca para ponerle el nombre.

—Entiendo.

Continué mirando las ecografías.

—Que hermoso. Mi hermanito. No sé por qué, pero estoy segura de que será un varón.

—¿Sí? —habló Gerard —¿Y cómo estás tan segura?

—No lo sé, solo..., puedo sentirlo. Será un varón.

Estaba tan feliz en aquel instante, tanto que ya no me interesaba lo que estuviera por venir para mí, nada más me sentía más que conforme con la idea de que ese bebé haría una realidad diferente. Una parte de mí..., sentía que ya me podía ir en paz.

Fue entonces cuando ocurrió, el aire ya no me costaba respirarlo, directamente no conseguía hacerlo, era como si mis pulmones ya estuvieran totalmente llenos y no hubiera espacio para más. Mi visión comenzó a fallar, como si por instantes mis ojos se desenfocaran y por sí solos de volvieran a enfocar, además de que los sonidos desaparecieron casi por completo, nada más se sentía un ruido agudo y constante dentro de mí cabeza, como el que hace un monitor de hospital que mide el pulso de un corazón cuando este deja de latir. Jamás lo había experimentado, pero mi cerebro parecía entender lo que estaba pasando perfectamente.

—Domiana —escuché la voz de papá muy lejos, con mucha profundidad -, ¿qué sucede?

Pero no contesté.

Las ecografías las tuve que soltar ya que debí sujetarme de los lados de la cama, estaba perdiendo el equilibrio incluso estando sentada. Ya no escuchaba nada en lo absoluto, parecía estar dentro de mí misma oyendo el sonido de mi sangre recorriendo mis venas y el de mi corazón enlenteciéndose a cada segundo. Pronto mis ojos se comenzaron a cerrar, no conseguía mantenerlos abiertos por mucho.

Todo iba en cámara lenta a mi parecer. Papá y Gerard me recostaron rápidamente en la cama y

con prisa llamaron a un doctor para que viniera a verme de inmediato, el mismo llegó con un par de enfermeros que me rodearon, los pude distinguir por el color de sus uniformes.

—¡La estamos perdiendo! —escuché decir al doctor —¡Ya mismo! ¡Hay que llevarla a cuidados intensivos! ¡Traigan una camilla!

Uno de los enfermeros salió corriendo mientras que el doctor alumbraba mis ojos con una pequeña linterna.

—Domiana, quédate conmigo —me decía -. Resiste, todo saldrá bien.

Entre los enfermeros me tomaron de mi cama tirando de las sábanas y me movieron a la camilla una vez que la misma llegó a la habitación.

Recuerdo que me transportaron por los pasillos del hospital a toda velocidad gritándole a todas las persona que se encontraban en el camino para que se hicieran a un lado, mientras que lo único que yo podía distinguir con mis ojos eran las decenas de luces en el techo que pasaban una detrás de la otra.

Pronto..., ya no sentí nada, ni ruidos, ni dolor, ni necesidad de respirar ni nada. Nada más vi como mi vida pasó frente a mis ojos como un haz de luz, desde que era pequeña, mis primeros pasos, mi primer día de escuela, el primer diente que se me cayó, las cientos de veces que tropecé de niña lastimando mis rodillas, la secundaria, mis amigos, mi primera vez, mi novio, mi papá abrazándome las noches en las que no podía dormir por miedo a la oscuridad y la sonrisa de aquella persona a la que creo en la vida más amé...

—Mamá —susurré.

El tiempo se detuvo, la luz que mis ojos captaban pronto comenzó a desvanecerse lentamente hasta quedar en una total oscuridad. Entonces los cerré, creyendo yo que por última vez.

Pronto desperté, de pie, sin dolores, sin cansancio, sin respirador, totalmente sola en la sala de mi casa y vestida de blanco de pies a cabeza.

—¿Qué está pasando? —me dije a mí misma —¿Cómo llegué hasta aquí? ¡Papá! ¿Dónde estás?

Comencé entonces a caminar por la planta baja de la casa rumbo al recibidor, donde se encontraba la puerta de salida y las escaleras al segundo piso, una vez allí miré por estas últimas y alzado la mirada noté que había alguien de pie en lo más alto observándome fijamente. Una mujer, hermosa, con un reluciente vestido blanco y que al verla no pude evitar quedar totalmente paralizada. Ella pronto comenzó a bajar las escaleras lentamente hasta llegar a donde yo estaba y quedarnos viendo cara a cara.

—Domiana, no has cambiado nada mi amor —dijo ella.

—M... ¿Mamá? —balbuceé —¿Eres tú?

—Así es querida, soy yo.

—Mamá —dije dando un par de paso hacia ella para abrazarla y sentirla después de años de no tenerla conmigo.

Comencé a llorar, dejando salir toda aquella emoción que me hacía volver a ver a mi madre.

—Te he extrañado mucho, mamá. No sabes cuánto te he necesitado, no sabes cuánto.

—Lo sé hija, lo sé, y créeme cuando te digo que quisiera haber estado allí para acariciarte todas esas veces que me hablabas a solas desde tu habitación.

—Mamá, quiero estar contigo, quiero irme contigo, ya no quiero separarme de ti.

—Hija, te amo con toda mi alma, te amo más que a nada en este mundo, pero me temo que eso no podrá ser.

—Pero... ¿Por qué? ¿Por qué no puedo ir contigo?

—Porque aún no es tu hora, Domi. Todavía faltan muchos años para eso.

—¿Qué? Pero...

—Tienes un padre que cuidar, tienes a Sarah, que sé que para ti jamás tomará mi lugar, pero créeme que será una excelente amiga para ti y tienes un hermanito en camino, un hermano al que debes ver crecer y al que debes cuidar.

—Pero, mamá...

—Aún no es tu hora, Domi. Aún no es tu hora.

De pronto.., abrí los ojos otra vez, solo que ahora me encontraba de vuelta en la habitación del hospital, acostada en la cama, aún con tubos de oxígeno en mi nariz pero esta vez pudiendo respirar perfectamente, además de tener conmigo un fuerte dolor en el medio de mi pecho que me hacía muy difícil moverme cómodamente. Me desperté nerviosa, sola, confundida y con ganas de salir de ahí.

—¡Ayuda! ¡Alguien ayúdeme! —grité esperando a que me escucharan.

Rápidamente por la puerta se apareció mi padre corriendo hacia mí.

—¡Domi! ¡Domiana! Calma, calma, todo está bien —me dijo tomando mis manos con fuerza.

—¡Papá! ¿Qué está pasando? —pregunté agitada y gimiendo por el dolor en mi pecho.

—¡Tranquila, hija! ¡Tranquila! No te muevas.

—Me duele, papá, me duele el pecho. ¿Qué me pasa? —seguía preguntándole muy alterada.

—Domi, ten calma. Tuviste una operación, tuviste un trasplante.

—¿Qué? ¿Cómo que un trasplante? ¿Qué estás diciendo? —hablé esta vez más calmada.

Papá me miró con alegría fijamente a los ojos por unos instantes hasta que respondió:

—Apareció un corazón en el último minuto. Un corazón sano, para ti, hija.

—¿Qué? —no lo podía creer —¿De verdad?

—Sí, Domi, un corazón fuerte y compatible contigo.

—Dios, no puede ser.

La felicidad me invadió por completo, iba a vivir, después de aquellos meses de incertidumbre por fin todo se había resuelto en el último minuto. Una parte de mí tenía ganas de llorar de alegría, de reír y de salir a correr después de tanto tiempo acostada, pero nada de eso podía hacer por el momento, el dolor en mi pecho me detenía, pero no me importaba, estaba más que feliz.

—Domi, espérame aquí, ¿de acuerdo? Voy a buscar a un médico para que te venga a revisar.

—Está bien, está bien.

Papá entonces se marchó con prisa a buscar al médico o a cualquier enfermero que por allí pasara para que me atendiera.

Unas pocas horas pasaron luego, y yo me encontraba sentada en mi cama mirando televisión y pudiendo respirar profundamente después de mucho tiempo. Los médicos ya me habían atendido, pero aún faltaba que me dijeran qué era lo que sucedería conmigo y mi recuperación.

Alguien entonces entró a mi cuarto.

—Domi, amiga —dijo Hannah viniendo hacia mí, sentándose en la cama y dándome un abrazo teniendo cuidado con los puntos en mi pecho -, ¿cómo te sientes? Vine ni bien tu padre me llamó y me dijo que despertaste.

—Me siento bien Hannah, por primera vez en un buen tiempo me estoy sintiendo bien otra vez.

—No sabes lo feliz que me hace oír eso amiga. Ahora podrás continuar con tu vida, volver a la escuela, volver a correr... Todos están felices por ti, quieren verte. Creo que unos cuantos vendrán a visitarte en estos días.

—Sí, ya lo creo, todo volverá a ser como antes. Oye, ¿y Barry?

Fue allí cuando soltamos el abrazo.

—Barry está en la secundaria, no le avisé que venía a verte, ni se me cruzó por la cabeza, pero está contento de que estés bien.

—Oye, ¿y viste a Gerard cuando venías o algo? Desperté y aún no lo he visto.

Hannah pareció ponerse extraña entonces, de inmediato desvió su mirada de la mía y tragó saliva como si un poco de incomodidad hubiera sentido.

—Pues..., no, no he visto a Gerard hoy, pero supongo que vendrá en algún momento.

—Vi a papá y a Sarah pero no a Gerard, y es raro porque siempre estaba junto a mí.

—Tal vez tuvo que salir o algo, pero ya aparecerá.

—Sí, eso espero.

—Y cuéntame, ¿qué te dijeron los médicos? ¿Cuándo te darán el alta?

—Aún no lo sé, Hannah, me revisaron un poco pero no me dijeron una fecha exacta, de momento tendré que permanecer aquí hasta nuevo aviso.

—Entiendo.

Fue entonces cuando papá junto con el doctor Tomblinson entraron a la habitación.

—Bien, Domiana —dijo el médico -. ¿Cómo te sientes?

—Mucho mejor Doc, gracias. Nada más me duele bastante el pecho al respirar —contesté.

—Es normal, por eso será mejor que hagas reposo aquí por unos días, por lo menos hasta que la cicatriz se cierre bien. Será necesario que varios minutos al día estés sentada y trates de caminar un poco, haz estado mucho tiempo acostada. Es posible que dentro de una semana más o menos te quitemos los puntos de la operación, de momento deberás tomar calmantes y antibióticos.

—De acuerdo, Doc, haré lo que usted diga.

—Muy bien. Otra cosa, el corazón que conseguimos es "O-", no B- como tú, pero O- es un excelente donante para un receptor B-. De momento tu organismo parece haber recibido muy bien el corazón nuevo, pero si hay algo que hemos visto muchas veces en otros casos es que el cuerpo del receptor, con el pasar de los días o algunas semanas, puede llegar a rechazar el órgano a pesar de ser compatible, así que en ese caso estarás bajo revisión por un tiempo y deberás hacerte algunos controles todas las semanas.

—¿Y qué puede pasar si mi cuerpo rechaza el corazón?

—Pues afortunadamente la medicina moderna permite que en caso de un inconveniente como ese, te podremos dar anti rechazantes para que tu cuerpo siga funcionando con el nuevo órgano, el único detalle es que deberás tomarlos de por vida. Pero no adelantemos conclusiones, lo importante es que estarás viva y podrás volver a hacer deporte, ir a la escuela y todo, volverás a tu vida normal.

—Doc, ¿puedo preguntar algo? —dije.

—Por supuesto.

—¿Quién era el donante? ¿Cómo se llamaba?

Papá, Hannah y Tomblinson se quedaron cruzando miradas como si no supieran qué decirme.

—Bueno, Domiana... En sí por el momento eso es confidencial, no podemos revelarte esa información por políticas del hospital, a su tiempo lo sabrás.

Por alguna razón algo no me convencía, pero bueno, no quise insistir.

—Mmm... Está bien, doc, lo que usted diga.

—De acuerdo, Domi, por ahora trata de descansar —siguió.

—Lo que menos quiero es estar acostada doctor, lo siento, pero quiero caminar un poco por el

hospital. ¿Puedo ir hasta el patio a respirar aire fresco?

—Bueno... —respondió dudando un poco -, no creo que te pase nada malo, pero vas y vienes con la silla de ruedas y acompañada por alguien, ¿hecho? Aún no estás del todo recuperada.

—Hecho.

Papá entonces trajo la silla, la armó y la colocó a un lado de la cama, él y Hannah me ayudaron a levantarme.

—Creo que ya no necesitas el oxígeno —dijo el doctor.

—Es cierto, casi lo olvidaba.

Había pasado tanto tiempo con esas cosas en la nariz y en mi rostro que ya ni notaba que las traía puestas por la costumbre. Me quité los tubos despacio y por primera vez en un par de meses pude respirar sin su compañía ni del concentrador. Se sentía un gran alivio aunque algo extraño, pero sabía que pronto me adaptaría a estar sin ellos.

Hannah fue quien me acompañó al patio del hospital, y con la ayuda de papá me sostenían mientras me levantaba de la silla para volver a caminar bien. Después de unos dos meses casi postrada en una cama, los músculos de mis piernas se atrofiaron un poco, por fortuna no demasiado.

Recuerdo que por un buen rato Hannah y yo nos tomamos fotografías juntas, papá en algunos momentos fue quien sostenía el teléfono de ella y nos hacía posar para que luego mi mejor amiga las subiera a sus redes sociales y todos vieran que conmigo todo había salido bien. Cada publicación se llenó de likes de muchísima gente, y ni que hablar de los comentarios, todos mis amigos apoyándome, felicitándome, ansiosos por volverme a ver en las pistas corriendo y deseándome una pronta recuperación. No solo eso, en unas cuantas ocasiones hicimos video llamadas con algunas amigas y amigos que me saludaban felices de que por fin desperté. Era algo hermoso sentir el apoyo de tanta gente, de tantos amigos.

Hannah luego de un rato tuvo que irse porque el horario de visita había terminado, además de que ya había anochecido y no podía llegar muy tarde a su casa, nada más papá y Sarah se quedaron conmigo.

Llegó un momento en el que le pedí a papá si me podía dar mi móvil, no me lo negó, así que una vez que lo tuve en mis manos, le envié un mensaje a Gerard.

¡Ey!

¿En dónde estás?

Desperté de la cirugía y estoy bien supongo que ya lo sabes.

Me resulta extraño que no estés aquí, pero bueno...

Responde pronto, ¿sí? Te amo.

Con ansias esperé por un buen rato una respuesta, recuerdo que miraba mi teléfono a cada segundo, pero nada, hasta que llegó la hora de dormir, fue entonces cuando decidí llamarlo y ver qué le estaba pasando, pero tampoco hubo suerte, la llamada se cortaba de inmediato, como si se encontrara fuera de línea o apagado. Así que no me quedó otra más que irme a dormir algo preocupada.

Al día siguiente, ni bien salió el sol tomé el teléfono nuevamente esta vez para llamar directo a la casa de mi novio, allí por lo menos el teléfono sonaba, pero nadie en lo absoluto atendía, ni siquiera su madre.

—Que extraño —me dije en voz baja.

Y así me la pasé todo el día, marcando varios números para que me informaran algo de Gerard, amigos y todo eso, pero nada, me decían que era algo extraño que no apareciera o que tal vez tuvo que irse por urgencia a alguna parte, sin ningún tipo de sentido para mí obviamente, pero por más preguntas que hiciera nadie me respondía nada concreto.

Por momentos llegué a pensar que posiblemente había vuelto a Nueva York junto con su padre, pero eso no explicaba por qué no fue capaz de dejar alguna nota o algún recado a alguien, mucho menos por qué en su casa su madre no atendía mis llamadas, parecía que la tierra se los había tragado.

Durante los días de mi recuperación en el hospital, me la pasé viendo sus fotos, las de él solo que yo le tomé y las que teníamos juntos, lo extrañaba muchísimo y la duda de en dónde se encontraba me atormentaba. Mil veces le pregunté a papá qué sucedió con Gerard que no me respondía, y las mil veces me decía lo mismo, que lo llamaría o que trataría de comunicarse con él, pero que de momento me preocupara por mi recuperación.

Cinco largos días me la pasé así hasta que por fin pude volver a casa junto con papá y Sarah luego de mi alta médica. Podía caminar por mí misma ya, lo malo era que debía tener cuidado con

los puntos que aún seguían en mi pecho, aunque la cicatrización iba bastante bien, así que pronto me los quitarían.

Luego de instalarme en casa nuevamente después de meses de no estar ahí, decidí salir a escondidas de papá y hacer una visita inesperada en la casa de Gerard para averiguar por mí cuenta lo que estaba sucediendo, en vista de que nadie me decía nada claro..., yo misma me las arreglaría.

Fui en bicicleta y de paso probaba mi nuevo corazón qué tal funcionaba, y la verdad se sentía bien volver a recorrer las calles del pueblo mientras sentía el viento acariciando mi rostro.

Una vez en la casa de Gerard, noté algo extraño, el frente se encontraba algo sucio, lleno de hojas de árbol, como si en varios días nadie se hubiera encargado de barrer allí. Toqué la puerta de la casa un par de veces y esperé, pero nada, volví a tocar y nada otra vez, entonces decidí acercarme a las ventanas para tratar de ver hacia el interior, pero las cortinas lo dificultaban bastante.

—¡Hola! ¡¿Hay alguien?! —comencé a hablar en voz alta esperando a que me respondieran —
¡Grace! ¡¿Estás allí?! ¡¿Gerard?! ¡Soy yo, Domiana!

Pero nadie respondía, el lugar parecía estar vacío. Decidí caminar alrededor de la casa hasta el patio trasero, donde se encontraba la entrada por la cocina, también toqué por allí y hasta giré la perilla de la puerta para conseguir entrar o algo, pero nada, estaba trancada.

—¿Buscas a alguien, querida? —escuché la voz de alguien que me llamó.

Voltéé y se trataba de la vecina de Gerard, la señora McCurthy, una anciana viuda que vivía sola en su casa, ella se encontraba en su patio trasero y mirando por sobre la pequeña cerca de madera que separaba su jardín de el de Gerard.

—Señora McCurthy, soy yo, Domiana, la novia de Gerard, ¿me recuerda? —respondí acercándome a ella para que me viera bien, usaba lentes y de lejos no distinguía casi nada.

—¡Oh! Querida, eres tú. ¿Qué estás haciendo aquí? Veo que te encuentras bien, me dijeron que ya te habían operado y que todo salió bien, me alegra verte.

—Gracias, apenas me dieron el alta hoy por la mañana.

—¿Pero no deberías estar en tu casa haciendo reposo?

—No se preocupe, me encuentro bien. El doctor me recomendó comenzar a usar mi corazón, ya sabe, volver a la rutina y eso.

—Ya veo, ya veo, me alegro mucho por ti.

—Gracias señora. Escuche, ¿sabe algo de Gerard por casualidad? Lo he intentado localizar por días, no me devuelve las llamadas ni los mensajes. Su madre tampoco y mis amigos parecen no saber nada, es demasiado extraño y me estoy comenzando a preocupar. ¿Usted podría decirme algo? Por favor, usted sabe que él es mi novio, si tiene idea de algo le pido que me cuente, se lo ruego.

—Oh, querida.

Noté entonces la expresión en su rostro de pena, de angustia..., como si hubiera pasado algo grave de lo que no me había enterado y que no sabía cómo decírmelo.

Capítulo Ocho

Regresé a toda velocidad a mi casa y ni bien entré por la puerta comencé a llamar a gritar.

—¡¡Papá!! ¡¡Papá!!

Él salió de su habitación, bajó las escaleras y vino a la sala conmigo de inmediato.

—Domi, ¿qué pasa? ¿Por qué gritas?

—¡Papá! ¡¿Dónde está Gerard?! ¡Dímelo ya! —le exigí con lágrimas en los ojos.

—Domiana, por favor, cálmate, vamos a sentarnos y hablemos.

—¡¡No me quiero sentar!! ¡¡Quiero saber en dónde está Gerard!! ¡¿Por qué nadie me lo quiere decir?!

—¿Quién te dijo algo?

—La señora McCurthy, la vecina de Gerard, no me dijo nada claro, mencionó que ella no era la persona que me debía contar la verdad. Dijo que tú sabías lo que pasó con Gerard. ¡Así que dime ya! ¡¿Qué está pasando?! ¡¿Qué pasó con Gerard?!

Papá se quedó observándome unos instantes viendo la forma de soltarlo, cosa que me ponía aún más alterada.

—Ibas a saberlo tarde o temprano.

—¿Saber? ¿Saber qué? Ya, ¡dime!

—Domiana... Gerard... Gerard no va a volver.

—¿Qué? ¿De qué hablas? ¿Cómo que no va a volver?

Entonces me comenzó a contar.

—Hija, durante los días de tu internación, Gerard descubrió que él podía ser un buen donante para ti. Resulta que el tipo O- es un buen donante para todos los tipos de sangre que existen, incluyendo el tuyo, B-, Gerard era O-.

Entonces algo en mí se quebró al oír sus palabras.

—¿Era?

—Domi, el día en el que casi mueres, Gerard entró en pánico, se desesperó al igual que yo al momento en el que vimos que te perdíamos.

Papá no sabía cómo seguir hablando.

—¡Papá! ¡Termina de decirme! —grité muy alterada e imaginando lo peor.

—Gerard no lo pensó dos veces, hija. Vi cómo se fue corriendo y no presté atención, me tuve que quedar fuera de la sala junto a Sarah en donde te estaban atendiendo. Él se dirigió hasta la entrada del hospital, allí estaba el policía que custodiaba la entrada, y sin que se diera cuenta, Gerard rápidamente le quitó su arma de reglamento y corrió con ella rumbo a los baños. El policía fue detrás intentando detenerlo, una vez en el baño Gerard demandó que llamaran a un médico urgente, pero fue un enfermero el que se presentó allí. El enfermero y el policía trataron de negociar con Gerard para que soltar el arma pero él insistía en que.... En que...

—¿En qué, papá? Habla de una vez —dije con la voz destruida.

—Dios... —vociferó agarrándose la cabeza —Gerard insistió en que prepararan todo para una cirugía inmediata, para que le quitaran el corazón. Una vez que lo tuvieran, tenían que llevarlo a la sala donde estabas tú para que te lo trasplantaran con urgencia. Debido a que era mayor de edad, días antes Gerard firmó una constancia que lo adjudicaba como donante en caso de que le

ocurriera algo, también le dejó una carta al enfermero, para que una vez que te recuperaras te la pudieran entregar.

Entonces entendí todo, sentí como mi vida se venía abajo otra vez y como un dolor inmenso en mi garganta me impedía casi hablar.

—Papá... ¿Gerard se...? ¿Gerard se...? Gerard.... ¿se suicidó? ¿Se disparó con el arma?

Papá se quedó ahí mirándome fijamente también muy angustiado hasta que dijo:

—Sí, hija. Lo hizo por ti. Sacrificó su vida para salvar la tuya.

Ya no quise hablar, ya no pude, nada más salí corriendo de la sala y ya en el recibidor abrí la puerta para salir a la calle desesperada.

—¡Domiana! —gritó papá viniendo tras de mí.

Una vez fuera, corrí tan solo unos metros hasta que tropecé, y una vez en el suelo ya no pude levantarme por la angustia que sentía.

—¡¡NOOOOOO!! ¡¿POR QUEEEEEEE?! —grité de rodillas en el piso tomándome del cabello y sin importarme absolutamente nada.

—¡¡GERAAAAAAAAAAAAAAAAARD!!

Papá se arrodilló conmigo y me abrazó con fuerza.

—¡¡DIME QUE ES MENTIRA!! ¡¡DIME QUE ES MENTIRA!! ¡POR FAVOR! ¡DIME QUE NO ES VERDAD!

Pero no me respondía nada, solamente me abrazaba y lloraba conmigo.

No había nada ni nadie que calmara mi dolor, me sentía impotente, no quería aceptar la idea de que Gerard se había ido, y que el nuevo corazón que latía en mi pecho era el suyo. No quería creerlo.

Allí me quedé unos minutos, tendida en el suelo sin querer levantarme hasta que papá me convenció de entrar a la casa, pero no quería seguir hablando de nada, quería estar totalmente sola, así que me encerré en mi habitación durante varios días.

Tan pronto como lo supe, entendí por qué nadie había querido decirme qué fue lo que pasó con Gerard y por qué él no contestaba mis llamadas y mis mensajes, todos mis amigos lo sabían y estuvieron de acuerdo en que yo no debería averiguarlo sino hasta después de haberme recuperado de la cirugía. No salí de mi casa por ningún motivo durante tres días, casi no comí y pasé ese tiempo mirando nuestras fotos y videos intentando... No sé... convencerme de que todo lo que estaba sucediendo, no era más que una horrible pesadilla.

Me negaba a haberlo perdido. Recuerdo que de vez en cuando me tocaba el pecho y cerraba los ojos para sentir el latido de su corazón e imaginar que, de alguna manera, todavía él estaba vivo en mí, y que éramos una sola persona ahora, y de ese modo creer que Gerard no se había ido completamente.

Su funeral había sido mientras yo estaba dormida recuperándome de la cirugía, así que cuando me desperté, Gerard ya había sido enterrado en el cementerio central de Phermonth, el mismo lugar donde estaba mi madre.

Cuando sentí que era el momento, le pedí a mi padre que me llevara a su tumba, al principio se negó, pero después de mucha insistencia, aceptó.

Christopher Gerard Collins Morales.

2000-2018

Amado hijo y amigo.

"No se muere quien se va, se muere quien se olvida. "

Eso fue lo que grabaron en su lápida. Me quedé ese día durante un largo rato frente a su tumba sin poder entender cómo fue que sucedió todo eso, sintiendo que la culpa de que él estuviera allí era mía. Tal vez si no me hubiera cruzado en su camino, él estaría vivo siguiendo sus sueños, pero no, el destino era caprichoso y quería que Gerard entregara su vida por amor. Lo extrañaba, lo extrañaba demasiado.

Papá se acercó a mí cuando comenzó la puesta de sol y me puso la mano en el hombro para decirme:

—Domi, ¿no crees que es hora de irse?

Pero no respondí, simplemente me quedé allí, en blanco, dentro de mi conciencia tratando de acomodar mis pensamientos.

—Dijiste que me escribió una carta, ¿verdad? —hablé.

—Así es, él la dejó para ti.

—¿Y dónde está?

—En casa, guardada.

—¿Podrías dámela cuando volvamos?

—Por supuesto, hija.

Me quedé allí unos momentos más, me incliné, tomé una foto de los dos juntos de mi bolsillo, la observé durante unos segundos, la besé y la coloqué en su lápida debajo de una rosa para que no se volara con la brisa.

—Adiós mi amor.

Me puse de pie y me fui, sosteniendo el brazo de mi padre.

Una vez en casa, papá fue inmediatamente a la biblioteca a recoger un pequeño sobre escondido entre los libros.

—Esta es la carta de Gerard —dijo dándomela en mis manos.

—Gracias papá.

—¿Puedo preguntarte algo?

—Por supuesto.

—La carta, ¿por qué no me la pediste antes?

—Siendo honesta... No lo sé. Quiero tener esta carta conmigo, pero... Creo que todavía no estoy lista para leerla, pensé que sí, pero ahora que la tengo en mis manos, me doy cuenta de que estas son sus últimas palabras, y creo que si las leo sería una confirmación de que se ha ido.

—Entiendo. De acuerdo, guárdala bien y léela cuando sientas que es el momento adecuado.

—Sí, lo haré. Papá, nunca te pregunté, pero, ¿qué le pasó a Grace?

—La última vez que la vi fue en el funeral de Gerard, y por lo que pude saber, volvió a Nueva York. Ella ya no quería estar en Phermonth.

—Pero aquí es donde está su hijo.

—Lo sé, Domi, tal vez quedarse aquí la angustiaba aún más, supongo que algún día volverá.

—Sí, quizás. Bueno... Voy a mi habitación un rato, ¿de acuerdo?

—Está bien, hija.

Subí las escaleras y me encerré en mi habitación para luego sentarme en la cama con la carta

de Gerard en mis manos. Una parte de mí no tuvo el coraje de abrir ese sobre, tal como le dije a mi padre, no quería leer las últimas palabras escritas por el amor de mi vida, sabía que me dolería en lo más profundo de mi alma, pero al mismo tiempo fue algo que él dejó para mí, como un último regalo, su último acto antes de irse.

Pero después de todo, no pude, tuve mucho miedo, así que decidí guardarla dentro de un cajón de mi escritorio hasta que me sintiera lista.

Pasaron nueve meses y comenzaron las competiciones regionales de atletismo del verano, y como no podía ser de otra manera, me estaba preparando para mi revancha, esta vez estaba segura de que nada me detendría para alcanzar la meta y ser la ganadora.

Estaba en el punto de partida con todas las demás competidoras a mi lado, algunas eran nuevas, otras eran rivales conocidas de años anteriores.

El juez cuando nos vio en posición dijo en voz alta y alzando una pequeña bandera:

—¿Listas?!

Todas nos pusimos en posición con ambas manos apoyadas en el suelo, una pierna doblada y la otra estirada.

—¡Ya! —gritó el juez agitando la bandera de un lado a otro con fuerza.

Comenzamos a correr a toda velocidad, y la multitud de personas en las gradas se volvió loca, todos los parientes y amigos que habían ido a ver la carrera no dejaron de gritar para animarnos a correr más rápido, pero para todas las demás fue inútil de nuevo. Como les dije al principio, en mi equipo yo era la más rápida y también en esa carrera. Logré pasarlas a todas casi sin problemas y, después de cien metros, llegué a la línea de meta en primer lugar.

Más tarde esa noche, estaba en la habitación de mi hermanito jugando con él en su cuna y con algunos de sus juguetes.

—Hola, pequeño. ¿Cómo estás? Eres hermoso, ¿lo sabías? —Le dije mientras él sonreía y mientras trataba de alcanzar con sus pequeñas y adorables manos el juguete que yo sostenía.

No puedo explicar la felicidad que sentí en esos momentos, la alegría que había en mí por tener a mi hermano conmigo y que las cosas de mi vida se arreglaron después de tanto sufrimiento. Aunque en algún rincón de mí, todavía quedaban algunos recuerdos que me dolían, recuerdos de personas queridas que ya no estaban.

Seguí jugando con mi hermano por unos minutos más hasta que Sarah entró por la puerta y dijo:

—Domi, ya es tarde, ¿me dejas que lo prepare para dormir?

—Claro, ya me voy a dormir, fue un largo día.

Revisé el bolsillo de los pantalones que llevaba y saqué la medalla de oro que me habían entregado por ganar la carrera ese día, tenía el número uno grabado en uno de sus lados y en el borde tenía una cinta azul brillante que usé para colgarla en la cabecera de la cuna, donde decía en letras grandes el nombre de mi hermano.

Dejé la medalla allí, me acerqué al pequeño para darle un beso en la frente y decirle adiós.

—Dulces sueños, Gerard. Te amo.

Así es, ese es el nombre que le dimos a mi hermanito.

Después de ir a mi habitación, me acosté en mi cama unos minutos para descansar un poco, aunque todavía no tenía ganas de dormir, en mi cabeza había tantas cosas dando vueltas que no podía pensar en eso.

De repente, me volví para mirar mi escritorio, más específico hacia el cajón, yo había guardado algo en el interior durante varios meses para cuando fuera el momento adecuado, y luego

me di cuenta de que ese momento había llegado. Me levanté de la cama, abrí el cajón, tomé el sobre que contenía la carta de Gerard y me senté en la silla de mi escritorio.

Observé el sobre por unos segundos, sabiendo que las palabras escritas allí me romperían el corazón y me harían recordar a Gerard, pero no quería posponerlo más, entonces, sin importar cuánto me doliera ver las últimas palabras que él me dejó, abrí el sobre y saqué la carta para comenzar a leerla.

—Está bien... Vamos —me dije a mí misma suspirando.

Domiana, si estás leyendo esto, es porque ya no estoy contigo. No me odies por haber tomado esta decisión, lo hice por el amor que siento y que siempre sentiré por ti, lo hice porque no podía imaginar un mundo sin ti, no lo resistiría. Si escribí esta carta es porque la premedité, mientras escribo esto, estás durmiendo en la cama del hospital. No puedes imaginar lo mucho que me molesta verte así, cuánto me duele que tu enfermedad te aleje de mi lado día tras día, es una tortura.

No quiero que llores porque me fui, quiero que sonrías porque viví, porque te conocí, porque estuve feliz a tu lado y porque todos los momentos que pasamos juntos fueron los mejores para mí en mucho tiempo. Te convertiste en lo mejor que me sucedió y me gustaría que me recordaras por las cosas buenas, y cuando hables de mí, que tu rostro se ilumine con esa encantadora sonrisa que tienes y de la que tanto me enamoré cuando te conocí.

¿Recuerdas mi canción favorita?

Entonces dejé de leer por un momento para pensar.

—"Robbers", de The 1975 —susurré y continué.

Estoy seguro de que lo recuerdas. Quiero que cada vez que la escuches, pienses en nosotros, en todo lo que vivimos juntos, en lo felices que fuimos las noches que dormimos abrazados mirando las estrellas, las tardes en las que salimos a andar en bicicleta hasta el atardecer...

Todos esos pequeños detalles que nos hicieron muy felices. ¿Sabes? Durante algunas de las noches que estuvimos juntos, tú te dormías mientras que yo me quedaba despierto mirándote durante horas, y no tienes idea de la paz que eso me daba, de la tranquilidad que sentía cuando te veía descansar. Ojalá nuestra historia hubiera durado mucho más, y así hubiéramos tenido más momentos hermosos como los que vivimos durante el verano en que nos conocimos, pero supongo que las cosas debían ser así, y que, aunque no queramos, el destino es el que elige los eventos que tienen lugar en nuestras vidas.

Creo que llegué a un punto en el que no hay vuelta atrás, y para serte honesto ya no me importa nada más que tú. Mi vida ya no fue la misma desde que te conocí, y no me arrepiento de nada. Si pudiera retroceder en el tiempo, viviría esta historia contigo una y otra vez sin cambiar ni el más mínimo detalle.

Nunca olvides que te amo, nena, nunca. Siempre estaré contigo, protegiéndote, viéndote ser feliz y continuar con tu vida.

Regresa a las carreras y sé una campeona, sé que eso es lo que te apasiona. Cumple tus sueños y llega lo más lejos que puedas, yo estaré siempre mirándote, apoyándote y acompañándote en cualquier decisión que tomes para tu vida.

Lo siento si esta carta es un poco corta, nunca fui muy bueno para las despedidas, pero hago el intento. Te amo, Domi. Nos vemos pronto y gracias por haberme hecho tan feliz y por haberte cruzado en mi camino.

Con amor... Gerard.

Mis ojos estaban llenos de lágrimas, así que tuve que limpiarlos con la manga de mi camisa.

—Yo también te amo, Gerard, nunca te olvidaré, te lo prometo.

Dejé la carta al lado de mi cama, en un pequeño mueble al lado de una fotografía enmarcada de Gerard y yo, y allí me quedé, mirando esa imagen recordando cada uno de los hermosos momentos que vivimos juntos. Por un lado, me sentí bien al leer la carta, algo en mí estaba feliz por saber que había conocido a la persona más maravillosa del mundo, pero por otro, me sentí mal por pensar que ninguno de los bellos momentos que viví con él volverían a suceder, y que me costaría comenzar luego de haberlo perdido de tal modo.

Yo lo amaba tanto..., a tal punto que estaba dispuesta a retroceder en el tiempo si pudiera y renunciar a todo para que él pudiera continuar con su vida, supongo que eso fue lo que pensó por su cabeza antes de cometer tal acto de amor y sacrificio por mí, pero la vida es así, nos lleva por el camino que ella elige y no por el que a nosotros nos gustaría.

Pero bueno, sin importar cuánto doliera, no se podía hacer nada, y solo quedaban mis hermosos recuerdos para atesorar y una hermosa historia que contar. Debía mirar hacia el futuro y, a pesar de no saber qué pasaría, de lo que estaba segura era de que todavía quedaba un largo camino por recorrer y muchas historias por vivir hasta que llegara el momento en que me tocara partir de este mundo y así volver a encontrarme con él para estar juntos, y no volver a separarnos nunca más.

Fin.